BREVE HISTORIA de..

JESÚS DE NAZARET

Francisco José Gómez



La verdadera historia del carpintero de Nazaret, de sus palabras y hechos, de sus apóstoles y adversarios. Un estudio histórico riguroso que, sin eludir las cuestiones más polémicas, nos descubre una de las figuras más emblemáticas de la Historia

nowtilus saber

Breve Historia de Jesús de Nazaret

BREVE HISTORIA DE JESÚS DE NAZARET

Francisco José Gómez

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Jesús de Nazaret
Autor: © Francisco José Gómez

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo, Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Imagen de cubierta: *Cristo de la cruz a cuestas,* de Sebastiano de Piombo (1532 - 1535). Museo del Prado de Madrid (no expuesto). Colección Real.

ISBN-13: 978-84-9763-706-0

Libro electrónico: primera edición

Es mi deseo dedicar este libro
a los seis de la lealtad y
la perseverancia, así como a la
memoria de Daniel, por su constante
preocupación por nosotros.

Índice

AGRADECIMIENTOS

Durante estos años de trabajo muchas han sido las personas que se han interesado por el desarrollo de este libro, a todas ellas mi gratitud por sus atenciones. De manera destacada quiero agradecer la labor desinteresada de Santos Crespo Ortíz de Zárate y María de los Ángeles Alonso Ávila, por las facilidades que me dieron para profundizar en el tema, accediendo a una bibliografía más especializada. A Eloy Bueno, por su disponibilidad para atender mis demandas y dudas en conversaciones de fin de semana. También quiero traer hasta aquí a Nacho Ares, por su apoyo incondicional y material a mis proyectos; a Virginia, por su inestimable labor fotográfica; a Javier Mijangos, por la elaboración, siempre contra el reloj, de los mapas y dibujos del libro; y a Jorge Manuel, que aunque ocupadísimo en múltiples labores encuentra un hueco para conversar y apoyar la labor de un amigo. A todos ellos mi reconocimiento y gratitud.

PRÓLOGO

Es casi un tópico recurrente decir que el personaje sobre el que más se ha escrito a lo largo de los siglos es Jesús de Nazaret, pero no por ello deja de ser cierto que su influencia es visible en gran parte de nuestro planeta. Jesús es la única persona que ha sido capaz de dividir la historia de la humanidad, en un antes y un después de su nacimiento, y a Él que se dirigen en oración millones de personas cada día. Más de dos mil millones de cristianos, cerca de la tercera parte de la población mundial, lo llaman Jesucristo y lo consideran Hijo de Dios, “engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre” (Credo Nicenoconstantinopolitano) y aún los no cristianos reconocen en Él, al menos, a un líder espiritual realmente grande…

Y sin embargo, en los últimos tiempos, hemos leído en algunos libros, aparentemente muy serios, que es un personaje desconocido del que no sabemos nada o casi nada. ¿Cómo es posible? ¿Estamos siguiendo, o adorando, a un fantasma? ¿Quién es Jesús? ¿Son fiables las fuentes que nos dicen cómo fue su paso por la tierra?

Estas preguntas no son realmente tan antiguas como cabría pensar, el primer libro que se planteó la existencia real de Jesús fue escrito por un profesor alemán de lenguas orientales llamado Hermann Samuel Reimarus y publicado póstumamente en 1778 con el título de *Apología de los adoradores racionales de Dios*.

Este texto,basta con ver su título, se alineaba con la posición de quienes pretendían poder explicar “racionalmente” la existencia de Dios y para ello veían necesario eliminar todos los añadidos “oscurantistas” que habrían empañado la verdadera concepción de la divinidad y, especialmente, las supuestas deformaciones que sobre la figura del carpintero de Nazaret habría mantenido la Iglesia a lo largo de los siglos.

Podría decirse que fue el inicio de una montaña de publicaciones de todo tipo que trataron este y otros argumentos parecidos. Pero a pesar de la cantidad de matices que sería justo establecer, podríamos agrupar en tres bloques las posiciones mantenidas por los autores en torno a Jesús. En general caben tres hipótesis: la hipótesis “critica”, la hipótesis “mítica” y la hipótesis “de fe”.

Para los “críticos” existió indudablemente un hombre llamado Jesús, pero no fue el que nos cuentan los evangelios. Sería un hombre poco corriente que habría sufrido un proceso de “divinización” impulsado por sus discípulos y demás seguidores, y que incluiría la atribución de milagros y resurrecciones de muertos. Para estos autores es indiferente si el nazareno fue un sabio, un loco o un predicador exaltado, porque no sabríamos como fue su vida realmente.

Frente a estos se encuentran los “míticos”. Entre ellos hay dos corrientes, la escuela mítica “radical” que considera que Jesús no existió y la escuela mítica “atenuada” que entiende que un hombre llamado Jesús pudo haber existido, pero tanto en un caso como en otro coinciden en afirmar que desde mucho tiempo antes del nacimiento del cristianismo ya existía el mito con el que se vistió al Jesús de los evangelios. Casi se atreven a decir que “el mito se hizo hombre” al aplicarse a un sujeto concreto, existiera o no… Aquí entrarían todas esas teorías que nos hablan del mito de Osiris y de la renovación natural de la naturaleza como antecedente de la muerte y resurrección de Cristo, y otras varias.

Por último se plantea una tercera posibilidad, la que se ha dado en llamar la “hipótesis de fe” que

agruparía las posiciones de quienes entienden que los textos evangélicos y otras fuentes nos proporcionan información suficiente para reconstruir como fue realmente la vida de Jesús. Esta es la postura oficial de las confesiones cristianas, pero ello no implica que exista unanimidad en torno al valor más o menos literal de los textos. Mientras que para algunas confesiones evangélicas la literalidad del evangelio es algo indiscutible, otras denominaciones interpretan los hechos evangélicos con absoluta flexibilidad. La iglesia Católica, por su parte, considera verdades incuestionables los artículos del credo y los hechos fundamentales que narran los evangelios, pero mantiene una posición abierta al estudio de los especialistas y afirma que no es adecuada la interpretación íntegramente literalista.

¿Y en todo este panorama dónde encaja el libro que tienes, lector, en las manos? Te invito a descubrirlo por ti mismo, sabiendo que Francisco J. Gómez no quiere crear ninguna corriente nueva, sencillamente se plantea dar una visión diferente de los hechos de la vida de Jesús, acercando la humanidad del personaje al lector de nuestros días.

Es posible que a algunos les “choque” o incluso les escandalice el punto de vista del autor que prescinde de la divinidad del personaje para trazar su existencia como una evolución subjetiva y plenamente humana. No creo que sea eso lo que se pretende, pero es verdad que en la historia del cristianismo se ha insistido tanto en el carácter divino de Cristo que, a veces, se olvida que no es ninguna herejía estudiar a Jesús como hombre, pues estamos hablando de un personaje que fue también totalmente hombre.

El texto está dividido en cinco partes. En la primera se aborda las cuestión más elemental al hablar de la vida de Jesús, esto es, si existió o no. Queda clara la posición del autor, quien argumenta contra las teorías que niegan la existencia de Jesús y nos recuerda que hay fuentes tanto paganas como cristianas que mencionan su existencia. Valora también la fiabilidad de los textos evangélicos y la diferencia fundamental entre ellos y los mal llamados “evangelios” apócrifos. Es sorprendente que estos textos sean hoy día “tan populares” cuando la inmensa mayoría de los que los citan ni siquiera los han leído y apenas saben nada de ellos.

Las dos partes siguientes analizan “el marco de los hechos” o, lo que es lo mismo, el ambiente histórico, político, social y religioso en el que creció Jesús y las hipótesis que se plantean sobre su nacimiento e infancia.

Y las dos últimas partes abordan la vida pública del maestro de Nazaret y las causas y circunstancias de su Pasión y muerte, apartándose de visiones estereotipadas o esotéricas. Nos presenta a un Jesús realmente muy cercano, pero quizá lo más interesante sea comprobar, a través de una visión rigurosa y amena, que los datos históricos son mucho más próximos a los relatos evangélicos de lo que parece.

Es evidente que todo trabajo de estas características es discutible y que podrá ser más o menos compartida su visión, pero lo que no puede negarse es que Francisco J. Gómez ha hecho un esfuerzo innegable de clarificación y de divulgación sobre la figura humana de Jesús que merece ser conocida.

Jorge Manuel Rodríguez
Profesor de la Universidad de Valencia
Presidente del Centro Español de Sindonología

INTRODUCCIÓN

Seré breve. Vivimos en tiempos de zozobra para el saber, no es necesario abundar en esta idea. Pese a lo que digan algunas encuestas, periodistas y políticos, los niveles de ignorancia y desconocimiento de materias que forman parte de nuestra cultura van en aumento. En el caso de las Humanidades la situación se agrava con respecto a las Ciencias. El desprecio que muchos jóvenes y adultos muestran por el conocimiento es grande, acarreando, a la larga, serias consecuencias personales y sociales. En los últimos años he presenciado salas de conferencias con menos de diez alumnos en la universidad, adultos que no distinguen una novela de un libro de historia, y gentes que desprecian abiertamente el saber por el mero hecho de carecer de él. Me gustaría poder decir que son excepciones, pero en cuanto comento estos casos con algunos amigos que me hacen apreciaciones semejantes, con cluyo que el mal se extiende.

A este respecto especialmente grave me parece el caso de la cultura religiosa en nuestro país. Dejando a un lado las creencias personales, el cristianismo ha formado parte esencial de nuestra historia. Intentar comprender esta sin su aportación, tanto en positivo como en negativo, el origen de nuestras festividades, muchas de las obras de arte que se exponen en nuestros museos, o buena parte de nuestra concepción de la vida y la muerte es absurdo e imposible. Sin embargo, ley educativa tras ley educativa, hay quien se ha empeñado en que esto fuera así.

Hoy estamos en un punto en el que un simple relato como *El Código Da Vinci* genera opinión sobre la vida de Jesús. Sus "informaciones", si es que se las puede denominar así tratándose de una novela, están para muchas personas a la misma altura que las teorías expuestas en un ensayo histórico. Su éxito ha dado lugar a la proliferación de una literatura de este tipo que, dada la pérdida de conocimientos de la población a este nivel, ha generado una gran confusión sobre la realidad histórica de Jesús de Nazaret, del que ya no se sabe si fue judío o romano, hipnotizador o curandero, un ser real o una creación literaria.

Este pequeño libro pretende, aunque sea presuntuoso decirlo, devolver al personaje parte de la dignidad que le ha sido arrebatada. Por ello, y basándome en los estudios de los investigadores más serios y rigurosos, he intentado trazar los rasgos más importantes de la vida, la personalidad y la predicación del carpintero de Nazaret. En ocasiones ante la cantidad de teorías, históricas y académicas siempre, que se barajan he optado por exponer un abanico de ellas, a fin de que el lector pueda comprender la riqueza que hay detrás de la investigación sobre el personaje, así como juzgar por si mismo, si es que se considera preparado para hacerlo, la validez de cada uno de los argumentos. No he querido dejar pasar la oportunidad de rebatir, con los argumentos que aporta la comunidad científica, las nuevas teorías sin fundamento que han nacido al calor de teorías ocultistas e indemostrables y del negocio editorial. Solo espero haber alcanzado mi objetivo y que el libro se convierta en una fuente de información y placer para todos aquellos que deseen recuperar a una de las figuras más emblemáticas de la historia, Jesús de Nazaret.

Francisco José Gómez Fernández
Medina de Pomar, enero del 2009

1

TESTIMONIOS ESCRITOS

JESÚS DE NAZARET, ¿SUJETO HISTÓRICO O PERSONAJE DE FICCIÓN?

Hacernos hoy la pregunta de si Jesús fue un personaje histórico, o si por el contrario fue fruto de la imaginación de un autor, parece absurdo y fuera de lugar. Sin embargo, y hasta hace no mucho, existió una corriente de investigación histórica que defendía que Jesús había sido una creación literaria, encaminada a difundir la fe en una nueva divinidad salvadora, lo suficientemente atractiva como para que arraigase entre la población una novedosa fe, elaborada por un peculiar grupo religioso. Los primeros investigadores en poner en duda la existencia real del Nazareno surgieron a finales del siglo XVIII y hasta principios del siglo XX sus planteamientos siguieron contando con seguidores. Su principal argumento se hallaba en las divergencias que, sobre la vida del carpintero de Nazaret, presentaban los cuatro evangelios[1]. Actualmente, la profusión de determinadas novelas sensacionalistas, y publicaciones de escaso rigor histórico, han reabierto el debate, hasta el punto de celebrarse en España un curso[2] en el que la cuestión ha sido abordada por historiadores, y estudiosos de otras disciplinas, con el resultado ya probado y conocido: Jesús fue un personaje histórico[3].

CERTEZAS SOBRE SU EXISTENCIA: LAS FUENTES LITERARIAS NO CRISTIANAS

La principal evidencia de la existencia real del personaje está en las diversas menciones que existen sobre el mismo en fuentes históricas de gran antigüedad totalmente ajenas al cristianismo. Estas referencias son escasas y breves, pero poseen gran valor pues históricamente son auténticas y muy significativas.

Entre los autores romanos encontramos algunas alusiones a *Christus* en una carta que el gobernador de Bitinia[4], Cayo Plinio *el Joven*, dirigió a su emperador y amigo Trajano, en el año 111 (*Epístola* 1, 10, 96). En esta explicaba al soberano quienes eran los cristianos y pedía instrucciones sobre como actuar con ellos. Diez años más tarde era el historiador Suetonio (*Vida de Claudio* 25,4) el que hablaba de un tal *Chrestus*, adorado por algunos judíos en Roma. A inicios del siglo II el también historiador Tácito (*Anales* 15, 44) se refería a los cristianos y a su fundador con motivo de las medidas tomadas por Nerón, tras el incendio de la capital del imperio.



Barca del siglo I d.C. hallada, en el transcurso de una gran sequía, en el mar de Galilea. Popularmente se la conoce como *La barca de Jesús*.

En las fuentes judías encontramos dos testimonios especialmente reveladores, el primero de ellos procede del *Talmud*[5], una recopilación tardía de las enseñanzas de los sabios de Israel:

> En la víspera de la Pascua fue colgado Jeshu. Durante cuarenta días antes de que sucediera la ejecución, salió un heraldo y gritó: "Sale fuera para ser lapidado porque ha practicado la hechicería y ha incitado a Israel a la apostasía. Todo el que pueda alegar algo en su favor, que se presente y alegue algo por él". Pero como nada se presentó a su favor, fue colgado la víspera de la Pascua. […]
>
> *El Talmud babilónico*, *Tratado Sanedrín* 43ª

El rostro de Jesús

En el año 2001 la BBC produjo una serie documental de televisión titulada *El Hijo de Dios*. Esta producción centrada en la figura de Jesús contó con una novedad sorprendente. Usando calaveras judías del siglo I, a las que se las practicaba reconstrucciones del rostro por medio de ordenador, e imágenes de Cristo del siglo VI, la cadena británica anunció que había obtenido un retrato de Jesús, o cuando menos de la gente de su región, a la que debía parecerse.

La referencia histórica más conocida es el denominado *Testimonium Flavianum*, que se encuentra en la obra del historiador judío Flavio Josefo, publicada en los años 93-94 de nuestra era:

> Por esta época vivió Jesús, un hombre excepcional, ya que llevaba a cabo cosas prodigiosas. Maestro de personas que estaban totalmente dispuestas a prestar buena acogida a las doctrinas de buena ley, conquista a muchos entre judíos e incluso entre los helenos. Este era el Cristo. Cuando, al ser denunciado por nuestros notables, Pilato lo condenó a la cruz; los que le habían dado su afecto al principio no dejaron de amarlo, ya que se les había aparecido al tercer día, viviendo de nuevo, tal como habían declarado los divinos profetas, así como otras mil maravillas a propósito de él. Todavía en nuestros días no se ha secado el linaje de los que por su causa reciben el nombre de cristianos.
>
> Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*
> XVIII, 3,3; XX, 19, 1

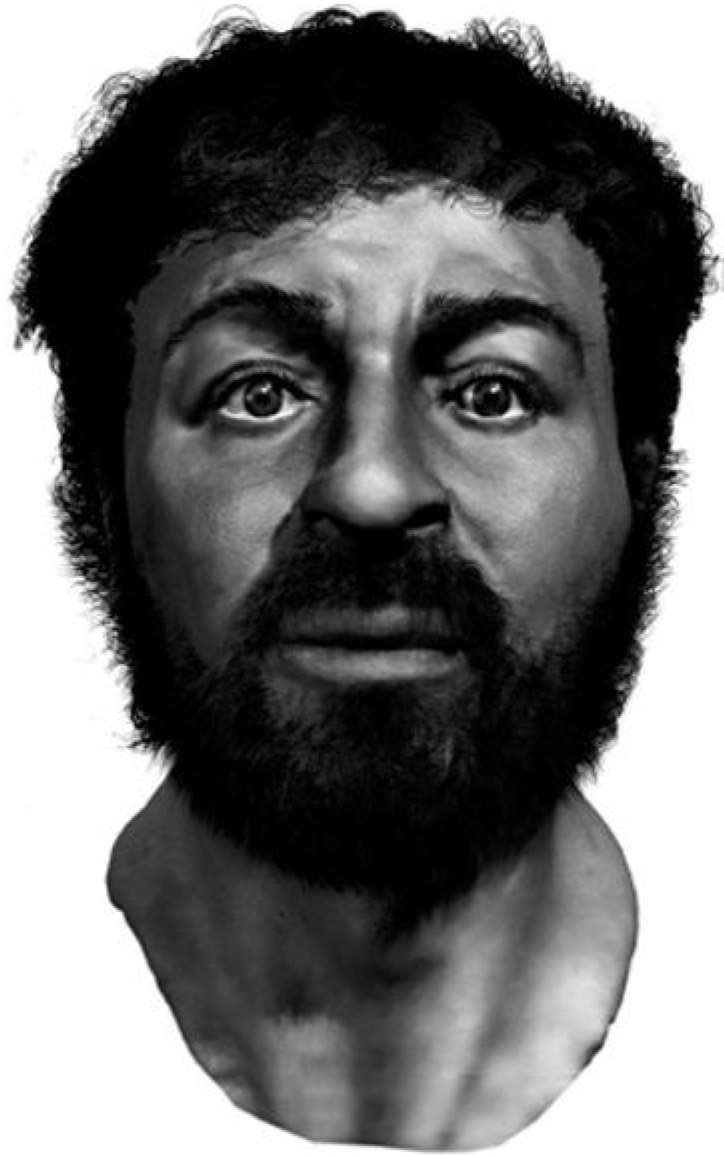


Imagen que en el año 2001 la BBC señaló como un posible retrato de Jesús en la serie documental de televisión titulada *El Hijo de Dios*.

Hemos de decir que el pasaje citado ha sido objeto de múltiples estudios. Teniendo en cuenta que el autor no era cristiano, y que en el texto prácticamente se hace una profesión de fe, se ha concluido que recibió algunas interpolaciones de un seguidor de Jesús. Por el contrario, algunos investigadores creen que, dado que el párrafo aparece en los múltiples manuscritos que se conservan de la obra, que las variaciones entre los mismos son mínimas y no alteran el sentido del texto, y que el estilo literario es el de Josefo, la cita es verdadera. En todo caso se considera probado que, cuando menos, la referencia histórica a Jesús es auténtica.

Por tanto, el análisis de las diferentes fuentes escritas no cristianas, y próximas al siglo I de que disponemos, ha arrojado como resultado un puñado de frases en las que se cita la figura de Jesús. El origen independiente de los textos entre sí, la antigüedad de los mismos y el diferente tratamiento que hacen del tema, corroboran que el carpintero de Nazaret fue un personaje real.

LAS FUENTES LITERARIAS CRISTIANAS

EL PROCESO DE FORMACIÓN

Jesús no dejó escritos sobre su existencia o doctrina, la actividad preferente a lo largo de su vida pública fue la predicación. De igual modo la principal labor que encomendó a sus seguidores, en el momento de su despedida, fue que hicieran lo mismo que él había hecho: "Id, pues, y hacedme discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado" (Mateo 28, 19-20). Así los apóstoles fundamentalmente se dedicaron a anunciar a las gentes el mensaje de Jesús, con el fin de provocar en ellas la conversión al evangelio.

En sus años iniciales de andadura, la Iglesia primitiva no recogió por escrito ni hechos ni dichos de la vida de Jesús, pues lo que realmente apremiaba era la conversión. Los apóstoles y discípulos estaban convencidos de que la *Parusía* o segunda venida de Jesús, y con ella el fin de los tiempos, era inminente, tanto que ellos mismos la presenciarían en vida. Con el paso de los años, y la evidencia de los hechos, esta idea fue perdiendo fuerza entre los primeros cristianos, que además se encontraron con que los apóstoles habían ido muriendo, en su mayor parte a consecuencia del martirio. Además, el número de comunidades iba creciendo y dispersándose por el mundo, y a ellas se incorporaban gran número de personas que no habían conocido a Jesús o si quiera a alguno de sus discípulos directos. Se hizo entonces necesario recoger los hechos y dichos del maestro, antes de que las personas que habían escuchado los testimonios que de primera mano habían dado los doce, fallecieran también. Así comenzó el proceso de redacción de los evan gelios.

Primeramente por las diferentes comunidades circularon hojas volanderas en las que se habían recogido dichos de Jesús y algunos hechos que sintetizaban su doctrina. Estos se habían recopilado a partir de los recuerdos de aquellos que habían recibido su predicación directamente de los apóstoles, y aunque la tradición oral pueda parecernos hoy una fuente de información poco fiable, lo cierto es que en la antigüedad la memoria era el medio más común de aprendizaje. Ya en los siglos VI-V a.C., el autor Simónides de Ceos había escrito una obra titulada *Arte de la Memoria*, lo que denota la importancia que se daba a esta forma de conservar el saber. Igualmente, con siete años, los niños griegos comenzaban a memorizar las obras de Homero. Entre los judíos pasaba los mismo, los discípulos de los rabinos del siglo I y II d.C. escuchaban las enseñanzas e interpretaciones que sus maestros impartían, reteniéndolas en su memoria para poder incorporarlas después a sus conversaciones e interpretaciones. De hecho es muy significativo el nombre que, en estos dos siglos, recibían los rabinos, "*tannaim"*, es decir, "los que repiten enseñanzas" (Puig, A., *Jesús. Una biografía*, 31 y ss.).



Los evangelios canónicos son los escritos más antiguos acerca de Jesús. Todos ellos se redactaron antes de terminar el siglo I.



La primera recopilación de dichos de Jesús es la denominada *fuente Q*, que lamentablemente no se ha conservado, aunque se ha reconstruido parcialmente.

La primera gran recopilación que se efectuó se cree que es la denominada *fuente Q*, nombre que procede del término alemán “*Quelle”*, que precisamente significa “*fuente*”. Se trata de una colección de sentencias de Jesús, aunque también aparecen algunos hechos, que sirvió de base para la

redacción de buena parte de los evangelios de Mateo y Lucas. Su antigüedad se remonta, según algunos estudios, hasta el año 50 de nuestra era, apenas veinte años después de muerto el Nazareno, lo que da una gran fiabilidad a esta obra redactada, según todos los indicios, en el norte de Galilea.

Poco después y recogiendo los escritos dispersos y las tradiciones orales que circulaban en las diferentes comunidades se comenzaron a redactar los evangelios canónicos, todos ellos en el siglo I d.C.

¿Qué son los evangelios canónicos y cuándo se escribieron?

El término "*evangelio*" procede del griego "*evaggelion*", que significa *"buena noticia"* o *"feliz men saje"*. Es ta palabra se empleaba para anunciar una victoria o un gran suceso en la vida de un soberano. Una inscripción del año 9 a.C. encontrada en Pirene, Asia menor, emplea este término para celebrar el aniversario del nacimiento del emperador romano Augusto. El propio Jesús la usó con frecuencia en su predicación para designar el mensaje que quería transmitir: "*Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está acercado; arrepentíos y creed en el Evangelio* (Marcos 1, 15)".

Los evangelios son libros en los que se recoge la vida de Jesús, su identidad, sus hechos, sus dichos y el significado que tuvieron sus palabras y acciones, con el objetivo de extender su mensaje y hacer que otros crean en él.

En este sentido podemos decir que son a la vez biografías y libros de fe, biografías al estilo grecorromano de la época, en las que lo importante era transmitir la identidad global del personaje. No son obras de historia tal y como las entendemos hoy, aunque persiguen ser fieles a lo que dijo e hizo Jesús, dado que su fin último era que los lectores le aceptasen como su Dios y Señor. De ahí que sean también libros de fe, pues la intención de los mismos es evidente: "…y estos (signos prodigiosos) han sido descritos para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20, 31).

Los evangelios escritos han sido muchos, más de una veintena, aunque están divididos entre canónicos y los apócrifos. Ahora nos centraremos en los primeros. Los evangelios canónicos son aquellos que la Iglesia reconoció que transmitían fielmente la tradición de los apóstoles y por tanto estaban inspirados por Dios. Son cuatro: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El canon o criterio que los fijó como auténticos estaba ya elaborado en el siglo II, tal y como comentó, hacia el 180 d.C., San Ireneo de Lyon (*Contra las herejías*, 3. 11. 8-9). En general no ha habido ningún cambio estando hoy día aceptado tanto por la Iglesia Católica como por las iglesias protestantes, nacidas de la reforma luterana del siglo XVI.

Estos cuatro textos, junto con la fuente Q, son los más antiguos que tenemos sobre la vida de Jesús, pues todos ellos se escribieron antes de acabar el siglo I d.C. Además inciden en aquellos aspectos de la biografía de su maestro que mejor conocían o más les afectaban y cuestionaban, dada la situación que vivían, de aquí, y de las diferentes tradiciones que circulaban en sus comunidades, las divergencias entre unos y otros evangelios.

El primero de todos ellos, y el creador del género evangélico, debió ser el de Marcos, un seguidor de Pedro, escrito hacia el año 70, en el que se recoge la predicación de ese apóstol en Roma. El autor incide en la figura de Jesús como hijo de Dios que se manifestó a través de sus actos, sobre todo sus milagros. Lucas, discípulo de Pablo, debió escribir el suyo hacia los años 80-90 para las comunidades de paganos que se habían convertido. Su fin era presentar a Cristo como Dios que visita a su pueblo y le manifiesta su amor. Mateo redactó su obra en fechas similares a Lucas, aunque lo

hizo para comunidades de judíos que se habían convertido al cristianismo, por eso su principal rasgo es el cumplimiento de las profecías y escrituras judías en la figura de Jesús. En concreto este grupo debía estar muy presionado por los fariseos de Jamnia[6], de ahí que Mateo hiciese hincapié en los ataques del Nazareno a este grupo.

A estos tres primeros evangelios se les denomina sinópticos, por tratarse de obras que presentan similitudes lo bastante destacadas como para que se puedan poner muchos de sus pasajes en paralelo y ver así las coincidencias que tienen. A fin de intentar explicar la cuestión se han elaborado diversas teorías. De manera muy sucinta diremos que, es muy posible, que los autores de estos 3 evangelios tuvieran acceso a un grupo de textos comunes sobre la vida de Jesús, llamado *tradición triple*. Mientras Mateo y Lucas tuvieron acceso a la *fuente Q* y al evangelio de Marcos, el más antiguo de los tres, además de ser el que dio el encuadre cronológico y geográfico a los otros dos. Por otra parte, Mateo y Lucas dieron diferente tratamiento a las sentencias que hallaron en la *fuente Q,* además de incluir textos propios y diferentes entre sí que circulaban en sus comunidades. Pese a las coincidencias que existen entre estos dos últimos evangelistas, está totalmente admitido que sus obras fueron elaboradas de manera independiente entre sí.

Por último, el evangelio de Juan, redactado hacia el año 95-100, tiene un origen y proceso de elaboración mucho más complejo. La obra expone la vida de Jesús haciendo una meditación muy profunda sobre es te como verbo o palabra de Dios que vive eternamente, y en la cual hay que creer como primera condición pa ra que esta se manifieste y sea evidente, esto es, para poder ver.

De los autores se discrepa si alguno de ellos, o ninguno, fue discípulo directo de Jesús. Incluso se ha puesto en duda que tuvieran tales nombres, siendo viable que fuesen algunos de los discípulos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan los que elaboraron los evangelios y los firmaron en nombre de sus maestros. Esto era habitual en la antigüedad, pensemos en el caso de Sócrates que no dejó escritos, sin embargo su discípulo Platón redactó las enseñanzas de su mentor firmando con el nombre de aquel. Volviendo al tema que nos ocupa solo decir que, de lo que no cabe duda es que los cuatro evangelistas recibieron información sobre Jesús de primera mano, o sea, de discípulos directos del Na za reno.

Los evangelios apócrifos

El término apócrifo procede el griego "*apokrufos*", y significa "*escondido, secreto*". Los evangelios apócrifos son aquellos textos, relativos a la vida de Jesús, que la Iglesia no llegó a reconocer como autorizados, o sea, que quedaron fuera del canon. Fueron denominados así pues cuando caían en manos de las comunidades cristianos estas los escondían, al concluir que ofrecían una visión errónea de la vida o del mensaje de su fundador.

Su temática en ocasiones se centra en un aspecto concreto de la biografía del Nazareno, bien su nacimiento o infancia, bien la pasión o la resurrección, o bien en el conjunto de su vida. En general no aportan informaciones fiables sobre la vida de Jesús, aunque no todos poseen el mismo valor histórico. Las razones fundamentales son, por una parte, lo tardío de sus elaboración. Casi todos estos textos son muy postreros, se redactaron, como muy pronto, hacia el año 150 d.C., más de un siglo después de la muerte de Jesús. Además, la natural ausencia de determinados datos la suplen acudiendo a la imaginación, cargando así sus páginas de historia fantásticas e inverosímiles. Por otro lado, la inmensa mayoría son escritos secundarios, esto es, ninguno de ellos tiene información de primera mano sobre Jesús, como en el caso de los canónicos, de los que en buena medida dependen o

son deudores.



Los evangelios apócrifos de Nag Hammadi han resultado ser una colección de textos de escaso valor histórico para el conocimiento de Jesús.

En los últimos años, y tras conocerse algunos descubrimientos como los textos de Nag Hammadi[7] o el *Evangelio de Judas*, determinados escritores y medios de comunicación han difundido la idea de que estos documentos han sido ocultados por la Iglesia, por temor a que una imagen diferente de Jesús se implantase entre la gente, o que aflorasen aspectos oscuros de su vida. Estas ideas en sí mismas son inconsistentes e ilógicas, las ediciones que existen de los apócrifos son conocidas por la Iglesia y cuentan con su *nihil obstat,* o visto bueno, pues la falta de valor histórico de sus informaciones no supone ningún peligro para la institución eclesial. El único momento en que realmente se eliminaron algunos textos fue entre los siglos IV y VII, en el transcurso de las luchas doctrinales por la ortodoxia, sin embargo actualmente, no solo no constituyen un peligro para la ortodoxia católica, sino que tampoco ofrecen testimonios valiosos ni fiables sobre Jesús. Algo similar ha sucedido con los textos esenios aparecidos en Qumrán, los llamados Manuscritos del mar Muerto[8], de los que nada hay que decir para el tema que nos ocupa, ya que, pese a las polémicas y "misterios" surgidos, no hablan en ningún momento de Jesús ni del cristianis mo primitivo (Piñero, A., *Guía para entender el Nue vo Testamento*, 165-168).



Los Rollos del mar Muerto, pese a la polémica de hace unos años, no hablan en absoluto de Jesús ni del cristianismo primitivo. En la fotografía se pueden apreciar expuestos en su museo.

VALOR HISTÓRICO DE LOS ESCRITOS

Las fuentes escritas sobre Jesús de Nazaret son la principal veta de información de que disponemos para reconstruir su historia. La arqueología ha resultado ser menos elocuente y significativa en este caso, siendo su aportación fundamental para complementar el conocimiento del medio físico, social, político y religioso en el que se desenvolvió el protagonista de este libro. De aquí que sea esencial el estudio profundo que los investigadores han hecho sobre la fiabilidad de los textos que han llegado hasta nosotros.

EL EVANGELIO DE JUDAS

En la primavera del 2006 saltó la noticia a los periódicos de que había sido descubierto un nuevo apócrifo, *El Evangelio de Judas*, que hacía grandes revelaciones sobre las relaciones entre Jesús y Judas Iscariote, aquel que le traicionó. La antigüedad del texto era considerable, pues debió redactarse entre los años 130 y 170 d.C. San Ireneo ya habla de él, en el 180 d.C., en su tratado *Contra las herejías*. Lamentablemente su valor como testimonio histórico sobre la vida de Jesús es nulo, pues este se convierte en un personaje misterioso que transmite conceptos propios del

ocultismo gnóstico, secta a la que sin duda pertenecía el autor del libro, dejando de lado toda referencia al judaísmo, marco en el que sabemos que se desarrolló Jesús. Por el contrario *El Evangelio de Judas* es una buena fuente para seguir conociendo el gnosticismo del siglo II d.C.

A la hora de emitir un juicio en este sentido se valora, como un criterio importante, la antigüedad de los textos que hablan de la vida y mensaje de Jesús. Cuanto más remoto es el documento, y mas cercano a los hechos que narra, más fiable suele ser desde el punto de vista histórico. A este respecto hemos de señalar que los evangelios canónicos son las fuentes más antiguas que conocemos.

Para evaluar la veracidad y la importancia del contenido de los obras se acude al contraste entre los manuscritos que existen y su proximidad a los hechos relatados. Mientras que de la *Iliada,* obra de Homero redactada hacia el 800 a.C., tenemos 643 copias, las más antiguas de las cuales son del año 400 a.C.; de las obras de Platón, elaboradas hacia el año 400 a.C., tenemos 7 copias, fechada la más antigua en el 900 d.C.; del Nuevo Testamento[9] completo, escrito entre los años 50 y 100 d.C., tenemos más de 25.000 copias, fe cha das en los 225 años siguientes al final de su redacción, en el año 325 d.C.



Palestina en tiempos de Herodes el Grande, siglo I a.C.

Por último, siguiendo los criterios de historicidad, expuestos en el recuadro adjunto y que se aplican a las fuentes escritas sobre Jesús, los analistas han concluido que los evangelios canónicos,

especialmente los tres sinópticos, son históricamente los textos más fiables de los que disponemos, seguidos a distancia del redactado por Juan, e igualmente a distancia, y con reservas, los apócrifos denominados: *Evangelio de Pedro, Evangelio de Tomás, Papiro Egerton 2 y el Papiro Oxirrinco 840*. En cualquier caso, todas estas obras han de ser siempre tomadas con las debidas cautelas, y estudio crítico, pues además de informaciones históricas, in cluyen de profesiones de fe y justificaciones de sus au tores.

CRITERIOS DE HISTORICIDAD

Con el fin de obtener una información fiable sobre Jesús los historiadores aplican a los textos unas pautas que "limpian" los mismos de datos que no son puramente históricos.

Criterio de atestiguación múltiple: se consideran auténticos hechos y dichos de Jesús que aparecen expuestos en al menos dos fuentes independientes entre sí. El anuncio del reino de Dios, como centro de la predicación de Jesús, aparece en todos las fuentes, desde Q, hasta el apócrifo Evangelio de Tomás, pasando por los canónicos, de lo cual se deduce que fue auténtico.

Criterio de desemejanza: una tradición sobre Jesús se considera muy probable si se comprueba que no puede derivarse del judaísmo o del cristianismo antiguo. Jesús llamaba a Dios Abba, "papá", algo fuera de lo normal en su cultura y época, lo cual hace pensar que se ha conservado pues realmente el Nazareno se expresaba así.

Criterio de dificultad eclesiástica: los dichos o hechos que por su contenido crearon dificultad de aplicación o interpretación dentro de las primeras comunidades, o a la Iglesia posterior, se consideran verdaderos, por ejemplo el bautismo de Jesús. ¿Qué pecados debía hacerse perdonar el hijo de Dios con este gesto como para hacerse bautizar?

Criterio de consistencia: se aprecian como verdaderos aquellos hechos o dichos que coinciden con los tres anteriores criterios simultáneamente.

Criterio de plausibilidad histórica: se valoran como auténticas aquellas tradiciones sobre Jesús que están correctamente enmarcadas y coinciden con las características del judaísmo de su época o con el cristianismo primitivo. Este criterio entra en colisión el del de desemejanza, ahí está el desafío del historiador para dar en cada momento el justo peso a cada uno de los mismos, además de justificar sus teorías.

Criterio de coherencia personal: se consideran auténticos aquellos hechos o dichos que coincidan con la lógica de los comportamientos, predicaciones, y conciencia que tenía de sí mismo.

Aplicando estas pautas los historiadores afirman que las fuentes de mayor fiabilidad y e historicidad son los textos cristianos más antiguos, los evangelios canónicos, que siempre han de ser tomados con las debidas precauciones, dado que no solo son textos históricos sino también testimonios de fe (Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia y su cultura. Jesús y el Nuevo Testamento*, 58-60 y Piñero, A., *Guía para…*, 169 y ss).

[1] Una rápida pero actual visión sobre el estado de las investigaciones en torno a Jesús de Nazaret se puede encontrar en un artículo de Jordi Vidal publicado hace pocos meses. En este se comentan y amplían las informaciones hasta aquí comentadas. J. Vidal, "Jesús antes de Cristo", *Clío* nº 86, 2007, 18-29.?

[2] Las jornadas de las que hablamos tuvieron lugar en el año 2007, dentro de la programación de los *Cursos de Verano de la Universidad Complutense*, celebrados en El Escorial. Fruto de estos trabajos y conferencias ha sido el libro A. Piñero, *¿Existió Jesús realmente?* (Madrid, 2008), en el que se recogen y amplían las intervenciones de los participantes en el mismo.

[3] Gracias a Internet hoy día podemos acceder a gran cantidad de información sobre Jesús de Nazaret, pero la cantidad de páginas, de muy distinta calidad, pueden desorientar o llegara aburrir. Recomiendo dos en las que el nivel científico está garantizado, los foros son interesantes y la calidad de las noticias que se aportan es alta: www.tendencias21.net/crist/
www.blogs.periodistadigital.com/antoniopinero.php

[4] Región al noroeste de Asia Menor, que en el año 74 a.C. pasó a convertirse en provincia romana.

[5] Conjunto de escritos esenciales de la religión judía, en los que se recogen los comentarios de los rabinos a la Torá o Ley. En el siglo IV fueron publicados dos talmudes, el *Talmud de Jerusalén* y el *Talmud Babilónico*.

[6] Los Rollos del mar Muerto, pese a la polémica de hace unos años, no hablan en absoluto de Jesús ni del cristianismo primitivo.

[7] En el año 1945 aparecieron trece códices de papiro a unos diez kilómetros de la ciudad egipcia de Nag Hammadi. Confeccionados hacia el año 330, contienen cincuenta obras escritas en copto, que fueron enterradas hacia inicios del siglo V seguramente para evitar su destrucción por parte de la autoridad eclesiástica.

[8] Copias de obras religiosas judías, entre ellas el Antiguo Testamento, realizadas por los esenios entre el siglo II a.C. y el año 70 d.C. Aparecieron en el año 1947, junto al mar Muerto, en el Wadi Qumrán.

[9] Parte de la Biblia que los cristianos no tienen en común con los judíos. Se escribió en el siglo I y comprende los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo, siete cartas más y el Apocalipsis.

2

PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS

Antes de adentrarnos en la vida del personaje que nos ocupa, hemos de hablar brevemente de la compleja situación política, social y religiosa del mundo que le vio nacer. Su estudio nos permitirá conocer el marco general en el que se desarrolló su vida, comprender algunas de las situaciones en las que se vio involucrado y sus reacciones antes estas, el sentido de mu chas de sus palabras, así como las opiniones y actuaciones provocó en sus contemporáneos.

DIVERSO Y DIFÍCIL PANORAMA POLÍTICO

Jesús nació, como veremos más adelante, unos pocos años antes del cambio de era, siendo Herodes el Gran de rey de Israel. En este momento, el país conservaba cierta autonomía con respecto a Roma. La gran potencia mediterránea había conquistado Siria y Palestina hacia en el año 64-63 a.C., tras la victoria del general Pompeyo, futuro enemigo de Cesar, sobre los monarcas Mitrídates del Ponto y Tigrano de Armenia. Establecido el poder romano sobre Judea, pronto encontró colaboradores fieles que facilitasen su labor, uno de los más destacados fue Antípatro, padre del citado Herodes y principal consejero del sumo sacerdote Hircano. Los buenos servicios prestados por el padre permitieron al hijo hacerse con el trono, por intervención de Roma, y gobernar entre los años 37 y 4 a.C.

Herodes el Grande fue un monarca, de estilo helenístico[10], cruel, eficaz, brillante y fiel aliado de Roma. El reino alcanzó bajo su gobierno un nivel de desarrollo importante y unas dimensiones similares a las del periodo de David y Salomón, abarcando Judea, Samaría, Galilea, Idumea, Batanea y Perea. Además contaba con el apoyo incondicional de Roma y con un estatuto de reino aliado, lo cual le permitía no pagar tributos a la potencia dominante, mantener su territorio libre de tropas ocupantes y nombrar sucesores a cambio de tomar cierto tipo de decisiones, especialmente las que afectaban a la política internacional, de acuerdo con los dictados romanos. Esta era la situación política del país en el momento del nacimiento de Jesús.

Poco después del alumbramiento del Nazareno, en el año 4 a.C., falleció el monarca, y pese a haber dejado claramente consignado en su testamento la división del reino y la cuestión de su sucesión, el emperador Augusto, matizando los términos del documento, tomó la decisión de otorgar a Arquelao el gobierno de Judea, Samaria e Idumea, recibiendo el título de etnarca, pero no la corona real. A Herodes Antipas le dio Galilea y Perea, además del título de tetrarca, a Herodes Filipo, también titulado tetrarca, posesiones en el sur de Siria: Batanea, Traconítida y Auranítida. Salomé por su parte, recibió Jamnia, Azotos y Faselis, un palacio en Ascalón y una fuerte suma de dinero a modo de pensión. Ninguno de estos, hijos y sucesores del anterior monarca, tuvieron la capacidad y visión de estado de la que hizo gala su padre.

En el año 6 d.C. Arquelao, debido a su incapacidad para el gobierno, fue desterrado y sus territorios convertidos en provincia romana. A partir de este momento Roma, por medio de un gobernador con residencia en *Cesarea Marítima*[11], dirigió los aspectos fundamentales de la vida política de Judea. Sin embargo, los asuntos internos, las cuestiones de orden religioso y la administración de justicia que no conllevara la pena de muerte o *ius gladii*, la cual necesariamente había de pasar por manos romanas, quedaron bajo el control de las autoridades judías. La pérdida de independencia fue notable, como lo prueban las diferentes sublevaciones que estallaron, pues además de verse sometidos a leyes que antaño no habían de ob servar, hubieron de pagar impuestos a Roma y soportar la presencia militar de sus legiones. Durante sus años de predicación y en los momentos de su detención, juicio y muerte en Judea, Samaría e Idumea, Jesús vivió inmerso en esta situación política, la cual cambiaba cuando se trasladaba a Galilea o Perea, don de Antipas mantenía, con respecto a Roma, una situación semejante a la que había logrado su padre para to do el reino.

Unas poderosas instituciones religiosas

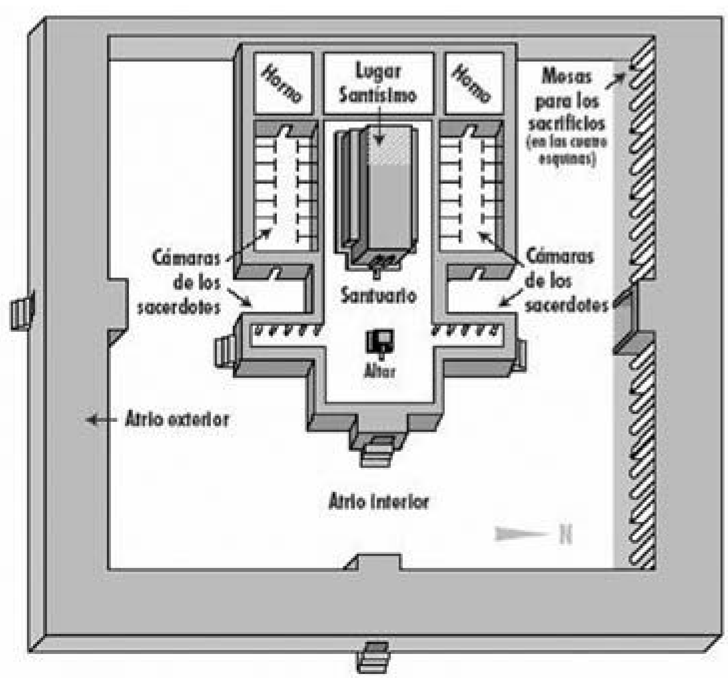
La institución judía más importante era el Sanedrín, término que procede del griego "*synedrion*", que significa "*asamblea*". Se trataba del consejo de Jerusalén, formado por viejas familias aristocráticas y sacerdotales. Estaba formado por 70 miembros, muchos de ellos saduceos, y el sumo sacerdote, que lo presidía. Su principal función era la de Tribunal Supremo y Consejo de Gobierno en asuntos religiosos, aunque en la práctica tenía amplias atribuciones civiles y era principal interlocutor con el poder romano. Aunque tenía su propia policía, en el siglo I d.C. no podía dictar penas de muerte. Como un medio control de esta institución el monarca Herodes el Grande tomó por costumbre nombrar personalmente al sumo sacerdote, así como custodiar los ropajes sagrados que el pontífice precisaba para la celebración de las ceremonias religiosas. Ambas medidas resultaron ser tan eficaces que posteriormente las reprodujeron los romanos. Entre los años 37 a.C. y el 70 d.C. hubo 28 sumos sacerdotes.

El Templo era, para los judíos del siglo I d.C., el único lugar donde Dios podía ser adorado de manera verdadera. Era el recinto sagrado por excelencia, donde el fiel había de elevar las plegarias al cielo según ordenaba la Ley. Erigido sobre el monte Moria, una colina en el lado oriental de Jerusalén, su construcción se inició en el año 20 a.C., por iniciativa del gran Herodes, para finalizarse en el año 64 a.C. Sus dimensiones eran magníficas, así como su diseño.

El Templo constaba de varias partes. Entrando por la puerta sur se accedía al patio de los gentiles, lugar al que podían entrar los no judíos. A través de nueve puertas se pasaba a una plataforma superior, en la que se encontraba el patio del santuario vetado a los gentiles. Posteriormente se accedía al patio de las mujeres, al patio de Israel, reservado a varones adultos y finalmente el patio de los sacerdotes, donde se encontraba el altar en el que realizaban los sacrificios diarios. El edificio del Templo propiamente dicho se dividía en dos partes, el lugar santo y la *Sancta Sanctorum*, habitación separada del resto por un velo ricamente adornado, en la que se custodiaba el arca de la Alianza y a la que solo podía acceder el sumo sacerdote una vez al año. El Templo fue destruido en el transcurso de la guerra contra Roma en el año 70 d.C.



El sumo sacerdote era la figura más religiosa más importante en el Israel del siglo I d.C. En la imagen se le puede ver con sus ropas litúrgicas (J. Mijangos).



El Templo era el lugar más sagrado de Israel. Su construcción se debió al intento de Herodes el Grande de hacerse amar por su pueblo.

Los samaritanos sin embargo adoraban a *Yahvé* en el monte Garizín, una montaña de 870 metros de alto al sur de Siquem, en Palestina. Sobre este lugar se había levantado su templo, que fue destruido en el 128 a.C. por Juan Hircano.

Las festividades más significativas para el judío eran la fiesta de las *Semanas*, la de los *Tabernáculos* o *Cabañas*, la fiesta de *La dedicación del Templo*, la de *Yom Kippur* y la fiesta de *Purim*. Sin embargo la más importante de todas ellas, y la que más nos interesa para comprender algunos episodios de la vida de Jesús, es la fiesta de la *Pascua*. Esta duraba una semana a partir de la primera luna llena del mes de nisán, que caía en marzo o abril. En ella se conmemoraba la salida del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. El rito a seguir estaba marcado por sus propios textos religiosos (*Éxodo* 12, 1-13, 10 y *Levítico* 23, 4-14). El carácter liberador de la misma, y la afluencia de peregrinos a Jerusalén, la convertían en un momento de exaltación política y mesiánica especialmente tenso, debido a la ocupación romana del país (Piñero, A., *Año I. Israel y su mundo cuando nació Jesús*, 203-226 y Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia*…, 21-35).

LA DIVERSIDAD DE FORMAS DE ENTENDER LA RELIGIÓN

El judaísmo del siglo I d.C. presentaba una gran diversidad de “familias” religiosas, como manifestación de la flexibilidad que admitía su fe. Entre ellas existían importantes diferencias doctrinales, teniendo prácticamente en común un solo aspecto, la creencia en un Dios único que se había revelado históricamente al pueblo de Israel (*Deuteronomio* 6,4) y cuyas palabras habían sido entregadas en la *Torá*[12], o Ley, a Moisés.

LA ESPERANZA MESIÁNICA DEL PUEBLO ELEGIDO

Israel era y es una nación teológica, nacida al ca lor de la fe en un Dios único, Yahvé. Según sus propias creencias son el pueblo elegido, esto es, la nación escogida por Dios para manifestarse en la Tierra. La liberación de la esclavitud en Egipto, el Éxodo y la Alianza fir mada con Él en el Sinaí, fueron hitos y manifestaciones de la predilección que Dios sentía por ellos, a la vez que acontecimientos que configuraron la esencia del pueblo y la ley por la que había de regirse. Los encargados de aplicar esta legislación divina eran los monarcas. En tiempos del Antiguo Testamento el vocablo se empleaba para designar a los sacerdotes y soberanos que eran ungidos, o “untados”, con óleo sa grado en el momento de ser consagrados a Dios e iniciar su misión. En este sentido Saúl, David y sus su ce sores fueron considerados Mesías. El término “Me sías” procede del arameo “*Mesihá*”, que significa “*el ungido*”, en griego “*Christos*”. Su obligación era hacer un reino en el que la Ley de Moisés rigiera la vi da pública, trayendo la paz y la justicia al pueblo. La traición de estos ideales por parte de los soberanos, asociada a la fe en la alianza de Dios con su pueblo, la predestinación y la intervención divina en la historia, propició la creencia en la llegada futura de un Mesías judío Rey, con un marcado carácter político pues habría de expulsar a los romanos, y en menor medida sacerdote, que liberaría a Israel, e instauraría las tan ansiadas paz y justicia, o sea, el Reino de Dios en la tierra.

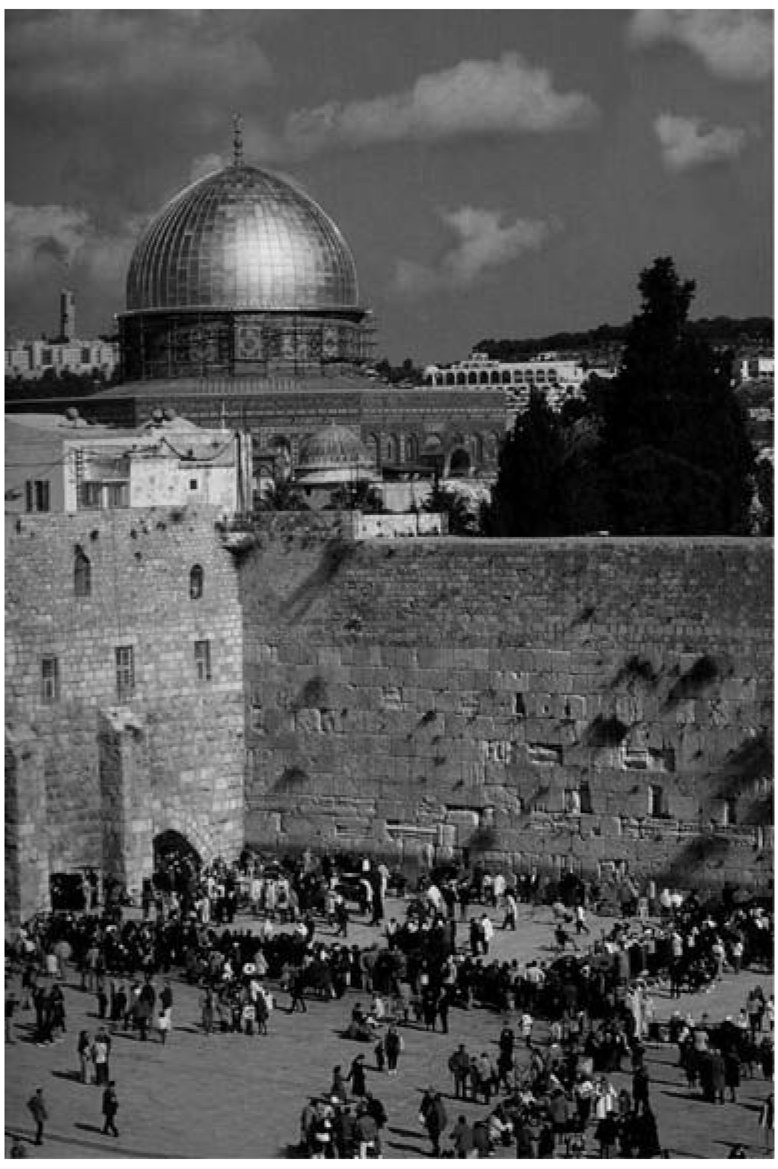
Partiendo de esta única creencia, normal en todo judío, numerosos fieles estaban integrados dentro de un grupo al que habían accedido gracias a su situación social, a su sensibilidad interior, o a su

concepción religiosa.

En el escalafón más alto estaban los *saduceos*, aristócratas acaudalados en su mayor parte, muchos de los cuales eran sacerdotes, dominaban el Sanedrín y colaboraban con Roma. Eran muy conservadores en materia religiosa, estaban apegados al culto del Templo y aplicaban e interpretaban con mucho rigor y literalidad la Ley. Igualmente creían que Dios premiaba con dones y bienes ya en esta vida, negaban la posibilidad de la llegada del Mesías y de la resurrección después de la muerte.

Los *fariseos* tenían una visión completamente diferente de su religión. Socialmente solían proceder de clases medias y bajas, eran contrarios a la presencia romana, y se mostraban desapegados al culto del Templo. Formaban parte del Sanedrín, aunque estaban en minoría, eran menos rígidos que los saduceos en la interpretación de la Ley y gozaban de un gran crédito entre el pueblo, dado su alto grado de cumplimiento de los preceptos sagrados. Esperaban con inquietud la llegada del Mesías y creían en la resurrección de las almas y en una vida más allá de la muerte.

Fuera de la sociedad y apartados por voluntad propia se encontraba un grupo de menor importancia que los dos anteriores, los *esenios*. Estos eran ascetas judíos que vivían en comunidad bajo unas estrictas normas, en cuevas, en el desierto, en torno al monasterio de Qumrán[13]. Estaban separados jerárquicamente, practicaban el celibato y la comunidad de bienes, el estudio, la oración y el trabajo manual, que ocupaba sus días. Se encontraban totalmente al margen del culto de Templo y creían que el fin de los tiempos era inminente. La salvación, según lo esenios, dependía de la voluntad de Dios, pues creían que todo hombre estaba predestinado.



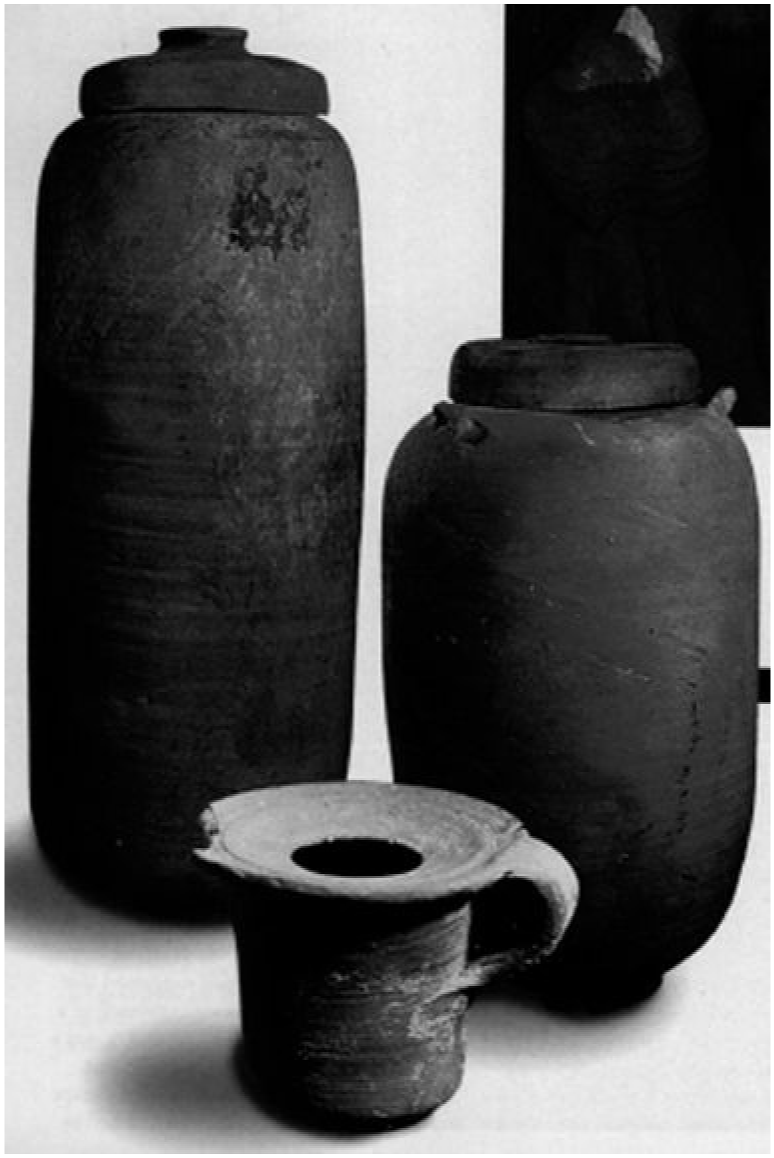
El Muro de las Lamentaciones es el único resto que nos queda del Templo de Jerusalén, controlado por los saduceos a través de los sumos sacerdotes.

Igualmente minoritarios y al margen del grueso de la población se hallaban los *zelotes*, cuyo nombre procede del griego “*zelotai”*, “*los celosos*”. Se les puede definir como fariseos, desde el punto de vista religioso, pero radicales políticamente, la cual les llevó a convertirse en grupos de resistencia armada que actuaban contra la ocupación romana. De algún modo pensaban que Dios se manifestaría con todo su poder en el transcurso de su lucha.

El grueso de la población, los “*am-ha-aretz”*, no estaba integrado en ninguna de las citadas sectas. Estos grupos no eran sino minorías bien organizadas, con ideario propio, con capacidad de influencia social y de difusión doctrinal. El pueblo en general creía en el Dios único de Israel – *Yahvé* – revelado a Moisés, en la *Torá* o Ley entregada a este mismo, procuraba cumplir, en la medida de sus posibilidades, con las festividades preceptivas del judaísmo y los mandatos religiosos, que eran muy numerosos, unos 613 en concreto (Vidal, C., *El documento Q. El evangelio más desconocido*, 84-112 y Piñero, A., *Año I…*, 279).

UNA ECONOMÍA POBRE MARCADA POR EL MEDIO

Tradicionalmente se denominaba Palestina a la región que se hallaba entre el Mar Rojo y el Líbano. Su nombre procede del hebreo “*Pelisthi”*, y de su traducción griega “*Philistea”,* que significa “*país de los filisteos*”.



Los esenios copiaban las obras sagradas de su religión, guardándolas en vasijas y ocultándolas posteriormente, a fin de que se preservasen para el futuro.

Desde un punto de vista geográfico era una estrecha franja de terreno alargada, de unos 260 kilómetros de longitud. Atravesada de norte a sur por el río Jordán, la principal arteria de la región, esta contaba con tres grandes masas de agua, el lago Huleh, el lago de Genezaret o mar de Galilea, a 208 metros más que el mar Mediterráneo y el Mar Muerto, a más de 400 metros bajo el mismo nivel.

Dadas las dificultades orográficas y climáticas el país no contaba con amplios territorios fértiles. El Jordán excavó un profundo precipicio en las rocas calcáreas del suelo, eliminando la posibilidad de que pudiera formarse un valle propicio para la agricultura. Entre el río y la costa, al sur de la región, se hallaban las montañas de Judea, sobre las que se encuentra Jerusalén a 772 metros de altura, y también las de Samaria, un paisaje árido, como el que presentan al sur los desiertos de Judea y del Neguev. Al norte del país se extendía la región de Galilea, la más bella de Palestina, donde se encuentra la población de Nazaret. Al sur de esta zona se halla una serie de llanuras litorales, que constituían el territorio más fértil del país. Aquí se ubicaron poblaciones como Cesarea Marítima, Joppe o la actual Tel Aviv, cuyo nombre significa "*la colina de la primavera*".

Si el terreno no era una ayuda para la bonanza económica, el clima tampoco mejoraba la situación. La región tiene un clima continental, o sea, de lluvias en invierno e inicios de la primavera, con una larga estación seca de mayo a septiembre. La costa es cálida y presenta mayor cantidad de lluvias que el interior, mientras que la zona de la montaña es más fresca y recibe lluvias estacionales. La

depresión del Jordán y los desiertos de Judea y Neguev son zonas desérticas, de altísimas temperaturas en verano.

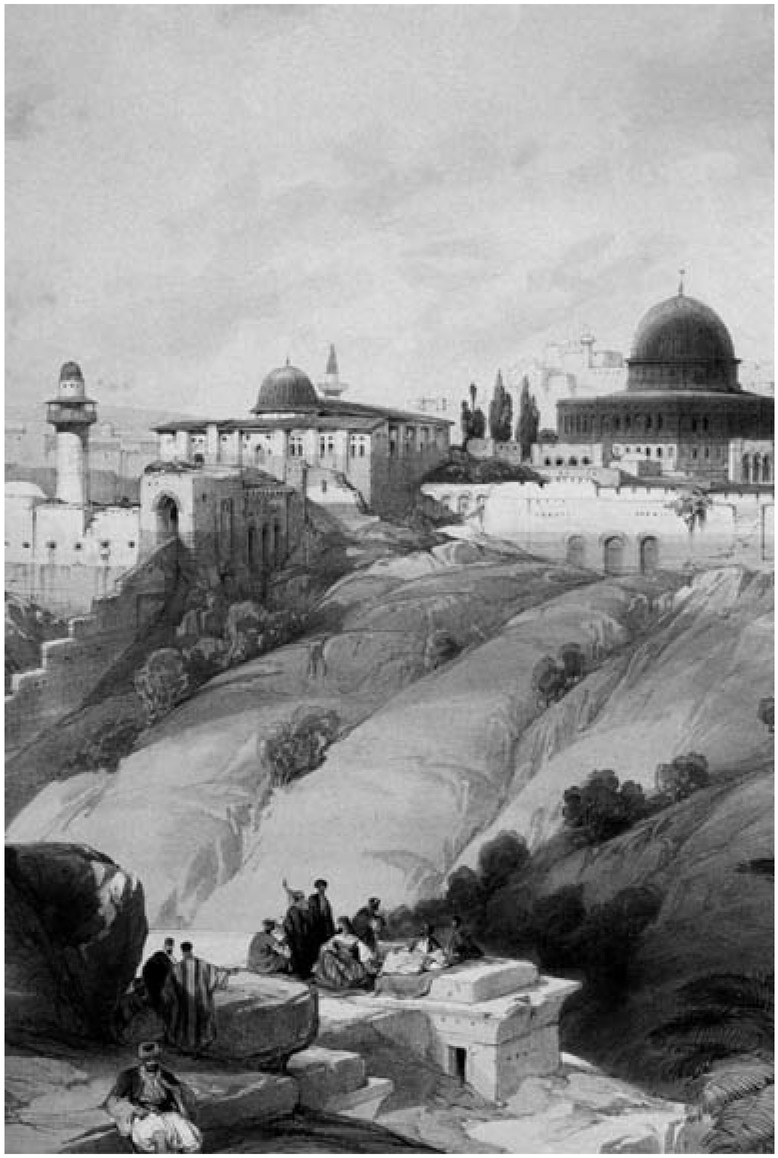
El trabajo de la tierra, a la vista del suelo y del clima, era duro y, salvo en las zonas más fértiles, las cosechas no eran abundantes. Se cultivaba cereal, leguminosas y productos de huerta, también olivos, vides, higueras, pináceas, encinas, sicomoros y palmeras. Gracias a la caza, se aprovechaba la gran variedad que había de fauna mediterránea y de predesierto. La ganadería mayor y menor, y la abundante pesca de agua dulce en el mar de Genesaret, completaban su economía.

LA SOCIEDAD PALESTINA DEL SIGLO I D.C.

En la cúspide de la pirámide social y por debajo del máximo mandatario político, se encontraban las clases altas, formadas en primer lugar por la corte regia, nacida e institucionalizada alrededor de la dinastía herodiana. A continuación estaban los grandes latifundistas, que amasaban considerables fortunas gracias a las rentas que les proporcionaba la posesión de la tierra. Dentro de este segundo grupo de hombres ricos podemos contar también a los más importantes negociantes, a los recaudares de impuestos, los rentistas y la aristocracia sacerdotal, que vivía con un lujo considerable, pues no solo había de tener fortuna para acceder al cargo, sino que además gozaba de unos sustanciosos ingresos una vez que lo había logrado.

Las clases medias estaban formadas por pe queños comerciantes, artesanos, hospederos, empleados del Templo, pescadores, bajo clero…, en definitiva profesionales bien pagados si se les comparaba con el común de la población.

Dentro de las clases bajas se encontraban los pequeños agricultores, jornaleros, pastores, empleados con escaso salarios… Era una población amplia cuantitativamente y en permanente riesgo de caer en la pobreza, por lo que habían de acudir ocasionalmente a percibir ayudas económicas. Los pobres y mendigos, principalmente en Jerusalén, debían de ser muy numerosos.



Jerusalén, dada su importancia, atraía a todo tipo de gente, siendo uno de los centros económicos del país y un foco de atracción para la minoría acaudalada.

Por debajo de este grupo solo estaban los esclavos, judíos o no, las mujeres y determinado tipo de enfermos psíquicos. La situación de las mujeres era especialmente lamentable. Estas eran consideradas como una propiedad del marido, al que habían pasado directamente de casa de sus padres. No tenían derechos a herencias, ni a solicitar el divorcio, su testimonio no tenía valor ante los tribunales y su función social quedaba relegada al hogar y a la crianza de los hijos. Por su parte los tullidos o enfermos, sobre todo los aquejados de erupciones en la piel y los leprosos, eran despreciados por el resto de la sociedad, pues su mal se consideraba un castigo divino. Semejante consideración solo era superada negativamente por la que merecían los epilépticos y los desequilibrados mentales, considerados como auténticos endemoniados.

Con cada uno de estos grupos tuvo contacto Jesús de Nazaret. Sus reacciones, aunque personales, en buena medida también respondieron a su propia situación, como veremos más adelante (Vidal, C., *El documento*…, 129-141).

Y COMO RESULTADO UNA SITUACIÓN TENSA EN EL PAÍS

Teniendo en cuenta los aspectos anteriormente expuestos podemos comprender el complejo

escenario que vivió Galilea desde la muerte de Herodes el Grande, en el 4 a.C., y hasta el inicio de la guerra judía, en el 66 d.C.

Desde una perspectiva económica, y aunque la región era rica hasta el punto de exportar productos, la posesión de la tierra se encontraba en manos de grandes latifundistas que la arrendaban a pequeños agricultores, a cambio de una parte importante del producto de la tierra. La situación de los jornaleros en este sentido era peor, pues solamente trabajaban y cobraban si eran llamados por los capataces de las fincas, cuando había labor en la tierra. Para estos dos grupos una mala recolección era sinónimo de hambre, y muy frecuentemente de pobreza, en la que desembocaban al tener que vender sus escasas posesiones y no poder pagar sus deudas, lo que les condenaba a la esclavitud. De algún modo la parábola de los colonos rebeldes, que cuenta Jesús, trasluce la importancia de los pagos que estos debían hacer y las tensiones existentes entre propietarios y trabajadores del suelo (Mateo 12, 1-7).

Las diferencias existentes entre el campo y la ciudad tampoco contribuían a que hubiera una convivencia pacífica. En Galilea se vivían tensiones entre el medio urbano y el rural. La población campesina, la más numerosa, era pobre y tradicional, frente a la que habitaba las ciudades, donde se concentraba la riqueza y las novedades propias de la modernidad del momento. Esto generaba tensiones y envidias. En lo religioso el campesino era conservador, muy apegado al rito antiguo y a la Ley de Moisés, sin embargo hasta la ciudad llegaban las nuevas corrientes, influencias, e incluso cultos extranjeros, situación severamente juzgada por el hombre de campo judío.

Ya hemos visto la fuerte división que había en la forma de entender la religión, situación que creaba cierta división en el seno de la sociedad. A estos grupos hemos de sumar la existencia de movimientos de renovación de la fe de los que fueron parte tanto Juan el Bautista como Jesús, clara manifestación de cansancio del culto sacrificial del Templo, basado más en el rito que en las actitudes interiores, y de su alto clero, formado por saduceos corruptos que dominaban esta institución, la más querida y sagrada del país. No olvidemos que la religión era la esencia misma de Israel, su razón de ser y un poderoso motor de movilización en aquella sociedad. Con la entrega que Dios hizo de la Ley a Moisés, otorgó a los judíos unas normas sagradas para conducirse en la vida y manifestar al mundo la grandeza de Dios. Cualquier novedad o alteración en este sentido despertaba el interés de la población, muy sensible a estos asuntos, y, al menos en parte, dispuesta a tomar partido.

Políticamente el escenario era difícil. Tras la muerte de Herodes el Grande, la región de Galilea se vio agitada por una serie de insurrecciones de carácter mesiánico, que desembocaron en la lucha armada contra el poder romano. En el año 4 a.C., nada más fallecer el monarca, Judas de Gamala, y diez años después, en el 6 d.C., Judas el Galileo, encabezaron sendos levantamientos contra Roma que sus gobernadores se encargaron de aplastar violentamente. Tras los movimientos de renovación espiritual, dotados de cierta capacidad de desestabilización política, dirigidos por Juan el Bautista y Jesús de Nazaret, en el año 44, dos judíos, Simón y Santiago, hijos de Judas el Galileo, fueron crucificados por el delito de agitación mesiánica (Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 23-26 y Paul, A., *El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política*, 25-70). Los citados hechos no fueron excepciones, sino solo algunas de las muchas convulsiones que se dieron en Galilea, en la primera mitad del siglo I.

En este marco de ocupación militar de parte del país, de división y pasión religiosa, de poderoso influjo del Sanedrín y del culto del Templo, de marcadas diferencias sociales y pobreza económica para buena parte de la población, fue en el que se desarrolló la vida y la actividad de Jesús. La compleja situación expuesta, los intereses de grupo, y la marcada personalidad de algunos de sus

contemporáneos, propiciaron una radicalización de las posturas que en buena parte condicionaron la vida, la predicación y el final del carpintero de Nazaret.

[10] Los monarcas helenísticos fueron aquellos que surgieron tras la división del imperio de Alejandro Magno, a finales del siglo IV a.C., finalizando con la muerte de Cleopatra, hacia el final del siglo I a.C. Imbuidos de cultura griega, propiciaron el engrandecimiento de sus reinos, el embellecimiento de sus capitales y la construcción de obras públicas.

[11] Ciudad construida, por el gran Herodes, a 30 kilómetros al sur de Haifa, entre los años 20 a 9 a.C. Constituía un enclave estratégico fundamental ya que se era el puerto más importante de Palestina.

[12] La Torá, o Ley de Moisés, es el compendio de preceptos religiosos, morales y cívicos que se encuentran en el Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia (Génesis, Éxodo, Número, Levítico y Deuteronomio). Según los judíos fueron redactados por Moisés, inspirado por Dios, sus mandatos son sagrados y constituyen la base de la religión judía.

[13] Enclave a trece kilómetros al sur de Jericó, en la costa noroeste del mar Muerto. Se hallaron aquí no solo los restos arqueológicos de la comunidad esenia, sino también los famosos Manuscritos del mar Muerto, redactados por esta.

3

NACIMENTO E INFANCIA DE JESÚS, UN TEMA COMPLEJO

> Aconteció pues, en los días aquellos, que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este empadronamiento primero tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí se le cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.
>
> Lucas II, 1-7.

Son muy escasos los textos religiosos que, a lo largo de la historia, han suscitado mayor número de sentimientos, consecuencias y razonables dudas históricas, como lo ha hecho el breve párrafo del evangelista Lucas. Sin embargo, este pasaje, y no otro, es el comien zo de la historia de Jesús de Nazaret.

Su lectura pausada nos ofrece una cantidad de información apreciable. En primer lugar, nos sitúa dentro de un marco cronológico amplio, el gobierno del emperador Augusto, posteriormente precisa más, en el tiempo en el que Cirino administró la provincia de Siria. A continuación nos informa de una medida política de trascendencia, un censo imperial, así como de los nombres de los padres de Jesús, José y María. Prosigue el relato con la ascendencia del padre, la estirpe de David; y su lugar de procedencia, Nazaret; para, finalmente, culminar con el nacimiento del propio Jesús.

Sin embargo, tras someter estos datos a estudio, los resultados no siempre concuerdan con el relato evan gélico. Efectivamente *el* Nazareno nació siendo emperador Augusto, pero no parece que coincidiese con la gobernación de Cirino sobre Siria. Tampoco tenemos noticia, fuera de la mención evangélica, del citado censo imperial. Se encuentra fuera de toda duda el que los padres de Jesús fueron José y María, pero no así el que subieran a Belén y el que el niño naciera en esta población.

Merece la pena entonces que nos detengamos en cada uno de estos asuntos, pues de su análisis, y de la exposición de las más rigurosas teorías sobre los mismos, aunque sean contradictorias, podremos obtener una cantidad de información apreciable sobre la época, un puñado de datos claros sobre nuestro personaje, y una evidencia, que la investigación histórica sobre Jesús es realmente compleja.

JOSÉ Y MARÍA, LOS PADRES DE JESÚS

En líneas generales los evangelios ofrecen poca información sobre José y María, incluso los

apócrifos que ahondan en el tema no son de gran ayuda, dado su escaso valor histórico. Aún así, a partir de las escasas referencias que aparecen en los textos, podemos extraer algunas informaciones.



La basílica de la Natividad de Belén.

De José se nos dice que pertenecía a la *casa y familia de David*, un dato del que dudan, o niegan directamente, una serie de historiadores y exegetas[14] actuales. Mateo y Lucas nos ofrecen genealogías[15] (Mateo 1, 1-16 y Lucas 3, 23-38), al inicio de sus evan gelios, que se remontan hasta Abrahán y Adán res pec ti va men te, para desembocar en Jesús, pasando, como no podía ser de otra manera, por el rey David. En opinión de algunos estudiosos, la necesidad de que el Mesías procediera de la estirpe davídica, según una tradición muy extendida entre los judíos del momento, fue lo que motivó la elaboración, artificial y con posterioridad a la Pascua, de estas genealogías, dando lugar a lo que se denomina un teologúmeno[16]. Esta misma necesidad de justificar su origen, acogida por algunos especialistas con similar escepticismo, se encuentra en algunas de las palabras que el arcángel Gabriel dirige a María en el momento de la Anunciación.

> Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.
>
> Lucas I, 32-33

Los argumentos ofrecidos para desechar el valor real de tales ascendencias, pues de las palabras de un ángel desde un punto de vista histórico no cabe decir nada, son las irreconciliables diferencias entre una y otra lista. Por una parte los nombres que ambas ofrecen entre Abrahán y David coinciden, sin embargo Lucas introduce dos personajes de los que no hay referencias en la Biblia, Arní y Admín. A partir de este punto, Mateo va a dar veintinueve nombres de antepasados de Jesús, mientras que Lucas va a citar cuarenta y tres, de los que solo tres van a coincidir con el listado de Mateo. Realmente da la impresión de que ambos evangelistas trataron de emparentar a Jesús con David, con la intención de demostrar que, efectivamente, este era el Mesías esperado por los judíos. Para ello, posiblemente tomaron algunas genealogías que se manejaban en sus comunidades y las incorporaron a sus evangelios con semejante pero no idéntico propósito. La finalidad de Mateo era presentar a Jesús como el auténtico Mesías de Israel, haciéndolo en su ascendencia, descen diente primero de Abrahán y luego de David. Lucas, por su parte, pretende mostrar al Nazareno como el hijo de Dios y el Salvador de toda la humanidad, de ahí que se retrotraiga hasta Adán introduciendo así a Jesús, el nuevo hombre, en la historia, no solo de los judíos, sino de todo el género humano.

En refuerzo de estos argumentos encontramos que no solo algunos coetáneos de Jesús dudaron de su linaje davídico, sino que él mismo cuestionó la necesidad de pertenecer a esta estirpe real para ser el Mesías.

> Jesús, tomando la palabra, decía mientras enseñaba en el Templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? David mismo dijo, movido por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor (al Mesías): Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies. El mismo David le llama Señor; ¿cómo entonces puede ser hijo suyo? La muchedumbre le oía con agrado.
>
> Marcos XII, 35-38

Hemos de decir que no parece que este texto haya sido una elaboración del autor del evangelio, más bien correspondería fielmente a lo dicho por Jesús, dado que Marcos lo reprodujo pese a que él mismo estaba convencido de la estirpe real del Nazareno. Por tanto, no podemos decir que históricamente esté demostrada la ascendencia davídica de Jesús.

En los textos también se nos informa de que José era carpintero. No hay motivos para dudarlo, pero este término no ha de entenderse exclusivamente como ebanista, sino en un sentido más amplio. El término griego empleado para referirse a este oficio es "*tekton*", que posee una connotación que aúna la habilidad y los conocimientos. José por tanto era un artesano que trabajaba la piedra, la madera e incluso el hierro, fabricaba muebles, hacía arados y otros aperos de labranza para los campesinos de Nazaret. Así mismo participaba en la construcción de todo tipo de edificios. Debía ser el único que practicaba el oficio en el pueblo, pues los contemporáneos de Jesús se referían a este como "*el hijo del carpintero*" (Mateo 13, 55). Si tenemos presente que la actividad de los padres era heredada por los hijos, es muy posible que, dada la solicitud que había de este tipo de profesionales en las obras, Jesús participase junto con José, en la reconstrucción de la ciudad de Séforis, capital de la región a tan solo 5 kilómetros de Nazaret, realizada en los primeros años de nuestra era. Tampoco hubiese sido extraño que hubiese poseído un pequeño trozo de tierra con el que complementaba la economía familiar. Por tanto, aunque José no era un hombre rico, tampoco debía de estar entre los habitantes más pobres de Nazaret.



Cuadro del Pintor Millais en el que se representa a Jesús niño en compañía de su familia.

Sabemos que José estaba casado con María, formando un matrimonio legal y legítimo, pero antes de celebrarse la fiesta de la boda, e iniciar la convivencia bajo un mismo techo, se produjo una

anomalía, María quedó embarazada. Llama la atención el tipo de enlace de la pareja, sin embargo esta clase de uniones “por partes” eran comunes dentro de la sociedad judía de la época. El primer paso era la firma de la *ketubá* o acuer do matrimonial, que es lo que habían realizado Jo sé y María y lo que les convertía en marido y mujer, no obstante los nuevos esposos no cohabitaban hasta más adelante, pues durante una temporada, como máxi mo un año, la mujer vivía con sus padres mientras se preparaba la nueva casa y el ajuar. Pasado este tiempo, se celebraba la ceremonia de la boda, tras la que la pareja pasaba a vivir en su nuevo hogar.

Abundaremos en el tema más adelante, pero según el *Protoevangelio de Santiago*, un apócrifo de mediados del siglo II con una credibilidad histórica relativa, el “anciano” José ya tenía varios hijos de su primer casamiento cuando se prometió en matrimonio con una joven, de doce años de edad, llamada María, que cuatro años después, dio a luz a Jesús en una cueva.

Con respecto a María los datos de los que disponemos también son escasos. El evangelista Lucas (Lucas 1, 5 y 36) dice que la ascendencia de María era leví tica, por tanto pertenecía a la clase sacerdotal, pero esta información es muy discutible desde el punto de vista histórico, pues no disponemos de información fiable sobre su genealogía. En el ya citado *Protoevangelio de Santiago*, se nos dice que María era hija de un hombre adinerado llamado Joaquín, poseedor de rebaños de terneros y ovejas que cuidaban pastores bajo su cargo, y de su mujer, Ana, a cuyo servicio tenía una criada, por tanto la familia tenía dinero, aunque ya hemos dicho que la credibilidad histórica de este texto es limitada. (*Protoevangelio de Santiago* 1-6) En realidad poco o nada podemos decir sobre los orígenes de familiares de la madre de Jesús, algo que no ha de extrañar, pues, en el ambiente judío en el que se redacta el Nuevo Testamento, el linaje de un niño se trazaba a partir de los ascendientes de su padre, fuera este el progenitor biológico o legal, pues la genealogía de la madre no se consideraba importante.



María, la madre de Jesús, un personaje del que apenas sabemos nada antes de la Anunciación.

El matrimonio formado por José y María era originario de Nazaret, donde pasó la mayor parte de su vida. La población debía tener no más de 500 habitantes dedicados en su mayor parte a la agricultura, y quizás a cierta artesanía que abastecería los mercados de la vecina Séforis, a tan solo una hora de camino. Si creemos los que dice J. Klausner[17], el aspecto de Nazaret no debía variar sustancialmente del que él mismo pudo contemplar en 1912:

> Nazaret era un pueblo rodeado de colinas de indescriptible suavidad, rodeado de bosques de palmera, higueras y granadas, y campos sembrados de variedades de trigo y cebada de gran desarrollo pero de delicada espiga. La vista desde la cima de la colina sobre la que reposa Nazaret es una de las más hermosas de la tierra. Era una pacífica ciudad de Galilea, que cultivaba sus campos y huertos y se ocupaba de todo tipo de artesanías; estaba como sumida en sí misma, aplicada a visiones y sueños. Era por cierto un lugar adecuado para el nacimiento del moralista y reformador del mundo, para sus visiones infantiles y para sus sueños de juventud.



Nazaret, el pueblo de José y María, tal como es en la actualidad.

Este paisaje no pasó desapercibido a los ojos de Jesús a juzgar por las imágenes que, basadas en la naturaleza y en las labores agrícolas, empleó a lo largo de su vida pública: los lirios del campo representan la mayor belleza, así como sembrar la cizaña en el campo vecino la mayor maldad, la Palabra de Dios se compara con el grano de trigo que cae entre piedras o en tierra fértil, el Reino de los Cielos con una viña en la que todos los trabajadores, madrugadores y tardíos, cobran lo mismo al final del día…

De los evangelios, contrastados con otras fuentes, también se deduce que José y María debieron ser judíos muy piadosos, observantes de la Ley de Moisés, y partidarios de una religiosidad conservadora, poco dada a las innovaciones que se vivían en las ciudades. Sus propios nombres y los de sus hijos así lo evidencian, pues recuerdan a destacados personajes del Antiguo Testamento o a los grandes héroes nacionales de la sublevación de los Macabeos[18], lo que muestra el carácter tradicionalista de la familia. José y María, Miryam en hebreo, portaban los nombres de uno de los hijos de Jacob y de la hermana de Moisés respectivamente. Santiago, uno de los hermanos de Jesús, lle va ba el patronímico del patriarca que engendró los doce hijos que fundaron las doce tribus de Israel, mientras que sus otros hermanos, José, Simón y Judas, recibieron los nombres de tres de esos doce hijos. La presencia de estos nombres, en una familia judía del siglo I, está en plena consonancia con la corriente de fervor nacionalista y religioso que recorrió la Palestina, rural sobre todo, en el tiempo de la rebelión de los Macabeos. Además, del ya citado Santiago, que llegó a presidir la iglesia de Jerusalén, se nos dice que era un hombre conocido por su elevado grado de cumplimiento de la ley. Asimismo, otros familiares de Jesús, cuyas noticias han llegado hasta nosotros debido a que también desempeñaron cargos en la iglesia de los primeros tiempos, aparecen igualmente asociados a corrientes judeocristianas conservadoras.

A partir de estas informaciones algunos estudiosos han concluido que Santiago, el hermano de Jesús, pertenecía al grupo religioso de los fariseos, y que por extensión toda la familia pertenecía también. Aunque no hay un acuerdo definitivo sobre la cuestión, no parece que esto fuese así. En la familia de Jesús no encontramos niveles de exigencia religiosa fuera de lo común en su ambiente y en su tiempo. José y María, al igual que la mayor parte de Nazaret, debían mantenerse dentro de una práctica religiosa sencilla y conservadora de la Ley de Moisés. Sus prácticas consistían en el respeto a las leyes de pureza y al sábado; en la participación en las reuniones periódicas en la sinagoga, para la lectura de la Torá; la celebración de las principales festividades religiosas; y la peregrinación al Templo de Jerusalén, cuando estas fueran posibles. Estaban por tanto muy alejados de las

innovadoras y complejas prácticas religiosas farisaicas, que tanta aceptación tenían en las ciudades.

José debió de morir, posiblemente entre los cincuenta y los sesenta años de edad, antes de que Jesús iniciase su vida pública, ya que tras los pasajes de la infancia desaparece casi por completo de los evangelios. La última noticia que tenemos de él junto a Jesús le sitúa en el Templo de Jerusalén, en el momento en el que encuentra a su hijo, de doce años de edad, sentado entre los doctores. María, por su parte, aparece con mayor regularidad a lo largo de la vida de Jesús, desde el momento del nacimiento, pasando por las bodas de Caná y hasta los momentos de la muerte de su hijo, al pie de la cruz. Mientras Jesús predicaba en Galilea, ella continuaba residiendo en Nazaret y manteniendo un estrecho contacto con el resto de sus hijos. Según ciertos apócrifos María murió dos años después de Jesús en Jerusalén. Si tenemos en cuenta de que debía tener unos 16 años cuando dio a luz a Jesús, debió morir a los cincuenta y cinco, siendo enterrada, probablemente, cerca del torrente Cedrón, donde aún hoy se venera su sepulcro. Otra tradición, transmitida por Ireneo de Lyon, sitúa la muerte de María en Éfeso (Grecia), donde había sido acogida por el apóstol Juan[19].

LA FECHA DEL NACIMIENTO

EL COMPLICADO ASUNTO DEL CENSO QUE NUNCA EXISTIÓ

En el año 533 d.C. un monje escita[20], llamado Dionisio el Exiguo, recibió el encargo del papa Hormisdas (514-523) de calcular el año en el que había nacido Jesús, con el fin de sustituir el calendario romano, que aún estaba vigente, por un calendario cristiano. El religioso, famoso por su labor intelectual, dedujo que el nacimiento de su Señor había tenido lugar el año 754 AUC (*ab urbe condita*), esto es, desde la fundación de Roma, sin embargo, algo no encajaba. Sabemos por las fuentes que Herodes el Grande, el mismo que supuestamente ordenó la matanza de los inocentes, murió exactamente en el 750 AUC, luego Jesús, nacido tal y como dice Mateo e insinúa Lucas, siendo este monarca (Mateo 2,1 y Lucas 1,5) no pudo nacer cuatro años después. En algún momento del cálculo el sabio Dionisio cometió un error que nunca fue corregido, de lo que se deriva que actualmente no estemos realmente en el año 2008 de nuestra era, algo que no ha sido enmendado por motivos eminentemente prácticos, y lo que es más llamativo, que Jesús verdaderamente no naciera en el año cero, sino varios años antes de Cristo.

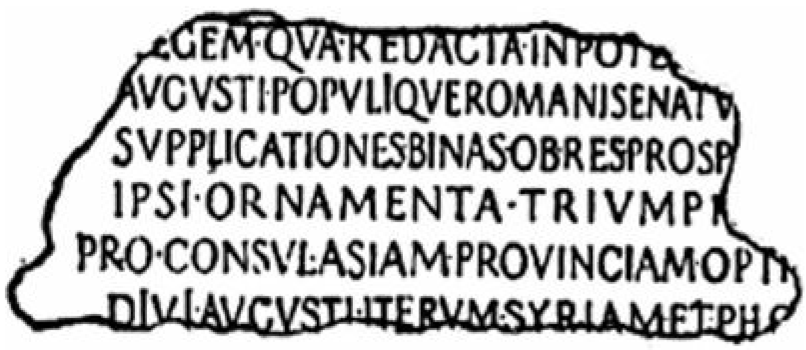
Este hecho enturbia nuestro conocimiento sobre el momento exacto del nacimiento de Jesús, por lo que cabe preguntarse si realmente podemos dar con él.

Siguiendo los evangelios encontramos informaciones que apuntan a una fecha aproximada. Está pro bado que el alumbramiento tuvo lugar siendo Augusto Emperador (Lucas 2,1) y Herodes monarca de Judea[21] (Mateo 2, 1). Sabemos que este último comenzó su reinado en el año 37 a.C. y que murió en el año 4 a.C., luego Jesús no pudo nacer después de la muerte del monarca, por tanto, debió nacer antes del año 4 a.C. De ser histórica la noticia evangélica de la matanza de los inocentes, (Mateo, 2, 13-23), la fecha habría de retrasarse hasta un momento indeterminado anterior al 6 a.C. pues Herodes mandó matar a todos los niños menores de dos años.

Un conocimiento más preciso nos lo puede proporcionar el que de manera simultánea al nacimiento de Jesús, se realizase un censo imperial que José y María habían de cumplimentar.

Sabiendo la fecha del citado empadronamiento, sabríamos exactamente el año que buscamos, pero, según muchos indicios, este padrón nunca se dio.

Un censo romano de carácter y alcance imperial era una medida administrativa importante, que tenía como fin conocer la población del Imperio de cara al cobro de impuestos y al reclutamiento de hombres para el ejército. Pero, pese a su importancia, ninguna otra fuente escrita, de la época o posterior lo consigna, como hubiese sido normal. A este respecto cabe objetar que, quizás, la expresión evangélica “ordenando que se empadronase todo el mundo conocido”, hiciese tan solo referencia a los dominios herodianos, pero los argumentos en contra tienen un peso considerable. Tal y como nos informa Flavio Josefo (*Antigüedades Judías*, 17, 27), el reino de Judea estuvo exento de pagar impuestos mientras duró el gobierno de Herodes el Grande (*rex socius*, por tanto cliente, aliado y amigo de Roma), el cual gozaba de una altísima autonomía fiscal. Esta misma exención existió durante los diez años de reinado de Arquelao (4 a.C. - 6 d.C.), sucesor del anterior, tras los cuales Roma realizó un censo con fines fiscales, constatado en las fuentes escritas, que provocó un levantamiento popular liderado por un tal Judas de Gamala, también llamado Judas el Galileo.



El denominado *Titulus Tiburtinus*, en el que se supone aparece la confirmación de que Cirino fue dos veces gobernador en Siria, una de las cuales realizó el famoso censo.

Asimismo, hemos de tener presente que Cirino no fue gobernador de Siria en vida de Herodes el Grande, pese a lo que diga Lucas: “Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino”. Los cargos de gobernación en esta región los desempeñaron *Sentius Saturninus*, entre los años 10 o 9 y 7 o 6 a.C., y *Quintilius Varus*, entre los años 7 o 6 y el 4 a.C., Cirino tomó posesión hacia el 3 o el 2 a.C. Dado que Herodes murió en la primavera del 4 a.C., no hubo ocasión, ni, como ya hemos visto, posibilidad legal para que el citado gobernador pudiera actuar en Judea, efectuando el supuesto padrón, y menos aún antes del 4 a.C.

Por último, los hechos que describe la narración evangélica chocan frontalmente con las leyes romanas que regían, con gran practicidad como era propio de Roma, la realización de censos. José y María, de haber tenido propiedades, deberían haber declarado ante el censor de la ciudad principal del distrito tributario al que pertenecían, en este caso en Séforis, pues procedían de Nazaret. Como es lógico no se les exigía presentarse en la ciudad de la que procedía su clan, en este caso Belén, donde José y María no tenían posesiones, pues de haberlas tenido no hubieran debido pasar la noche en un establo. Tampoco se pedía que se personasen los dos esposos, sino tan solo el cabeza de familia, además resulta difícil creer que José permitiese a su esposa hacer un viaje de unos 150 kilómetros, que tardaban en recorrerse en cuatro o cinco días, en un estado de gestación tan avanzado.

Por tanto, el censo imperial del que nos habla Lucas no tiene un fundamento histórico firme. La causa de su aparición en el momento del nacimiento de Jesús habría que buscarla, posiblemente, en

la confusión del evangelista entre dos fechas muy destacadas, el 4 a.C., año de la muerte de Herodes el Grande; y el 6 d.C., momento de realización del censo provincial y de creación de la provincia romana de Judea. En ambas fechas se produjeron conflictos de envergadura, aun que mayor importancia tuvo el primero, ya que Varo, gobernador de Siria, hubo de emplear todo su ejército para sofocar el conflicto. El segundo sin embargo fue más recordado, pues el levantamiento de Judas el Galileo y sus sucesores, contra el empadronamiento ordenado por Roma y su impuesto sobre la propiedad (*tributum soli*), duró hasta el año 66 d.C. Por un lado Lucas sabía del nacimiento de Jesús en los años finales del gobierno de Herodes, por otro el censo ordenado el 6 d.C. le ayudaba a justificar el hipotético traslado de José y María a Belén, ciudad en la que había de nacer necesariamente el Mesías, el error estuvo en que el evangelista creyó que los años finales del gobierno de Herodes y el censo de Cirino coincidieron en el tiem po, algo que debió concluir al confundir igualmente el origen de ambas sublevaciones, pensando que eran la misma revuelta (G. Vermes, *El nacimiento de Jesús*, 133-143).

Otra teoría, de línea teológica en este caso, argumenta que el evangelista hizo coincidir nacimiento y empadronamiento de manera consciente. Al enlazar ambos hechos, no solo buscaba un pretexto para hacer que Jesús naciera en Belén, subrayando así su origen davídico, sino que, además, situaba su alumbramiento en el momento de un gran censo mundial, queriendo remarcar así el valor universal de la salvación que Jesús traía para el mundo.

Sea como fuere lo cierto es que, a juzgar por lo ya expuesto, el censo nunca existió, por lo que este dato no nos puede señalar la fecha del nacimiento del Nazareno. Así pues, hemos de conformarnos con un *terminus ante quem*, que apunta que Jesús nació poco antes de la muerte del rey Herodes el Grande, o sea, poco antes de la primavera del 4 a.C.

El censo que sí pudo existir

Dejando ahora a un lado el asunto de la fecha del nacimiento de Jesús, pues en este sentido hay bas tante unanimidad, no han faltado tampoco estudiosos, aun que hoy son una corriente minoritaria, que hayan investigado en busca de datos históricos que confirmasen la existencia del censo que, supuestamente, obligó a José y María a trasladarse a Belén. Algunas de las teorías elaboradas a partir de los mis mos son endebles o indemostrables, al menos desde un punto de vista histórico, sin embargo otras, elaboradas con mayor rigor y seriedad, poseen un grado de credibilidad, que entra en pugna con las anteriores hipótesis.

La clave de esta nueva argumentación se encuentra en la posibilidad de que el evangelista con fundiera el citado censo imperial con el último empadronamiento ordenado por el rey Herodes, que tuvo lugar el año 7 ó 6 a.C. Este censo, que afectó ex clu si va mente a los habitantes del reino de Judea, tenía evidentes fines fiscales, ya que el monarca estaba siempre necesitado de ingresos para sufragar su ambiciosa política de obras públicas. Hacía más de veinte años que Herodes no actualizaba su registro de población, desde el 29 a.C., por lo que ordenó este nuevo em padronamiento, que incluía, tal y como dice Flavio Jo sefo (*Antigüedades Judías* 15, 368 y 17, 42), un juramento de fidelidad a Augusto.

En los años sucesivos se dio una serie de censos más, aunque de diferente carácter. En el 8 a.C. el emperador había ordenado realizar un empadronamiento de todos los ciudadanos romanos[22] del Imperio. Recordemos que, en el 6 d.C., tomó esta misma me di da con los habitantes de Judea[23], pues el territorio había perdido su independencia administrativa y se hallaba gestionado directamente por

Roma, a la que había de pagar impuestos. Lucas pudo perfectamente confundir esta sucesión de recuentos con uno solo de alcance imperial que nunca existió, o bien pudo referirse al censo general de ciudadanos romanos, en el cual introdujo a los judíos con el fin de poner en contacto el nacimiento de Jesús con el censo de Cirino y con el emperador Augusto, subrayando así su importancia. Sea co mo fuere, lo cierto es que la orden de empadronamiento pudo ser real, aunque no con el carácter y el alcance que Lucas le da en su evangelio.

El traslado de María, junto con José para cumplir el citado decreto de Herodes, encuentra su justificación en el método judío de realizar los censos, radicalmente diferente al romano. En Israel, desde el año 200 a.C., los padrones se realizaban sobre las personas físicas de entre 14 y 64 años, ya que eran estas las que pagaban un impuesto, *tributum capitis*, anual e igualitario, al era rio público. Los romanos, por su parte, lo realizaban sobre las propiedades, *tributum soli,* lo que ofendía gravemente la sensibilidad hebrea pues la tierra era propiedad de Dios y había sido dada al pueblo; por tanto, ninguna autoridad podía cobrar por ella. De aquí la revuelta que se desató, en el año 6 d.C., en Judea, cuando Roma realizó un censo sobre la tierra con fines fiscales, e igualmente de aquí el que María, acom pañase, obligatoriamente, a José en su viaje.

Si el censo citado por los evangelios fue ordenado por Herodes obligatoriamente ambos deberían empadronarse. La razón de no hacerlo en Nazaret o Séforis pudo ser que José, como hebreo piadoso que era, y quizás como miembro orgulloso del linaje de David, se trasladó a Belén con el fin de inscribirse en la emblemática ciudad de sus antepasados, tal y como ordenaba la Ley de Moisés, pues con respecto al lugar donde efectuar el registro la ley judía no especificaba nada. Por tanto, existen argumentos de peso para afirmar que el citado censo pudo existir (Puig, A., *Jesús. Una…*, 150 y ss.).

¿PUDO NACER EN BELÉN?

Que Jesús era denominado el Nazareno por sus contemporáneos, en el sentido de “el que es” o “el que procede” de Nazaret, se encuentra constatado, a lo largo de los evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, en numerosas ocasiones:

> Cuando hubieron cumplido todas las cosas según la Ley del Señor, regresaron a Galilea a su ciudad de Nazaret.
>
> Lucas 2, 39

> ¿De Nazaret puede salir cosa buena?
>
> Juan 1, 46

> Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea.
>
> Mateo 21, 11

> Más Pedro dijo: “No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, eso te doy: En nombre de Jesucristo el Nazareno, anda”.
>
> Hechos 3,6

Tan solo en dos capítulos del Nuevo Testamento (Mateo 2 y Lucas 2), se habla de Jesús como nacido en Belén, y posteriormente, ni estos ni los demás evangelistas vuelven a hacer referencia a este hecho, lo que ha llevado a pensar a numerosos investigadores, ya desde inicios del pasado siglo,

que Jesús nació en realmente en Nazaret y no en Belén.

Para estos, el motivo por el que Mateo y Lucas falsearon la realidad está claro, el deseo de mostrar que efectivamente Jesús era el Mesías y que en él se cumplía la famosa profecía de Miqueas 5, 2, que anunciaba el nacimiento de este en la ciudad de David:

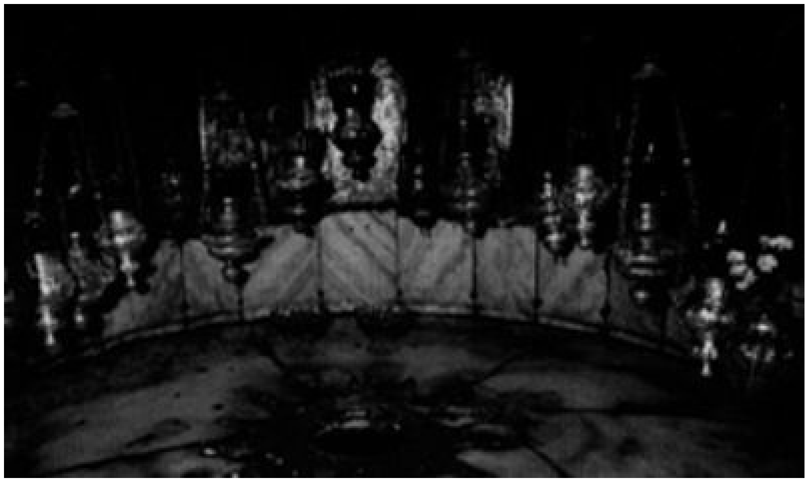


Fotografía de Belén en la actualidad.

> Y tu Belén-Efratá, pequeña entre los millares de Judá, más de ti me saldrá Aquel que ha de reinar en Israel. Sus orígenes vienen de antiguo, desde días lejanos.

Estaríamos por tanto, no ante un hecho histórico, sino una vez más ante un *teologúmeno*, una afirmación teológica expresada en forma de relato histórico.

No obstante, aunque aceptar esta teoría sea menos problemático, ya que parece más probable a juzgar por los datos ya expuestos, tampoco podemos afirmar tajantemente que Jesús nació en Nazaret. De hecho, se puede realizar una lectura en el sentido contrario al ya expuesto. Los dos evangelistas no crearon un relato para demostrar que Jesús era el Cristo, sino que descubrieron que era el Cristo porque en él se cumplía la profecía. Además, entre los relatos, del nacimiento y la infancia, de ambos autores encontramos gran número de divergencias, pues se elaboraron a partir de fuentes independientes entre sí, sin embargo los dos coinciden, y en ellos se afirma claramente, que Jesús nació en Belén (Mateo 2,1 y Lucas 2,4 y 15). Si las comunidades cristianas primitivas elaboraron el relato del nacimiento como un teologúmeno para situar el alumbramiento de Jesús en la pequeña ciudad de David, ¿por qué no hay más coincidencias entre los relatos de la infancia de Mateo y Lucas, y más en concreto, entre la información que ambos autores dan sobre Belén? Teniendo en cuenta los criterios de historicidad de un hecho, el que una noticia aparezca en dos obras diferentes, entre las que no hay conexión, es un punto importante a favor de su veracidad histórica.



Lugar donde se supone que estuvo el pesebre en el que sus padres depositaron a Jesús. Se encuentra dentro de la Basílica de la Natividad de Belén.

Igualmente hemos visto en el anterior apartado los motivos que pudieron impulsar a José y María a trasladarse a Belén, donde, según los evangelios, tuvo lugar el parto de Jesús. Este hecho, aunque discutido por algunos historiadores, cuenta con el apoyo de la tradición oral. Que el lugar de nacimiento de Jesús fue Belén es un dato que quedó fijado muy pronto entre comunidad cristiana de Judea. Solo así se explica interés del emperador Adriano de eliminar todo vestigio del nacimiento, paganizando el lugar. Después de la Segunda Guerra Judía (132-135 d.C.), el soberano ordenó borrar los recuerdos cristianos del área de Jerusalén, donde Jesús había sido ejecutado y sepultado. Así mismo mandó erigir un templo romano dedicado a la divinidad Tammuz Adonis, amante de Venus, rodeado por un pequeño bosque sagrado, que fue destruido cuando Constantino, en el siglo IV d.C., edificó sobre aquella cueva la basílica de la Natividad (San Jerónimo, *Carta a Paulino* 58).

Ahondando en esta línea hemos de señalar que autores como San Justino (*Diálogo* 78), nacido en Palestina hacia el año 100 d.C., u Orígenes (*Contra Celso* 1, 51) que vivió a inicios del siglo III,atestiguan que Jesús nació en una cueva cerca de Belén, del mismo modo como lo hacen algunos apócrifos (*Protoevangelio de Santiago* 17 y ss; *Evangelio de la infancia,* 2-4; *Pseudos-Mateo* 13).

Ocasionalmente, y con el fin de apoyar esta teoría, se han querido forzar determinados datos arqueológicos. Los evangelistas nos dicen que el nacimiento de Jesús tuvo lugar durante la gobernación de Cirino, algunos estudiosos han querido sostener que una lápida fragmentaria, hallada en Tívoli (Italia) en el siglo XVIII y expuesta en los Museos Vaticanos, denominada *Titulus Tiburtinus* indica que este personaje había sido dos veces gobernador de Siria, por lo que uno de sus mandatos pudo coincidir con el nacimiento de Jesús. Sin embargo esto no es sino una pura hipótesis, pues si bien es verdad que la inscripción habla de un gobernador de Siria, no es menos cierto que el nombre del mismo se halla borrado, pudiendo ser este el funcionario al que se dedicó, o cualquier otro como L. Calpurnio Pisón o M. Plautio Silvano. En cualquier caso y aunque se acepte esta hipótesis como válida, la primera vez que Cirino fue gobernador de Siria fue en el año 3 a.C., un año después de la muerte de Herodes, bajo cuyo reinado nació Jesús.



Fragmento de *La adoración de los pastores* de Tintoretto.Tomando en consideración las informaciones expuestas, hemos de decir que resulta imposible llegar a una certeza sobre el lugar de nacimiento de Jesús.

Dejando de lado esta propuesta, y tomando en consideración el resto de informaciones expuestas, hemos de decir que no hay argumentos que nos permitan afirmar nada definitivo, a favor o en contra, de Nazaret o Belén, por lo que nos resulta imposible llegar a una certeza sobre el lugar de nacimiento de Jesús.

¡Y UNA ESTRELLA SEÑALÓ EL LUGAR!

LA APARICIÓN DE ESTRELLAS, UN HECHO HABITUAL EN LA ANTIGÜEDAD

Dice el evangelio de Mateo en los primeros versículos de su segundo capítulo:

> Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron de Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo.
>
> Mateo II, 1-2

Unas líneas más adelante el texto revela que: la estrella que habían visto en el Oriente los precedía, hasta que vino a pararse encima del lu gar donde estaba el niño.

Mateo II, 9

Al igual que en Lucas los ángeles anuncian a los pastores el nacimiento del Mesías, en Mateo otro signo celeste, la estrella, da a conocer el magno acontecimiento a los magos. Pero llegados a este punto cabe preguntarse si efectivamente existió la citada estrella o si por el contrario es una creación literaria más del autor. De nuevo encontramos argumentos que apuntan en diferentes direcciones.

Hoy día, parte importante de la comunidad científica coincide en señalar que en realidad estos pasajes no tienen valor histórico. La aparición de sig nos celestes, como heraldos del nacimiento de un per sonaje importante, está muy documentado a lo largo de toda antigüedad, tanto entre los judíos como entre los gentiles. El nacimiento de Alejandro Magno, dada la interpretación que hicieron los magos persas de los signos vistos esa noche en el cielo, es ejemplar en este sentido:

> Sabido es que la misma noche que ocurrió el incendio del templo de Diana en Éfeso nació de Olimpia Alejandro, y al amanecer el día siguiente exclamaron los magos que aquella noche había nacido la desgracia y el azote de Asia.
>
> Cicerón, Adivinación 1, XXIII, 47.

El autor romano Plinio el Viejo recogió, en su obra *Historia Natural* (II, 28), una creencia generalizada en su tiempo, la de que cada vez que iba a acontecer un hecho trascendente para el país, o el alumbramiento de un personaje llamado a grandes empresas, este era previamente anunciado por la aparición de un nueva y rutilante astro. El historiador Suetonio (*Vida de doce Césares*, *Augusto*, 94) comenta en su obra que, hacia mediados del siglo I a.C., apareció en el firmamento una desconocida y llamativa estrella que todos podían contemplar. Consultados los oráculos, vaticinaron que el prodigio anunciaba el nacimiento de un gran rey en el país. Dada la histórica aversión de Roma por la monarquía, recuerdo de su pasado bajo dominio etrusco, el Senado promulgó una ley por la que prohibía criar a los varones nacidos en ese año. Evidentemente el decreto no fue aplicado drásticamente, ya que la estrella anunciaba el alumbramiento de un niño, Octavio, que con el tiempo llegó convertirse en Au gus to, el primer emperador de Roma. Con similares características otras luminarias anunciaron el nacimiento de Mitrídates, rey del Ponto, o la proclamación de Julio Cesar como divinidad.

También la tradición hebrea presentaba testimonios en este sentido. El nacimiento de Abrahán fue anunciado, según *El Libro de las generaciones* o *Sefer ha -Yashar*, por la aparición de una estrella. El alumbramiento de otros personajes trascendentales como Moisés o Noe, fueron igualmente acompañados de gran des y extraordinarias luces, pero sin lugar a dudas el pasaje de la Escritura que más influyó en los evangelistas, a la hora de hablar de la estrella de Belén, fue la profecía de Balaam. (*Números* 24, 17) Este profeta mesopotámico, pese a no ser judío, realizó una predicción por la cual un Mesías nacería de entre el pueblo de Israel: "De Jacob viene una estrella, en Israel se ha levantado un cetro". Las imágenes de la estrella y del cetro harían referencia a un Mesías sacerdotal y a un Mesías real respectivamente. Finalmente, y según el *Testamento griego de Leví,* la estrella acabó por convertirse en un signo que anunciaría la llegada del Salvador.

Por tanto, para muchos historiadores y teólogos, la noticia de la estrella sería otra licencia del evangelista, que aunando las creencias gentiles y las profecías hebreas, ratificaba así, y una vez más, el mesianismo de Jesús desde su primer momento de vida.

La estrella de Belén, un fenómeno constatado

Ahora bien, dejando de lado los significados del texto, lo cierto es que la estrella existió, o cuando menos, existieron una serie de fenómenos celestes visibles, en la fecha en torno a la cual, posiblemente, nació Jesús.

Los estudiosos han formulado tres hipótesis al respecto. La primera argumenta que el astro bien pudo ser un cometa. Estos siguen un recorrido regular y elíptico alrededor del sol. En su trayectoria más lejana de la tierra no son visibles, pero pueden serlo temporalmente si en algún punto de su órbita se aproximan lo suficiente. En el año 12 a.C. el cometa Halley fue avistado desde nuestro planeta, sin embargo la fecha parece muy anterior a la del nacimiento de Jesús.

La segunda de las hipótesis defiende que lo que avistaron los magos fue una nova, esto es, una estrella que explota provocando una luminosidad muy intensa y fácilmente visible desde la tierra. Según los astrólogos chinos y coreanos una nova apareció entre los meses de marzo y abril del año 5 a.C., una fecha pro bable para el nacimiento de Jesús. El investigador H. Kid ger, del Instituto astronómico de Canarias, han iden tificado la nova con la estrella *Do Aquilae*.

La tercera de las teorías, y la que goza de mayor crédito, arguye que lo que pudo darse fue una conjunción planetaria. Este fenómeno consiste en la aproximación de algunos planetas hasta coincidir en el mismo grado de longitud. Su proximidad es tanta que llegan a parecer una sola estrella por su luminosidad. Descubridor y partidario de esta hipótesis fue el gran astrónomo Juan Kepler, que el 17 de diciembre del año 1603, observó en plena noche, en el Hradschin de Praga, la aproximación de los planetas hasta coincidir en el mismo grado de longitud. Así, Júpiter y Saturno coincidieron en la constelación de Piscis dando lugar a una gran conjunción. Kepler calculó que el suceso, que se repite cada 805 años, tuvo lugar igualmente el año 7 a.C. El fenómeno se repitió, en poco tiempo, dos veces más, en febrero del año 6 a.C., con los planetas Júpiter, Saturno y Marte como protagonistas, y en el 5 a.C. con el aparejamiento de la luna y Júpiter en la constelación de los Peces, al igual que el anterior. El brillo emitido por estas conjunciones, en las citadas fechas, era fácilmente observable desde el arco mediterráneo. Es posible que cualquiera de ellas, debido al efecto óptico que generan, fuera la estrella de la que habla el evangelio, y la que, de ser históricos, contemplasen los famosos magos de Oriente. Tengamos presente que para aquellos tiempos, la astrología contaba ya con más de dos mil años de antigüedad y que miles de sacerdotes y astrónomos contemplaban cada noche el cielo en busca de conocimientos que adquirir y signos que interpretar.

Ciertamente, y teniendo en cuenta las profecías hebreas, no es extraño que hubiera quien pensase que semejante signo anunciaba el nacimiento del Mesías. Hacía ya tiempo que, tal y como dice el rabino Abarbanel, los maestros judíos habían concedido una gran importancia a las conjunciones de Júpiter y Saturno en el signo de Piscis, concluyendo que ese fenómeno anunciaría el nacimiento del Cristo.

Ahora bien, parece difícil que la estrella se moviese siguiendo un camino concreto, fuera de una trayectoria lógica, de Oriente a Belén, parándose y descendiendo sobre la casa de Jesús. Como mera curiosidad comentar que este dato ya suscitó dudas y reflexiones entre teólogos como San Juan Crisóstomo (*Homilías sobre San Mateo*, 6,3), que argumentó que no había estrella capaz de señalar con precisión un punto tan concreto desde tal altura, por lo que debió de descender sobre la casa de José y María. Santo Tomás de Aquino, por su parte, consciente de lo sobrenatural de la estrella y su comportamiento, pensó que debió tratarse de un astro creado por Dios con el fin de guiar a los magos, pero no ya en el espacio, sino dentro de nuestra propia atmósfera[24].

LOS MAGOS DE ORIENTE,UNOS PERSONAJES ENIGMÁTICOS

El evangelio de Mateo es el único que habla de la llegada de unos magos hasta la corte de Herodes, con el fin de averiguar donde había nacido Jesús.

> Nacido pues Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle. Al oír esto el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén, y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó donde había de nacer el Mesías.
>
> Mateo II, 1-4

Poca información más tenemos en el citado evangelio de estos misteriosos y sorprendentes personajes. Ni siquiera informa de su nombre, ni de su número, ni de su condición real. Estos datos, incorporados posteriormente a la tradición cristiana, se encuentran en un apócrifo del siglo VI d.C., el *Evangelio Armenio de la Infancia de Jesús*, donde se dice:

> Los reyes magos eran tres hermanos: Melkón, el primero, que reinaba sobre los persas; después Baltasar, que reinaba sobre los indios; y el tercero, Gaspar, que tenía en posesión el país de los árabes.

Curiosamente, Mateo ofrece una imagen positiva de los mismos, algo extraño dada la aversión judía por los magos, "*magoi*" en griego. Los adivinos, en general, gozan de una pésima reputación tanto en la Biblia como en las obras de Flavio Josefo recordemos el caso de Simón el Mago, (*Hechos* 8,9). Dentro del mundo grecorromano se les consideraba sacerdotes de Zoroastro, procedentes de Media o Persia, expertos en el arte de interpretar las estrellas y los sueños.

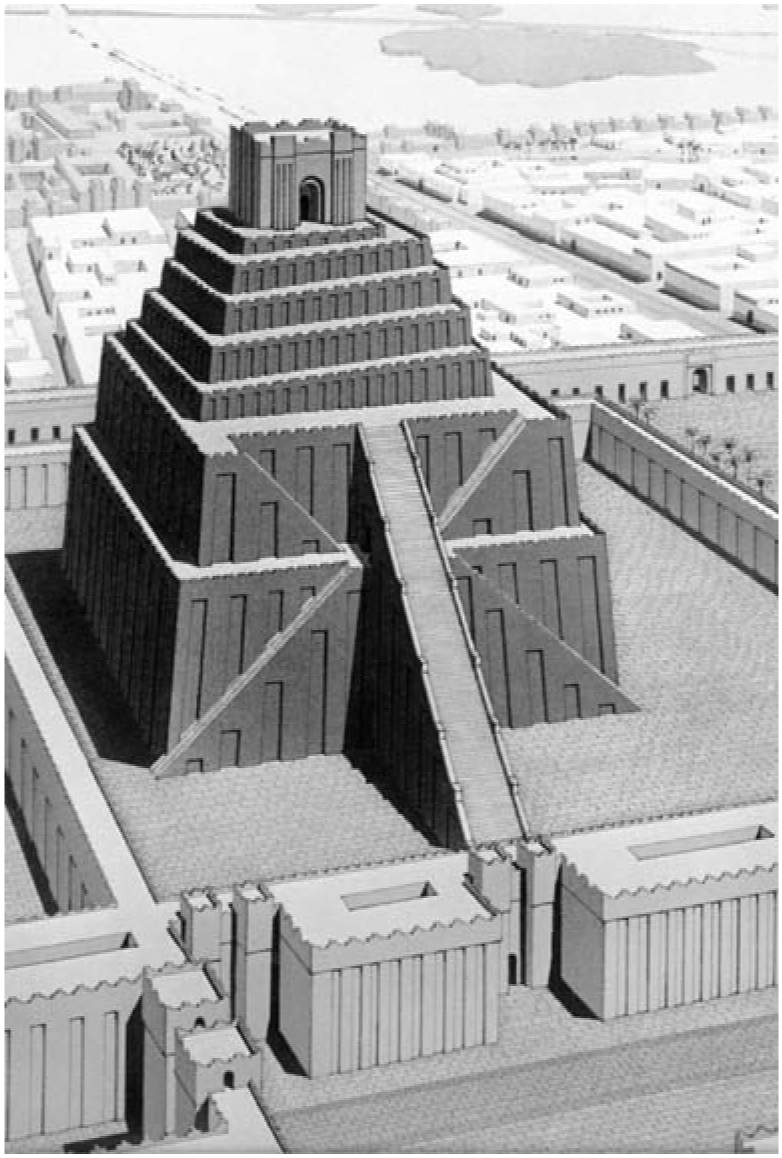


Los magos de oriente, unos personajes de los que sabemos poco por los evangelios canónicos. Sus nombres realmente están recogidos en un texto apócrifo.

Según la opinión de algunos estudiosos, este episodio fue una creación del evangelista, que unió la profecía de Balaam: *"De Jacob (Israel) viene una estrella, en Israel se ha levantado un cetro"* (Números 24, 17), con la visita de Tirídates, rey de Armenia a Roma. Hacia finales de la década de los 50, Tirídates llegó a Roma con un nutrido séquito, formado, en palabras de Plinio el Viejo, por magos (*Historia Natural* 30: 6, 16-17). Su objetivo no era otro que el de venerar a Nerón como Dios, al igual que los magos hicieron con Jesús. Si a la aparición de la estrella sobre las fechas en que nació Jesús, le unimos la profecía de Balaam y la embajada de Tirídates, se reconstruye la planilla, según estos investigadores, sobre la que Mateo elaboró el pasaje de los Magos. Su fin teológico era presentar el reconocimiento por parte de los no judíos, de los gentiles, de Jesús como auténtico Mesías.

Otros estudiosos han valorado la posibilidad de que los Magos hubiesen existido realmente. Tengamos presente que el viajero medieval Marco Polo, en su *Libro de las Maravillas*, confesó haber visitado, a finales del siglo XIII, la tumba de los reyes en la ciudad persa de Sava, la actual Sabe, localidad cercana a Teherán, Irán. Su lugar de procedencia podría haber sido de Hamadán, ciudad persa al sur del Mar Caspio, a 400 Km. al sudoeste de Teherán, que en la antigüedad fue conocida como *Ecbatana de los Magos*, dada la tradición que tenía en la formación de sacerdotes, interpretadores de sueños y astrólogos.

Tiene más seguidores la hipótesis que habla de un intercambio cultural con la casta sacerdotal de Babilonia, durante la esclavitud del pueblo judío en este reino (587 a.C.) El clero babilónico conocía bien las profecías hebreas sobre el Mesías, al igual que la mayor parte de su entorno cultural, dada la difusión que de la profecía habían hechos los propios judíos. Los Magos serían, por tanto, sacerdotes o astrónomos babilonios, o quizás persas, que, conocedores de la profecía mesiánica, observaron los fenómenos astrales que se produjeron entre el 7 y el 5 a.C., identificándolos con la materialización de la promesa de un salvador para Israel.



Los astrónomos babilonios pudieron ser los magos del evangelio, al recordar las profecías judías y observar la estrella desde las terrazas de sus zigurat.

La preparación y realización del viaje, teniendo en cuenta las dificultades de la época, y el tiempo invertido en la búsqueda de Jesús, justificarían el que Herodes, enterado por los propios Magos del nacimiento del Mesías, mandase matar a todos los niños menores de dos años, tiempo que debieron emplear en las operaciones citadas.

El resto de aspectos que acompañan a estos personajes, tan vivos en nuestra tradición cultural gracias al arte y a las Noches de Reyes, se fueron definiendo paulatinamente en los primeros siglos de cristianismo. Lo primero en precisarse fue el número, pues, debido a la ausencia de otros datos que los aportados por el *Evangelio Armenio de la Infancia de Jesús,* en un primer momento su número fluctuó entre dos y varias docenas, tal como se representa en algunas obras tardorromanas.

En el siglo III se les confirió su carácter real, seguramente para oscurecer su condición de magos, pues la magia estaba condenada tanto en la Biblia como entre los cristianos. En el mosaico bizantino de San Apolinar el Nuevo (Rávena, Italia), realizado en el año 520, ya aparecen claramente marcados estos rasgos, lo cual hace pensar en la rapidez con la que se dio su proceso de definición y la devoción que despertaban entre los fieles. Sus reliquias descansan hoy, y desde el siglo XIII, en la catedral de Colonia, templo que lleva su nombre.

LA MATANZA DE LOS INOCENTES

Dice el evangelio de Mateo:

> Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los Magos.
>
> Mateo II, 16

El párrafo que acabamos de reproducir nos narra la matanza de los inocentes, sin duda el episodio más popular, hoy día, de cuantos se dieron durante el reinado del rey Herodes. Ahora bien, existen, entre los historiadores y los teólogos, serias dudas de que se diera en la realidad.

La única fuente que lo cita es el evangelio de Mateo, ningún otro texto, religioso o profano, hace mención de este hecho tan llamativo por su crueldad. Especialmente significativo es el silencio del historiador judío Flavio Josefo, biógrafo de Herodes, que relató detalladamente, en su obra *Antigüedades Judías*, la vida y la personalidad del monarca, así como los hechos de su reinado. Josefo no conoció personalmente al soberano, no obstante las fuentes que manejó eran del todo fiables, ya que habían sido elaboradas por Nicolás de Damasco, consejero del propio rey e historiador en su corte.

Por tanto, a decir de los estudiosos, la redacción del episodio por parte del evangelista responde, a un intento de hacer coincidir determinados pasajes de la infancia de Jesús con los acontecimientos vividos, igualmente durante la niñez, por la gran figura religiosa de los judíos, Moisés.

No obstante, hay ciertas datos, circunstancias históricas y, muy especialmente, rasgos del carácter de Herodes que llevan a, algunos investigadores, a pensar que efectivamente la matanza pudo tener lugar aunque no haya quedado recogida más que en el evangelio citado.

El rey Herodes el Grande, nació en el año 74 a.C., de padre idumeo[25], Antípatro, hombre de confianza del sumo sacerdote Hircano como ya hemos visto, y de madre árabe, una princesa originaria de Petra.

Según los criterios que se aplicaban en la época a los monarcas orientales, Herodes tenía grandes cualidades para el gobierno. Como político supo ganarse el afecto y la confianza personal de Julio Cesar, Marco Antonio y Augusto, sucesivos y auténticos árbitros de la política en la zona; mantuvo el país dentro de un periodo de paz y prosperidad, al estilo de un monarca helenístico; hizo fundir los ornamentos de oro y plata de su palacio, con el fin de comprar grano en Egipto para su pueblo, cuando el hambre asoló Judea; defendió con éxito a los judíos de la Diáspora[26], acometió la construcción de ciudades tales como Antípatris y Fasael. Bajo su mandato el territorio alcanzó dimensiones casi similares al reino de David y Salomón, la edad de oro de Israel, ya que comprendía Judea, Samaría, Galilea, Idumea, Batanea y Perea.

Conocedor de la sensibilidad de su pueblo, y deseoso de ganarse su afecto, afrontó la reconstrucción del magnífico templo de Jerusalén, centro religioso de la nación, y como es propio de los pueblos gestados y aglutinados en torno a la religión, su mismo corazón. En la restauración de este santuario el monarca se implicó personalmente, invirtiendo fabulosas cantidades de dinero, dotando al edificio de murallas y torres, enriqueciéndolo con materiales como el mármol y el oro, empleando a más de 18.000 trabajadores, e incluso formando a mil sacerdotes en diferentes técnicas de construcción, con el fin de que en la dirección de las obras no se vulnerase en ningún momento la escrupulosa sensibilidad religiosa judía. Cuando se inauguró la obra Herodes sacrificó 300 bueyes en honor a *Yahvé*.

Sin embargo, y pese a los evidentes logros de su gobierno e intentos por agradar, el pueblo detestaba a su monarca. Herodes era un soberano aupado al trono por Roma, la potencia ocupante a la que pretendía agradar siempre que podía. No se trataba de un auténtico judío, dados sus orígenes familiares. Y, sobre todo, había mos trado una evidente falta de piedad al levantar en Jerusalén una pista de carreras, un teatro y un anfiteatro, en los que se celebraban espectáculos que atentaban contra las leyes mosaicas; al construir templos paganos en Oriente costeados con el dinero de los impuestos judíos; y al fomentar el culto al emperador Augusto, con la construcción de un templo en la ciudad de Cesarea de Filipo, al norte de Palestina. Por todos estos motivos, sus súbditos le odiaban intensamente, apodándole el "*perro idumeo*" o "*el edomita*" y obligándole a ir fuertemente escoltado, por una guardia personal de 400 galos, que antaño había pertenecido a la famosa reina egipcia Cleopatra, y que Augusto le había regalado tras derrotar a esta.

El monarca era consciente de su situación. Su reinado estuvo marcado por el constante temor a que una sublevación le arrebatara el trono, lo que le llevó a realizar una serie de construcciones que, en caso de conflicto, le pudieran facilitar una respuesta rápida y la recuperación del poder. En los más de treinta años que duró su gobierno, erigió una veintena de baluartes defensivos, fortificando incluso sus palacios de recreo, tales como el Herodión, levantado en una montaña al sur de Belén, o el complejo de Masada, a 300 metros de altura sobre el desierto de Judea.

La compleja situación descrita se intensificó a partir del año 29 a.C., con el juicio por adulterio y la ejecución de Marianmé, la esposa de Herodes. Unos meses antes este había partido al encuentro de Octaviano, el futuro Augusto, con la delicada misión de que le confirmase en el trono, pese a haber sido partidario de su enemigo Marco Antonio. La embajada perfectamente podía terminar con su cargo y con su vida, dado lo cual dejó ordenado que, de ser así, se asesinase a su esposa, a la que amaba intensa y celosamente, no soportando la idea de que se uniera a otro hombre. Tras regresar con éxito de la misión descubrió que Marianmé había descubierto su plan, cambiando de actitud a partir de ese momento, y manifestándole odio y desprecio. El orgulloso Herodes, tras un año de reproches y humillaciones, juzgó y condenó injusta y conscientemente a su esposa por adulterio.

A partir de este momento el carácter del monarca cambió, volviéndose más sombrío y cruel. Sentía remordimientos por el asesinato que acababa de perpetrar, oía voces, cayó enfermo y se entregó a la bebida. Llegó a un punto en el que no podía si quiera presidir los actos públicos. Ante tal situación se materializaron los tan temidos complots para arrebatarle el trono, ante los que respondió con una crueldad extrema, y una obsesión creciente por las conspiraciones políticas. Cierto es que, con anterioridad, el monarca había ordenado el asesinato de determinados personajes a modo de arma política, sin embargo a partir de este momento el crimen se convirtió en una sangrienta y desenfrenada constante. Disidentes políticos, cortesanos, e incluso algunas esposas, de las que llegó a tener 9 simultáneamente, e hijos cayeron bajo el hacha del ver dugo, haciendo de los últimos años de su reinado un monumento a la crueldad extrema[26].



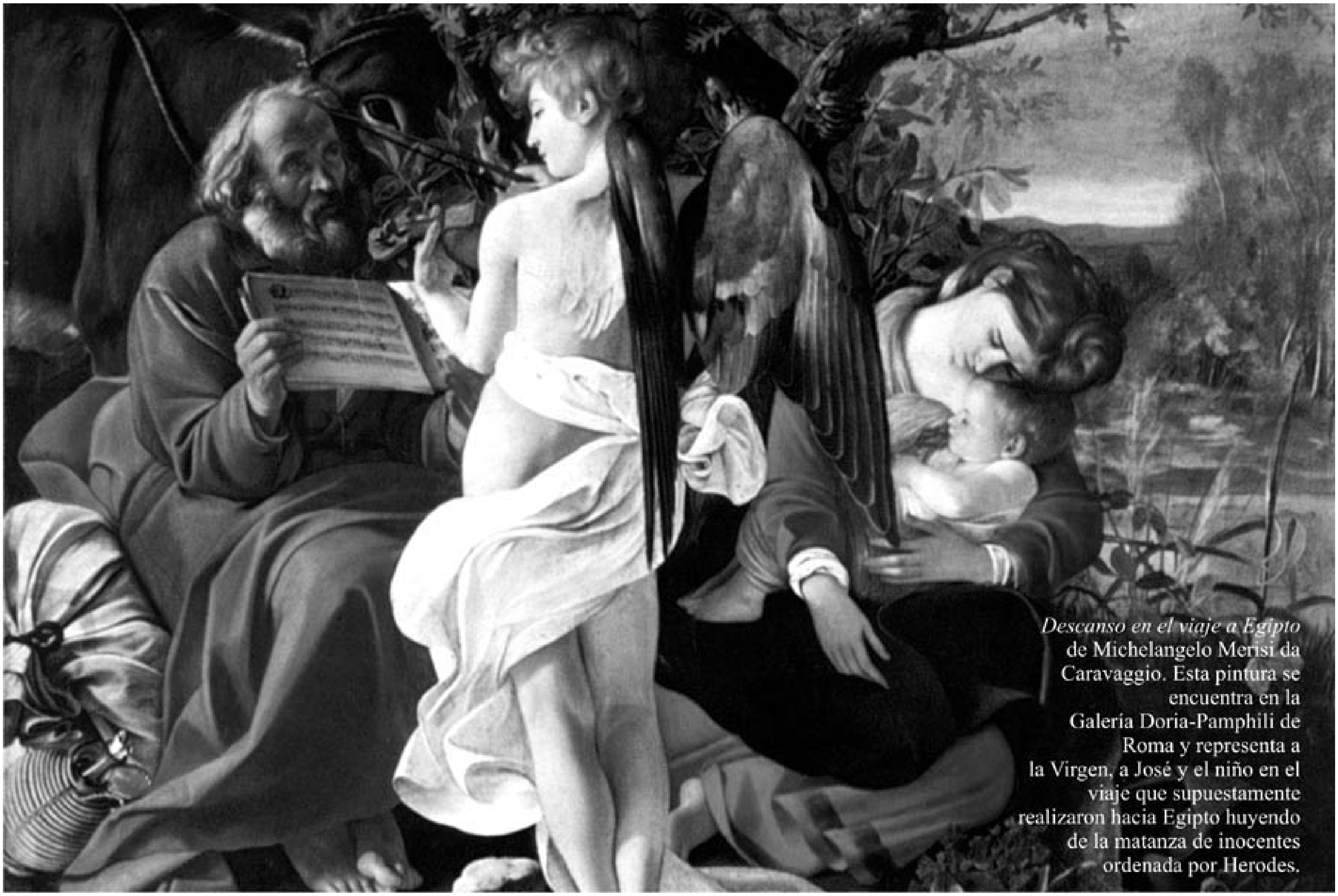
Según los evangelios, la matanza de los inocentes ordenada por Herodes provocó la huida a Egipto de Jesús y su familia, algo que hoy se duda.

Fue en este periodo final cuando los magos de Oriente hicieron su aparición en la corte de Herodes. La noticia de que había nacido el Mesías tomó forma de amenaza en la perturbada mente del monarca, que era consciente de que los judíos de la época esperaban un Salvador, descendiente de David, que entraría en Jerusalén y expulsaría a los romanos. Como aliado de Roma, a la que debía su posición, veía en el cumplimiento de esta profecía, extraída de algunos salmos de Salomón, el final de su reinado.

No es de extrañar por tanto que Herodes, en vista de que los Magos le habían ocultado realmente el lugar del nacimiento, ordenara el asesinato de todos los niños menores de dos años, edad que debía tener Jesús y dato con visos de credibilidad, pues se trata de un periodo de tiempo, muy concreto y razonable en la época, como para realizar un largo viaje hasta Belén.

Que Flavio Josefo no se hiciese eco de este crimen, encontraría su justificación en que no debió alcanzar gran notoriedad en su momento. El término grie go empleado por el evangelista para aludir al mismo, "*anaideo"*, hace referencia a una matanza de niños, pero a cualquier tipo de matanza, esto es, a un asesinato que puede referirse tanto a uno, dos, decenas, centenares o incluso miles de chiquillos. Considerando que Belén debía tener el siglo I a.C. entre 300 y 1000 habitantes, habría entre 7 y 20 niños de entre cero y dos años, por lo que la noticia o no llegó nunca a Josefo o este no la consideró importante para recogerla en su obra, en la que se registraron especialmente las muertes de personajes relevantes.

A la luz de estas informaciones algunos historiadores han considerado posible la existencia de la matanza de los inocentes, tal y como la narra el evangelista Mateo, e irrefutable el hecho de que si bien no está claro que Herodes la ordenara, fue un personaje muy capaz de hacerlo[27].



JESÚS, EL NUEVO MOISÉS

Algunos teólogos e historiadores creen que los pasajes de *La matanza de los inocentes*, *La huida a Egipto* y *El extravío de Jesús y su aparición en el Templo de Jerusalén* fueron elaborados por los evangelistas Mateo y Lucas, con el fin de trasladar un mensaje a los creyentes.

Siguiendo el esquema de la infancia de Moisés, la figura de mayor trascendencia que jamás ha existido para los judíos, el evangelista hace pasar a Jesús por situaciones similares: el Faraón es un monarca cruel celoso de su poder. Herodes presenta las mismas características. Los niños hebreos fueron masacrados, el crecimiento de su pueblo amenazaba al Faraón. Los inocentes fueron asesinados para asegurar la tranquilidad de Herodes, que se sentía atemorizado ante el nacimiento del Mesías. Moisés hubo de huir en brazos de su hermana hasta ser depositado en un canastillo sobre las aguas. Jesús hubo de hacer lo propio en brazos de su madre, hasta Egipto.

El esquema tiene sentido. Moisés había sido el salvador de su nación en Egipto y su conductor por el desierto, Jesús era el nuevo guía del pueblo y el Mesías esperado. Moisés había firmado la alianza con Yahvé, Dios, en el monte Sinaí, de donde bajó las Tablas de la Ley. Jesús venía a traer una nueva norma, resumida en las bienaventuranzas, y a firmar una nueva alianza, en esta ocasión definitiva, con Dios, su padre, en el monte Calvario.

La pérdida de Jesús y el posterior reencuentro con sus padres en el templo, también tiene su origen en un género muy propio de la época, los “relatos de juventud”, y su paralelo en las leyendas sobre la juventud de Moisés y otros grandes personajes de la Antigüedad. Estas narraciones tienen por objeto presentar a sus protagonistas como niños prodigio, que con sus actos avanzan la importancia y el

sentido de su misión posterior. Jesús se pierde en Jerusalén, capital y centro de la nación, y es hallado en el Templo, corazón religioso de Israel y casa de Dios. Los doctores de la ley le escuchan atentamente y se quedan asombrados, no alcanzan su saber. En este texto se anticipa que Jesús era el que había de venir a sustituir a los viejos maestros, para ofrecer una nueva sabiduría y servir de intermediario entre Dios y los hombres, manifestando que no es en la vieja religión sino en él donde a partir de ese momento se manifiesta Dios (Perrot, C., *Los relatos de la infancia de Jesús*, 11 y ss. y Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 309 y ss.).



Algunos teólogos e historiadores creen que los pasajes referidos a la infancia de Jesús (*La matanza de los inocentes*, *La huida a Egipto* y *El extravío de Jesús y su aparición en el Templo de Jerusalén*) fueron elaborados por los evangelistas Mateo y Lucas para que se asemejase a la historia de Moisés y así trasladar un mensaje a los creyentes.

LA FORMACIÓN QUE RECIBIÓ JESÚS DE NAZARET

La lengua materna de Jesús, y la más común en la Palestina del momento, era el arameo, un dialecto del hebreo, que seguramente empleó de manera habitual en su predicación. El uso del término "*abba"*, "*papá*", así como de otras palabras de origen arameo, corroboran lo dicho. Los estudios filológicos realizados han concluido que también conocía el hebreo, la lengua sagrada de las

Escrituras, sin embargo no es probable que dominase el griego como para poder mantener una conversación fluida, como se ha dicho que hizo con Pilato. Posiblemente y dada su proximidad a la ciudad de Séforis (en las ciudades el griego y su cultura habían calado con mayor profundidad que en el campo), supiera lo suficiente como para poder efectuar pequeños negocios relacionados con su taller de car pin tería.

Actualmente se duda de si en el mundo judío del siglo I d.C. ya existía un sistema educativo establecido, que diera formación a la mayor parte de los niños. Personajes destacados como Simeón ben Shetah y el sumo sacerdote Josué ben Gamala, ambos de inicios y mediados del siglo I a.C. respectivamente, nombraron maestros para todas comarcas y poblaciones y dispusieron que los niños fueran a la escuela a la edad de seis o siete años. No obstante desconocemos el alcance de esta medida pues la noticia se recogió en la Misná[28], iniciado ya el siglo III, y no es fácil discernir su grado de aplicación en el siglo I d.C. Teniendo en cuenta los niveles de alfabetización del resto del mundo mediterráneo, lo más seguro es que la situación de Palestina fuese similar a la del resto de su entorno, un 10 o 15 % a lo sumo.

De Jesús sabemos que sabía leer y quizás escribir, recordemos que leyó el libro del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret y que la gente se admiraba de que conociera las Escrituras, sobre las que era capaz de debatir y hacer interpretaciones (Lucas 4, 16-20, Juan 7, 15 y 8, 6).

Hablar de su periodo de formación es muy complicado, pero gracias al uso de fuentes indirectas y deducciones podemos decir que cuando menos debió recibir una educación muy básica. En su casa, José le en señaría el oficio, mientras que en la sinagoga del pueblo aprendería, junto al resto de niños, los grandes hechos de la historia de Israel, así como lo necesario para vivir como un buen judío. Quizás hubiera entre los vecinos un maestro superior, que en ocasiones tomaba bajo su amparo a los alumnos más avispados de la clase y les enseñaba a leer y escribir. En el mejor de los casos, y teniendo en cuenta que Nazaret tendría unos 2000 habitantes a inicios del siglo I, es posible que hubiese una "*bet Sefer"*, o "*casa del libro*", donde Jesús aprendería a leer. La escritura y la profundización en sus conocimientos las habría cultivado en una "*bet Talmud"*, *"casa de estudio"*, e incluso quizás pu do completar su formación en una *"bet Midrash"*, bajo la dirección de algún profesor avanzado. Seguramente nunca recibió enseñanza superior en una ciudad como Jerusalén (Juan 7,15).

Sin embargo esto no son más que especulaciones más o menos fundadas, que no podemos corroborar actualmente. Lo que sí es evidente es que Jesús contaba con una formación que destacaba por encima de la del común de su época, pues estaba alfabetizado, podía leer obras teológicas y literarias complicadas y hacer interpretaciones sobre ellas. Como tal era un campesino, pero no uno cualquiera, además de contar con ciertos conocimientos tenía una poderosa inclinación hacia el hecho religioso y grandes dotes naturales para la predicación, lo que compensaba su, posiblemente escaso, nivel de educación formal (Mei er, J.P., *Un judío…* I, 282-290 y Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.),*La Biblia…*, 80-869).

¿SABEMOS SI TUVO HERMANOS?

El presente aspecto de la vida de Jesús, al igual que muchos de los anteriores, presenta dudas de difícil resolución. Su estudio desata no pocas pasiones, pues de manera indirecta lo que se haya en juego es el tema de la virginidad de María, ya sea hasta el nacimiento de Jesús o de manera permanente, durante toda su vida. Llegados a este punto, defensores y detractores de la doctrina de la

Iglesia han debatido y argumentado apasionadamente, para lograr que los datos corroborasen sus particulares visiones e intereses. Sin embargo no faltan teólogos, exégetas e historiadores, que más allá de sus creencias o incredulidades personales han perseguido la verdad histórica, elaborando teorías en ocasiones contradictorias, aunque bien cimentadas argumental e históricamente. En ellas vamos a sostenernos, ofertando al lector un abanico completo de las mismas dado que no hay unanimidad entre los investigadores. Abordándolas de manera individualizada, y exponiendo sus argumentos y limitaciones, espero que el lector pueda conocerlas todas y sopesar, en la me di da de lo que sus conocimientos y buen juicio alcance, su grado de autenticidad.

> Estaba la muchedumbre sentada en torno de él, y le dijeron: Ahí fuera están tu madre, tus hermanos y tus hermanas que te buscan.
>
> Marcos III, 32

A juzgar por los textos evangélicos, (Marcos 6, 1-6; Juan 2, 12 y 7, 3-5) Jesús tuvo cuatro hermanos y varias hermanas. Los varones se llamaban Santiago, José, Judas y Simón, mientras que el número y los nom bres de sus hermanas son desconocidos para nosotros, (Mateo 13, 55) algo que no ha de sorprender, pues la sociedad judía del siglo I d.C. no daba importancia a la figura femenina. La tradición, tomada con toda reserva, quizás pueda despejar esta incógnita, ya que nos dice que las hermanas eran dos, y se llamaban Miriam y Salomé. El grado de parentesco entre Jesús y estas seis figuras es lo que las siguientes teorías han intentado desentrañar.

La primera de las hipótesis defiende que Jesús tuvo hermanos en el pleno sentido de la palabra, por tanto sería hijo biológico de José y de María. En algunos pasajes de los evangelios se habla de "*Jesús, hijo de José*" (Juan 1, 45 o Lucas 4, 22), con total naturalidad, lo que indica que sus contemporáneos pensaban que era hijo natural de la citada pareja. Las epístolas de Pablo, anteriores en su redacción a los evangelios, nunca hablan del asunto de la virginidad de María, ni hablan de la concepción milagrosa de Jesús. Además, el término empleado por los evangelistas, "*adelphos"*, para referirse a sus hermanos, significa hermano uterino y no, como se ha querido defender, primo o pariente, conceptos para los que existen otros vocablos, tales como "*anepsios"*, que no inducen a error. En los años siguientes a la muerte de Jesús, la iglesia de Jerusalén fue dirigida por Santiago, uno de sus hermanos, al que los textos se refieren como tal, "*adelphos"*, sin que se diera la necesidad de precisar que realmente se trataba de un primo o pariente. A algunos representantes de la iglesia primitiva, tales como Tertuliano (155-220), este asunto nunca les preocupó especialmente pues no se inquietaron o interesaron por defender una virginidad perpetua de María. El conocido profesor A. Piñero se encuentra entre los estudiosos que defienden que esta teoría es la que tiene mayores probabilidades históricas de ser real.

Sin embargo las objeciones tienen igualmente su peso. El término *anepsios*, "*primo"*, solo se emplea una vez en todo el Nuevo Testamento (Colosenses 4, 10), lo que hace pensar que no era un término de uso común. Además, no hay una palabra concreta para referirse a los primos hermanos en hebreo o arameo, lo cual reforzaría la polisemia de "*adelphos"*. En el Antiguo Testamento (Génesis 13, 8) se dice que Abraham y Lot eran hermanos, cuando sabemos que realmente eran tío y sobrino, y esto sucede en otros pasajes (Génesis 14, 16 y Crónicas 23, 22 entre otros) por tanto, "*hermanos*" podría traducirse por parientes.

A estos argumentos cabe oponer otros, y es que el Nuevo Testamento fue compuesto directamente en griego, a diferencia del AT, por lo que el uso de los vocablos griegos "*adelphos"* y "*anepsios"* es directo y conscien te, y no fruto de una traducción. Además, de haberse querido decir que los hermanos de Jesús eran realmente sus primos, hubiese habido algún tipo de indicio en los textos

neotestamentarios o de la iglesia primitiva. Tengamos presente que, como dice el prestigioso investigador y teólogo J.P. Meier, autores muy tempranos como Hegesipo (siglo II d.C.), escribían y distinguían claramente en sus obras entre Santiago, “el hermano del Señor” y Simeón, “el primo del Señor” (*His toria Eclesiástica* 4, 22,4), luego no se pueden considerar primos a los hermanos de Jesús.

La hipótesis que defiende la doble acepción del término “*adelphos”*, hermano=primo, se debe realmente a uno de los santos padres, San Jerónimo (347-420), que en el transcurso de una polémica teológica con Helvidio, hereje del siglo IV, elaboró esta teoría apoyándose en razones filológicas: dada la ambigüedad del vocablo “*adelphos”*, los hermanos de Jesús serían realmente sus primos. San Jerónimo pretendía defender la virginidad perpetua, esto es de por vida, de María y de José, algo que la concepción helvidiana no respetaba. El gran crédito del que gozó el santo a lo largo de toda la Edad Media hizo que esta hipótesis se aceptase sin discusión alguna, incluso entre personajes de la talla de Beda, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, Zwinglio…

Las objeciones más consistentes a la hipótesis de que Jesús tuviese hermanos biológicos se encuentran, en opinión del exégeta A. Puig, en el valor que tienen las dos fuentes más antiguas, significativas e independientes entre sí que tenemos sobre el tema: los evangelios de Mateo y Lucas. En todo momento en ambos textos se afirma claramente que Jesús no fue fruto de la unión de José y María.

> Al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa, la cual, sin que él antes la conociese, dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús.
>
> Mateo I, 24-25

El término “*conocer*” en este caso y a lo largo de varios pasajes de la Biblia significa mantener relaciones sexuales. Recordemos que María, esposa ya de José, en el pasaje de la Anunciación, en el que el ángel le comunica que va a ser madre, replica: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?” (Lucas I, 34).

Además, a lo largo del Nuevo Testamento no hay ningún pasaje que desautorice tal postura, y la tradición cristiana primitiva más antigua, anterior incluso a estos dos evangelios apunta en la misma dirección. Fue en los siglos II y III cuando algunos grupos de gnósticos y judeocristianos afirmaron que Jesús era hijo biológico de José, hipótesis retomada durante la Ilustración y el racionalismo, a partir del siglo XVIII.

La tercera de las teorías se remonta al siglo II, aunque su defensor más notable fue Epifanio, obispo de Salamina (Chipre) en el siglo IV, en su obra *Panarión*, por lo que recibe el nombre de epifaniana. En ella se sostiene que Jesús tenía cuatro hermanos y dos hermanas legales, fruto de un primer matrimonio de José con una mujer de la que enviudó y cuyo nombre desconocemos. El origen de tal tesis estaba en Oriente donde la tradición cristiana y algunos apócrifos, tales como el *Protoevangelio de Santiago, Narraciones de Tomás sobre la Infancia del Señor* y el *Evangelio de Pedro* entre otros, la presentaban con gran naturalidad, como un dato sabido y aceptado por el conjunto de los fieles. Posteriormente, teólogos como Orígenes, Clemente de Alejandría, Eusebio y el propio Epifanio se adhirieron a ella. Esta interpretación es la más popular entre las iglesias ortodoxas.

La tesis, recogida especialmente en las tradiciones griega y siríaca, goza de una antigüedad considerable, muy próxima a los hechos que narra, y no entra en colisión con lo que afirman los evangelios. Además, el término “*adelphos”* servía para designar tanto a hijos bio ló gicos como a

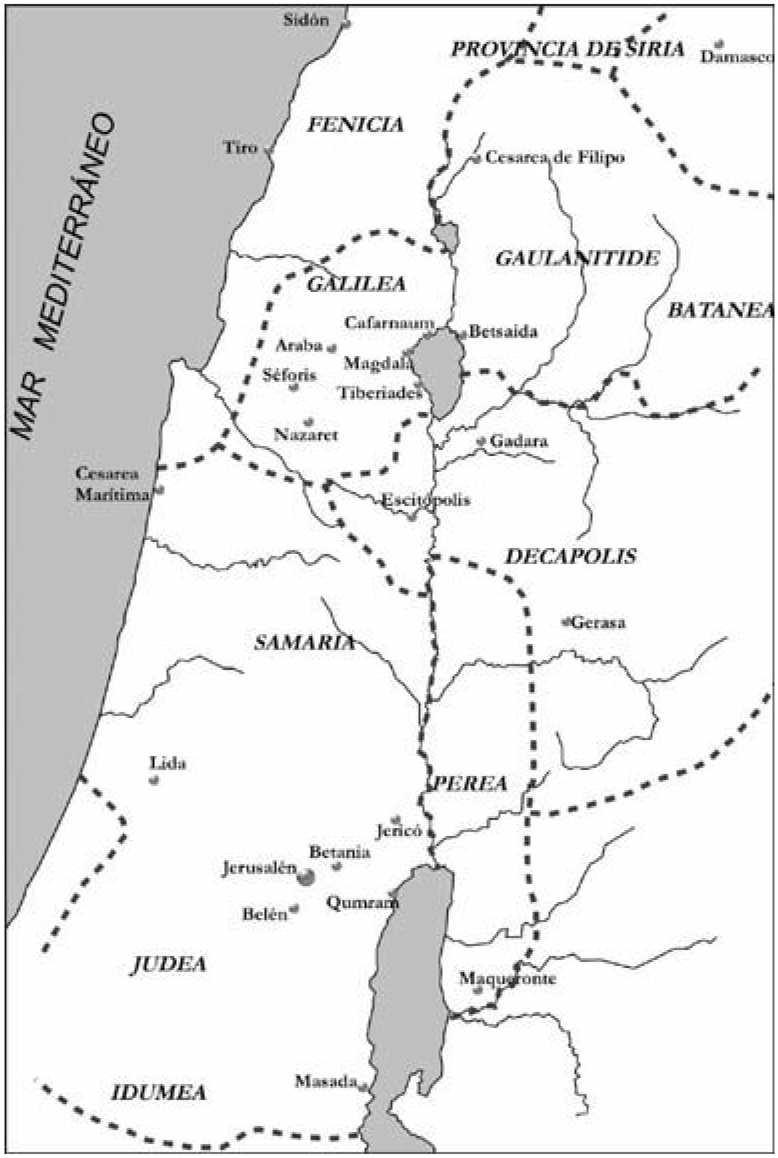
adoptivos. En esta línea se ha de observar que entre los judíos se consideraban legal, y realmente hermanos, a todos los hijos, biológicos y adoptados, de un mismo padre. Si Jesús fue adoptado por José, sin duda fue considerado por los judíos como hijo de pleno derecho de este y hermano de los vástagos del primer matrimonio del carpintero. El hecho de que María aparezca frecuentemente acompañada de los hermanos de Jesús (Marcos 3, 31-35 y 6, 3; Mateo 12, 46-50 y 13, 55-56; Lucas 8, 19-21) a partir del inicio de la vida pública de este, reforzaría el argumento, pues, ausente su hijo biológico, debieron de ser los hijos de José los que se hicieron cargo de ella. El propio arte cristiano refuerza la hipótesis, ya que José siempre ha sido presentado con una edad considerablemente superior a la de María, quizás por el recuerdo vivo de este hecho o tradición.

Algunos investigadores creen que esta proposición responde más a una creación que a una realidad, ya que las noticias más antiguas que nos han llegado de la misma son del siglo II, momento en el que la doctrina de la perpetua virginidad de María ya había arraigado entre algunos grupos de cristianos, que debieron elaborar esta tesis con el fin de defender la perenne castidad de la madre de Jesús.

La última de las teorías[29] es la llamada helvidista, pues fue enunciada primero por el teólogo africano Tertuliano (155-220), en su obra *Contra Marción*, y defendida posteriormente, en el seno de una dura polémica, por Helvidio frente a San Jerónimo. La postura adoptada por estos es clara: los hermanos de Jesús serían hijos carnales de José y María, y habrían nacido con posterioridad a Jesús, el mayor de todos ellos.

Esta interpretación ofrece una lectura, de los textos neotestamentarios, más natural que la de San Je ró nimo, respeta el significado más común del término griego "*adelphos",* hermano, y explica el hecho de que los hermanos de Jesús aparezcan, fre cuen temente, asociados a María. A partir del siglo V fue condenada por considerarse herética, ya que negaba la perpetua virginidad de María, pues lo que implicaba que José y María mantuvieron relaciones sexuales después del nacimiento sobrenatural de Jesús. No obstante, hoy día cuenta con la adhesión de la mayoría de los exegetas protestantes y de un número importante de expertos católicos de primera fila.

Las críticas que ha recibido se fundamentan en el hecho de que la teoría se elaborase en un marco de discusión teológica, el conflicto de Tertuliano contra Marción y Apeles. Estos dos destacados líderes religiosos gnósticos negaban la condición humana de Jesús, por lo que la posición tertuliana es un argumento creado con el fin de defender la existencia de su discutida humanidad. Asimismo, el versículo sobre el que el teólogo basó su argumento (Mateo 1, 25) ha recibido diferentes interpretaciones. Mientras que para algunos estudiosos la frase de que José no conocía a María, en el sentido que ya hemos citado páginas atrás, antes de su alumbramiento, solo hace referencia al tiempo anterior al nacimiento de Jesús, para otros significa que después del parto de su primogénito man tuvieron relaciones normales, como cualquier matrimonio (Piñero, A., *Guía para…*, 174 y ss. y Puig, A., *Jesús. Una…,* 164-174).



Palestina, año 30 d.C.

UNA BREVE REFLEXIÓN

Muy pocas certezas podemos sacar del presente capítulo. Apenas que Jesús nació antes de terminar el año 4 a.C., no sabemos si en Nazaret o Belén, en el seno de una familia tradicional, desde el punto de vista religioso, y en un ambiente rural. Sus padres se llamaban José y María, y se preocuparon de que adquiriera algunos conocimientos, entre ellos la lectura, durante su infancia. A los ojos de sus contemporáneos Jesús tenía hermanos, en el sentido que en la época se daba al término.

Este puñado de informaciones parece un pobre bagaje, sin embargo no lo es, manifiesta la enorme dificultad que supone profundizar en la vida de Jesús de Nazaret, de ahí el que se deba ser tremendamente escrupuloso en las opiniones que se viertan sobre la misma, así como prudente y meticuloso en las teorías que se elaboran y en su justificación. Por otra parte, la falta de unanimidad en determinados aspectos permite que la investigación siga abierta a nuevas aportaciones, haciendo de esta una labor apasionante.

[14] Especialista en el estudio de los textos bíblicos.

[15] Una genealogía es un escrito que contiene un listado de nombres que corresponden con los ascendientes de un individuo. Son muy habituales en el tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Su finalidad, en estos casos, suele ser legitimar el origen de una persona, por lo que su intención práctica o teológica prima sobre su valor histórico. En el caso de los monarcas y sacerdotes de Israel su origen debía remontarse directamente a la casa de David.

[16] Un teologúmeno es un argumento teológico expuesto a partir de una historia o relato.

[17] Joseph Klausner fue un estudioso judío nacido en Rusia en 1897 y uno de los padres del renacimiento cultural hebreo. Autor de varios libros, destaca por haber realizado una historia de Israel en cuatro volúmenes, y por la obra que más nos interesa, *Jesús de Nazaret. Su vida su época y sus enseñanzas*, el primer ensayo importante escrito por un erudito judío sobre Jesús. El texto que reproduzco del mismo se encuentra reelaborado a partir de J. Klaus ner, (2005): *Jesús de Nazaret. Su vida su época y sus enseñanzas* (289), pero conservando todo su sentido original.

[18] Se denomina "rebelión de los Macabeos" al levantamiento que tuvo lugar, en el año 164 a.C., contra el soberano helenístico de Palestina Antíoco IV Epifanes (175-164 a.C.). El soberano pretendió helenizar a los judíos por la fuerza, con el fin de que convirtieran al culto de Júpiter Olímpico. Esta medida provocó un levantamiento liderado por Judas Macabeo, y proseguido por sus hermanos Simón y Jonatán, que tras alcanzar la victoria fundaron la dinastía de los Asmoneos.

[19] Magnifico estudio sobre los nombres y lo que de ellos se puede de deducir en Meier, J.P., *Un judío marginal. Una nueva visión del Jesús histórico*, Tomo I. También: Puig, A., Jesús. *Una…?*, 156-158.

[20] Dionisio el Exiguo era originario de Escitia Menor, región al sur de Rusia que coincide con la actual Moldavia.

[21] El término Judea significa "país judío". Así es como se denominaba el reino de Herodes el Grande, aunque a partir del año 6 d.C., el término pasó a hacer referencia a una provincia romana del sur de Israel.

[22] Ciudadanos romanos eran los nacidos en la ciudad de Roma, que contaban con todos los derechos que otorgaba este estatuto. Dentro del Imperio era la condición civil más alta que podía adquirirse, por lo que llevaba aparejados algu nos privilegios y obligaciones.

[23] Recordemos que en este momento Judea ya no era el conjunto del territorio que había pertenecido a Herodes el Grande, sino solo una parte de él, en la que había gobernado Arquelao.

[24] La explicación sobre la existencia de otras estrellas portentosas en la antigüedad, así como su histórico de la de Belén se debe a Vermes, G., *El Nacimiento de Jesús*, 145 y ss. Las hipótesis sobre los fenómenos astrales que pudieron constituir la estrella de Belén se debe a Puig, A., *Jesús. Una…?*, 153 y ss.

[25] Idumea, también denominada Edom, comprendía el país al sur de Israel y el desierto del Neguev.

[26] Conjunto de comunidades judías establecidas fuera de Palestina, principalmente después del exilio del siglo VI a.C. Los principales centros de la misma eran Babilonia, Alejandría, Antioquía y Roma.

[26] Dada la crueldad de Herodes y conocida esta por Augusto, dicen los textos que en un momento determinado este llegó a exclamar: "Preferiría ser un cerdo de Herodes que uno de sus hijos". La razón de semejante dislate era bien sencilla, los judíos no pueden ni tocar ni comer cerdo, es un animal maldito, por lo que en la corte del monarca se estaba más seguro si se era un cochinillo, que uno de sus propios hijos.

[27] El aspecto tratado aparece magníficamente expuesto y ampliado en un documental producido por la BBC y titulado *Herodes y la Matanza de los Inocentes*, publicado por la editorial Planeta de Agostini en su colección *Grandes enigmas de la Historia* en Dvd.

[28] Término hebreo que significa "repetición". Es el con jun to de enseñanzas de los rabinos recogidas por escrito en el siglo III, y uno de los textos religiosos más importantes del judaísmo.

[29] Como simple curiosidad, pues se trata de una teoría que no tiene base firme, hemos de comentar que según Celso, el escritor pagano del siglo II, los judíos afirmaban que María había sido repudiada por José, ya que había tenido una aventura con un soldado romano de nombre Panthera, el auténtico padre de Jesús. Tertuliano, por su parte, afirmaba que en fechas similares los judíos comentaban que la madre de Jesús era prostituta. Estas ideas, olvidadas durante siglos, reaparecieron en boca de Adolf Hítler, durante algunas sobremesas cuyas conversaciones fueron recogidas por Martin Bormann.

4

LA VIDA PÚBLICA DEL NAZARENO

JUAN EL BAUTISTA, EL PROFETA AL QUE ESCUCHÓ JESÚS

> Por aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: convertíos, porque está cerca el Reino los cielos. Este es aquel que el profeta Isaías había anunciado cuando dijo: Voz que grita en el desierto: Preparad el camino al Señor, haced rectas sus veredas.
>
> Juan tenía un vestido de pelo de camello, y un cinturón de cuero a la cintura y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán, y el los bautizaba en el río Jordán, confesando ellos sus pecados.
>
> Mateo III, 1-6.

Tradicionalmente se conoce la figura de Juan el Bau tista por tratarse del primo de Jesús, de su precursor en el anuncio del Reino de los Cielos y de aquel que ofició su bautismo, sin embargo, se trata de un personaje más complejo, dotado de personalidad propia, con notables discrepancias frente al Nazareno, a la vez que con sólidas influencias en el mensaje de este.

Juan procedía de una familia religiosa, de la que apenas sabemos nada. No tenemos motivos para dudar de que, tal y como informa Lucas (1, 5), su padre Zacarías fuese sacerdote, mientras que sí que se presta a duda el dato de que Isabel, su madre, y María, la madre de Jesús, fuesen parientes (Lucas 1, 36). Se cree que la razón de tal parentesco podría estar en el deseo del evangelista de relacionar a dos figuras tan eminentes espiritualmente, así como facilitar la exposición de los inicios de la vida de ambos, dentro de una formula muy común de pre sentar a los “héroes” en la antigüedad, narrar sus vidas de dos en dos, y en paralelo. La obra más conocida de este género son las *Vidas paralelas,* redactadas por el historiador griego Plutarco (46/49-125d.C.), en un estilo muy similar al de Lucas en los dos primeros capítulos de su evangelio, los capítulos de la infancia.

Posiblemente Juan quedó huérfano pronto, dado que sus padres eran ancianos, retirándose al desierto a vivir. (Lucas 3, 2) Se ha especulado con la posibilidad de que en este tiempo fuese educado bien por su familia, a la que abandonó al llegar a cierta edad para vivir ascéticamente, bien con un eremita que le dirigió espiritualmente, o bien con la comunidad esenia de Qum rán que acogía huérfanos en su monasterio, aunque, bien es cierto que esta última teoría parece improbable dadas las grandes diferencias entre las prácticas ese nias y la del Bautista en asuntos tan esenciales como el ba ño ritual.

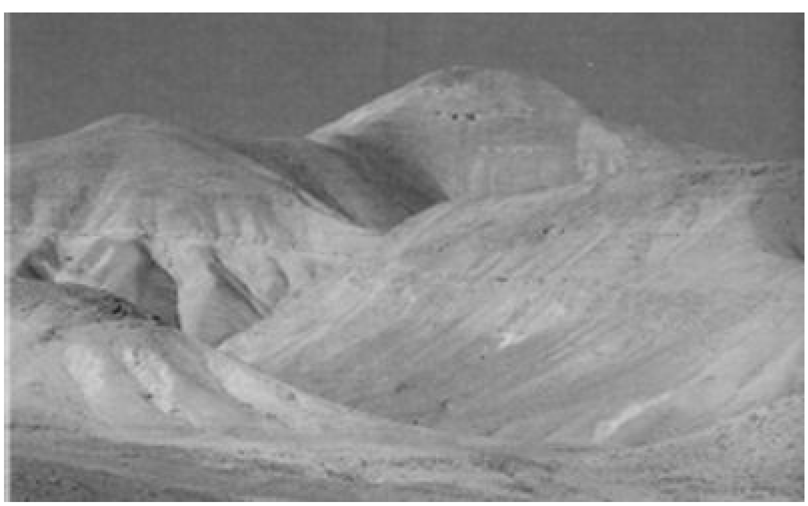
En cualquier caso, Juan se había distanciado de la religiosidad oficial del Templo, quizás por el poder que ejercían en su beneficio los sumos sacerdotes, encabezados por Anás y Caifás. Estos,

comprometidos con el poder de ocupación romano, acumulaban un gran poder político, instrumentalizaban la religión como una forma de control de conciencias y obtenían pingües beneficios de la misma. Juan formaba parte de los “movimientos de renovación o restauración de Israel” propios de la época, que buscaban una mayor pureza en la vivencia de su fe y verdadera justicia. Cuando Jesús llega a orillas del Jordán, en la región de Perea, hacia el año 28 d.C., el Bautista es un profeta acreditado, que congrega a las gen tes tanto por la fuerza de sus palabras como por su ejem plo de vida santa.



Ruinas del monasterio esenio de Qumrán.

Su mensaje hablaba de las postrimerías: el juicio final está cerca, urge que Israel se arrepienta de sus pecados y se convierta, pues ha de venir otro: “el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y yo no soy digno de descalzarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Tiene en su mano el bieldo, limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible” (Mateo 3, 11-12). La lle ga da del Mesías es inminente, según Juan, y con él, el juicio exigente de Dios. Solo habría compasión para aquellos que pidiesen público perdón por sus pecados y, arrepentidos, decidiesen vivir en el íntegro comportamiento hacia el prójimo y en el temor de Dios. El bautismo, recibido una sola vez en la vida, limpiaba los pecados y anticipaba el perdón que Dios daría al fiel el día del juicio final.



Juan era un profeta apocalíptico muy severo en sus normas de vida. Su vida de renuncias en el desierto le habían hecho ganarse la admiración de las gentes.

Por tanto, Juan era un profeta apocalíptico, y un maestro de la Ley exigente en su aplicación, aunque no con el rigor y detalle de fariseos y esenios, que ponía el acento de su predicación en la conversión del corazón a Dios y en el bautismo como anticipo del perdón divino y de la futura llegada del Mesías que reinaría sobre Israel.

Este mensaje llegaba con fuerza a la gente. En diver sas ocasiones (Mateo 3, 5 y Lucas 3, 7) se nos dice que gentes de toda clase social, observantes de la Ley y pecadoras (Mateo 21, 32 y Lucas 7, 29), de Judea, de Jerusalén y de Galilea, acuden a ser bautizados. Mucho tiempo después de morir Juan, e incluso Jesús, los após toles aún van a encontrar, en Alejandría (Hechos 18, 24-25) y en Éfeso (Hechos 19, 3), a cristianos que declaraban haber sido bautizados por Juan.

> Un judío de nombre Apolo, oriundo de Alejan dría, hombre elocuente, muy versado en las Escrituras, llegó a Éfeso. Había sido instruido en el camino del Señor; ferviente de espíritu, ha bla ba y enseñaba exactamente lo referente a Jesús, aunque solo conocía el bautismo de Juan.
>
> Hechos 18, 24-25

Y no es de extrañar que Juan dejase huella. No solo su mensaje, sino su estilo de vida llamaban poderosamente la atención y acreditaba sus palabras. Juan iba vestido de una manera muy humilde, en contraste con las ricas vestiduras que llevaban las clases más pudientes, civiles, políticas o religiosas. Su indumentaria recordaba a la del profeta Elías, aunque Juan había renunciado al manto, lo que acentuaba aún más su carácter ascético. Su alimentación era verdaderamente austera. Practicaba rigurosos ayunos con frecuencia, "*no comía pan ni bebía vino*" (Lucas 7, 33 y Mateo 11, 18), su dieta se limita a lo que podía hallar en el desierto, langostas y miel silvestre. Estos comportamientos impactaban a los que le conocían, pues no solo acudían a él numerosas gentes para recibir el bautismo, sino que concitaba un grupo de discípulos en torno suyo. El propio monarca, Herodes Antipas, que luego le hará ejecutar, llega a decir de él que es un "*hombre justo y santo*" (Marcos 6, 20).

Juan y Jesús, admiración y distancia

Jesús llegó hasta Juan hacia el año 28 d.C., interesado en escuchar su anuncio y con intención de hacerse bautizar, tal y como hizo. Este hecho, en sí mismo, generó algunos problemas, tanto a los evangelistas como a los teólogos posteriores. Por una parte Juan bautizaba a aquellos creyentes que se arrepentían de sus pecados, ¿de qué tenía que arrepentirse Jesús? ¿Había pecado o tenía conciencia de culpa? Por otra, tradicionalmente se sobreentendía que el que bautizaba era superior al bautizado, en este caso Juan estaría por encima de Jesús.



San Juan Bautista, de El Greco. No solo su mensaje, sino su estilo de vida llamaban poderosamente la atención. Su indumentaria recordaba a la del profeta Elías, aunque Juan había renunciado al manto, lo que acentuaba aún más su carácter ascético.

Justificar el bautismo de este, pese a su inmaculado comportamiento según los textos, y hacer de Juan un profeta precursor de aquel, fue una labor que afrontaron tanto los evangelistas como las primeras comunidades. Los primeros aislaron a Juan en sus escritos de los grupos o movimientos a los que pertenecía, para hacer de él un profeta anunciador al servicio de Jesús. Juan formaba parte de una corriente más amplia de predicadores y ascetas que ofertaban el bautismo, de la que probablemente era su máximo representante. El propio historiador judío Flavio Josefo cuenta que pasó tres años junto a un tal Banno, un asceta que bautizaba, en su proceso de búsqueda personal. La descripción que hace del personaje recuerda a la que los evangelistas hacen de nuestro profeta:

> Vivía en el desierto, se contentaba con el vestido que le suministraban los árboles (hojas y cortezas), y con el alimento que la tierra producía espontáneamente, y hacía frecuentes abluciones de agua fría día y de noche, por afán de pureza.

Flavio Josefo, *Autobiografía*, 2, 11

En el proceso de hacer del Bautista un predecesor de Jesús, los evangelistas pusieron en su boca frases y discursos cargados de reconocimiento hacia *el* Nazareno (Mateo 3, 14-15):

> Al día siguiente [Juan el Bautista] ve a Jesús venir hacia él y dice: He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mi viene un

hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.

Juan I, 29-30.

Por otra parte Juan no pudo ser un precursor, al menos consciente, de Jesús, dado que cuando este se acercó a él para ser bautizado no le reconoció (Juan I, 33), algo que tampoco sorprende si tenemos en cuenta que el Bautista habla del Mesías en términos muy generales, no tenía por tanto una idea clara de cómo o quien iba a ser. Sabemos que durante mucho tiempo o quizás durante toda su vida, no vio en su antiguo discípulo al salvador de Israel. Recordemos el episodio en el que ya encarcelado, envió a sus seguidores a preguntar a Jesús: "¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?" (Mateo 11, 2-6 y Lucas 7, 18-23).

No han de sorprendernos las dudas de Juan, ya que las diferencias entre el mensaje de este y de Jesús eran notables. Mientras que Juan ponía el acento en la necesidad de arrepentimiento y conversión, Jesús lo hacía en la salvación que Dios ofrecía a todo creyente. Mientras el Bautista anunciaba la inminencia del juicio final, el Nazareno proclamaba que aún había tiempo y oportunidad para la salvación. Si Juan apuntalaba la importancia de la ascesis y el cumplimiento de la Ley, Jesús comía con cuantos querían escucharle, empleaba imágenes de banquete para hablar del Reino de los Cielos y mostraba mayor libertad en la aplicación de la Ley mosaica. Finalmente, y en palabras de Josefo, a Juan se le apodaba el Bautista (*Antigüedades* 18, 116-17), ya que el bautismo era su actividad más destacada, en tanto que a Jesús, se le denominaba el Mesías (*Antigüedades* 20, 200), ya que eran sus curaciones y exorcismos, esto es sus milagros, lo que más resaltaba de él. Básicamente Jesús recogió las ideas de fondo de Juan y las transformó, de manera positiva y original, según su propia visión de Dios.

Ahora bien, no hemos de entender estas distancias doctrinales como un enfrentamiento de mayor envergadura. Como ya hemos dicho, Juan seguía las actividades de Jesús con interés, el Nazareno por su parte man tuvo un recuerdo positivo del Bautista durante toda su vida, como lo prueba el hecho de que le alabase lle gan do a decir de él que era el más grande de los nacidos de mujer. (Mateo 11, 2-19 y Lucas 7, 18-35).

El destino de ambos personajes tomó rumbos di fe rentes cuando Jesús formó su propio grupo de discípulos y se separó de Juan, aunque según algunos indicios evangélicos, siempre se siguieron la pista. Sin embargo y con pocos años de diferencia, su sino volvió a coincidir al final de sus vidas, al morir ejecutados. Juan fue detenido y encarcelado por Herodes Antipas, tetrarca de Galilea e hijo de Herodes el Grande, posiblemente hacia mediados del año 28 d.C. Marcos nos dice (6, 17-20.) que esta medida estuvo motivada por las continuas críticas que el profeta hacía al monarca, dado que este quería desposarse con su cuñada Herodías, que había abandonado a su marido Filipo[30]. Los evangelios no dudan en acusar a esta mujer de auténtica aversión hacia la figura del Bautista. No obstante, y siguiendo a Flavio Josefo, también se ha argumentado que Antipas temía, desde el punto de vista político, el movimiento mesiánico de Juan:

> Y cuando los otros [los judíos corrientes] se reu nieron [en torno a Juan], como su excitación lle ga ba al punto de la fiebre al escuchar [sus] palabras, Herodes empezó a temer que la gran capacidad de Juan para persuadir a la gente podría conducir a algún tipo de revuelta, ya que ellos parecían susceptibles de hacer cualquier cosa que él aconsejase. Por eso [Herodes] decidió eliminar a Juan adelantándose a atacar antes de que él encendiese una rebelión. Herodes consideró esto mejor que esperar a que la situación cambiara y [luego] lamentarse [de su tardanza en reaccionar] cuando estuviera sumido en una crisis.

Flavio Josefo, *Antigüedades Judías* 18, 5, 2.

Evidentemente el levantamiento que, hipotéticamente, podría haber dirigido Juan hubiera sido de carácter mesiánico, aunque no hemos de olvidar que el Mesías judío tenía un componente político fundamental. Aún así, sobre esta teoría existe cierta sombra de duda, ya que el hecho de que no se detuviera a los discípulos del profeta, que se les permitiese entrevistarse con él ya preso y que ni siquiera fuese sometido a juicio, aleja la sospecha de un delito político. Fuera por la causa que fuese, quizás las dos combinadas, lo cierto es que Juan el Bautista fue conducido a la fortaleza de Maqueronte y asesinado allí.

El pueblo judío lamentó intensamente su muerte. Los sentimientos de pena y rabia, bien recogidos por los evangelistas (Marcos 6, 17-29 y Mateo 14, 3-13) y por Flavio Josefo (*Antigüedades Judías* 18, 5, 2), tar da ron en olvidarse. Años después del crimen, en el 36 d.C., Antipas fue derrotado a manos de su suegro, el rey de los nabateos Aretas IV (9 a.C.-40 d.C.) El pueblo no dudó en considerar el descalabro como un castigo divino por el asesinato del profeta, como tam bién lo hizo cuando, en el 39 d.C., fue depuesto por el emperador.

La semejanza entre las muertes de Juan y de Jesús vincula de nuevo a los dos personajes al final de sus vidas, ya que ambos fueron profetas ejecutados como consecuencia de una injusticia perpetrada en defensa de los intereses de los poderosos (Barrado, P., *Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios*, 51-58; Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 87-91; Piñero, A., *Guía para…*, 178-180 y Puig, A., *Jesús. Una…*, 202-227).

LOS PRIMEROS PASOS DE JESÚS

Del desierto a la separación de Juan

Es innegable históricamente que Jesús fue bautizado por Juan. Este hecho, que provocó problemas tan serios en los evangelistas y teólogos al tener que presentar la predicación del Bautista como el anuncio de la llegada de Jesús y su papel y persona como inferior a la de este, no pudo ser una invención de los redactores del Nuevo Testamento, que gustosamente hubiesen evitado tan complejo ejercicio.

Esfuerzo similar supuso a los teólogos cristianos dar con la razón o justificar el porqué del bautismo de Jesús. Si este gesto administrado por Juan limpiaba las culpas del alma, y anticipaba la futura efusión del espíritu de Dios sobre los creyentes, cabe preguntarse de que culpas había de ser purificado el Nazareno. Si Jesús fue un hombre, sin duda extraordinario, pero un hombre sin más a fin de cuentas, no habría lugar a la duda. Pero si era el Hijo de Dios, ¿qué hacía en la hilera de los pecadores esperando su turno para ser sumergido en las aguas del Jordán?

Basándose en los evangelios los estudiosos han concluido que Jesús no mostró conciencia de haber pecado en ningún momento de su vida, por tanto el gesto bautismal, según Meier, no debió responder a su necesidad de recibir el perdón, sino más bien a su deseo de hacerse solidario con el pueblo y mostrarse como un miembro de Israel pecador. Puig, por su parte, argumenta que Jesús pretendía resaltar en este gesto su adhesión a los dos pilares fundamentales del bautismo de Juan, esto es, la llamada a la conversión general y la confianza total en el perdón de Dios, aspectos que,

más tarde, se convertirían en ejes fundamentales de su predicación. En definitiva, Jesús proclamaba con su bautismo que un nuevo tiempo había llegado, ese en el que las promesas del Antiguo Testamento se habían realizado, pues el perdón divino no estaba por llegar sino que había llegado, porque el Mesías, prometido desde antiguo, ya estaba presente entre los hombres.



El Bautismo de Cristo, de Leonardo da Vinci. En el proceso de hacer del Bautista un predecesor de Jesús, los evangelistas pusieron en su boca frases y discursos cargados de reconocimiento hacia el Nazareno

Otros estudiosos, como M. Eliade, reconocen no saber los motivos por lo que *el* Nazareno pidió ser bautizado y así lo manifiestan en sus obras.

En mi opinión y desde un punto de vista puramente humano es razonable pensar que, Jesús fuera quien fuese, impactado por la predicación del Bautista, en proceso de búsqueda y sin haber definido aún su propia vocación ni mensaje, decidió hacerse discípulo de Juan y aceptar los mismos ritos por lo que pasaban el resto de seguidores.

En cualquier caso, lo cierto es que el bautismo produjo en Jesús un profundo impacto espiritual. El relato evangélico así lo muestra:

> Bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre él, mientras una voz del cielo decía: Este es mi hijo, el amado, en quien tengo mis complacencias.

Mateo III, 16-17

En este pasaje, los diferentes evangelistas acentúan unánimemente la manifestación de Dios en favor de Jesús, al que reconoce como hijo suyo. Poco podemos decir históricamente del suceso, ya que no hay acuerdo en los textos sobre quienes oyeron la voz. Mateo y Lucas (Mateo 3, 1-17 y Lucas 3, 22) asocian a los presentes a la audición de la voz, mientras que Marcos sugiere que Jesús fue el único que la oyó (Marcos 1, 9-11). Lo que es indudable es que, por una parte y según los sinópticos, tras esta revelación dio comienzo la misión de Jesús, e incluso según algunos estudiosos, como M. Eliade, su conciencia mesiánica, y, por otra, que el descubrimiento que realizó sobre su persona le conmocionó profundamente, ya que inmediatamente después de su inmersión en las aguas del Jordán, se retiró al desierto.

El desierto tenía un profundo significado para los judíos, había sido el medio habitado por los profetas como rechazo a la descreída sociedad judía de su época, era el lugar donde se había forjado la Alianza entre *Yahvé* y su pueblo y finalmente, el desierto había fraguado a Israel como nación tras ser liberado de la esclavitud de Egipto. Los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto estaban directamente vinculados con el Éxodo[31], esto es, con los cuarenta años que hubo de emplear Israel en atravesar la desértica península del Sinaí.

No cabe duda de que las razones que empujaron al Nazareno al desierto eran el deseo de meditar y de encontrarse con Dios de manera más directa. Según Piñero, Jesús, que todavía no se había descubierto como Mesías, se retiró para reflexionar sobre sus diferencias doctrinales con Juan y el rumbo que había de tomar. A mi parecer Klausner es más acertado en su planteamiento, en el que expone que tras recibir una iluminación interior en el momento de su bautismo, Jesús se retiró al desierto con el fin de discernir claramente cual era su misión y que era lo que Dios esperaba de él.

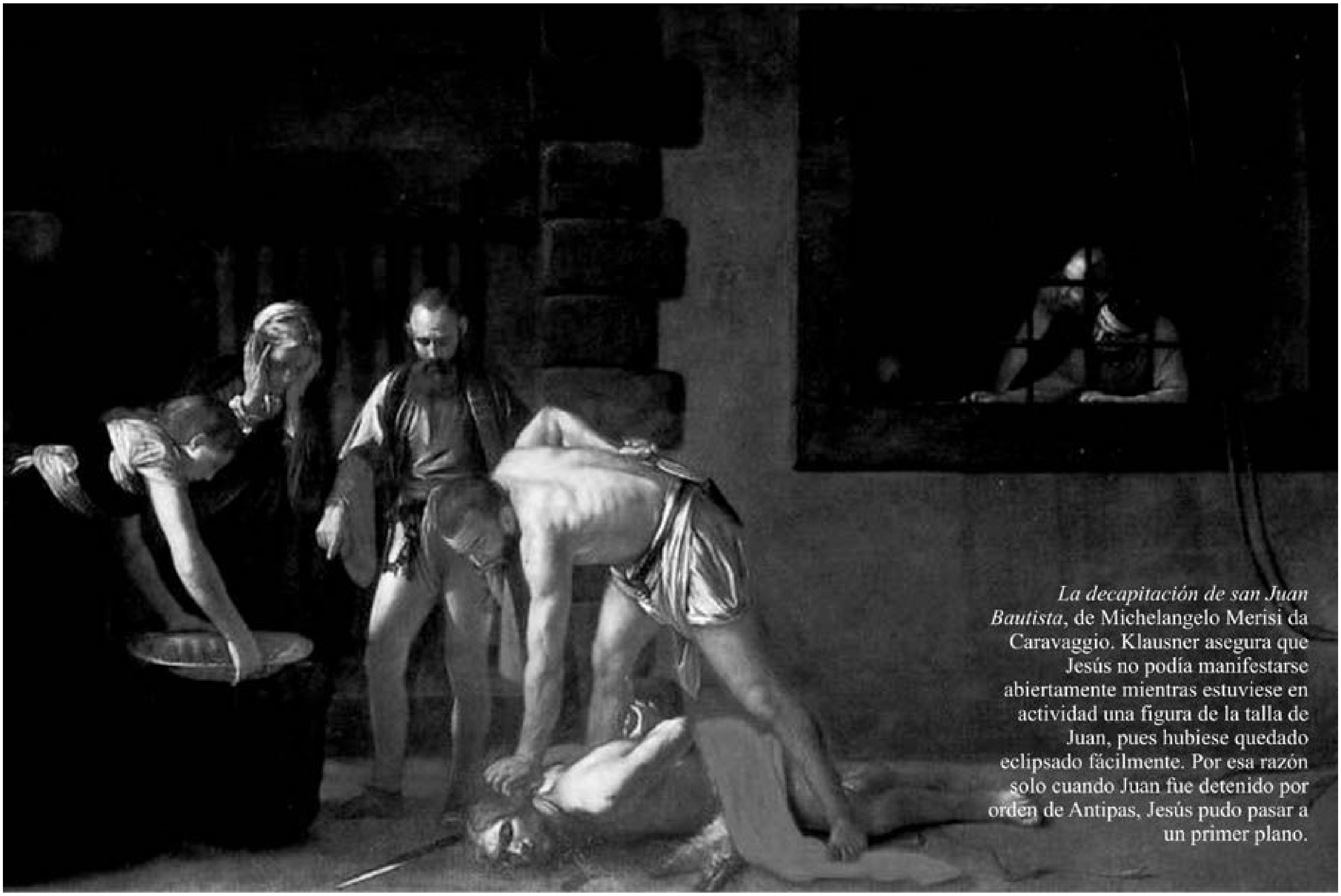
Para este mismo autor las tentaciones que sufrió en el desierto se corresponden con las tres formas de las que, según la opinión de la época, disponía el Mesías para manifestarse: proporcionar bienestar material a su pueblo ("Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan", Mateo 4,4); ser un gran *Rabí* o maestro de la Torá ("el diablo lo llevó a Jerusalén y lo puso sobre el pináculo del Templo, le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra", Mateo 4, 6-7). Aclaremos que el lugar desde el que los sacerdotes y escribas explicaban la Ley era el pináculo del Templo. O bien proclamarse Rey que gobernaría sobre los gentiles ("desde una alta montaña Satanás le mostró todos los reinos de la tierra y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré si postrándote ante mí, me adoras", Mateo 4, 8-9). Jesús, tras renunciar a los bienes materiales, a comprar la voluntad de su pueblo con ellos, a gozar del calor de las multitudes, o a ejercer un poder absoluto sobre Israel, abandonó el desierto con una clara determinación: debía dedicar su vida a anunciar la buena noticia, la llegada del Reino de los Cielos a los hombres.

Sin embargo en su reaparición el Nazareno presentó un fuerte continuismo con la labor del Bautista. En las primeras semanas de su predicación Jesús bautizaba, algo que no volvió a hacer nunca más, e incluso predicaba (Mateo 4, 17 y 23, 33), empleando las mismas expresiones de Juan (Mateo 3, 2 y 3, 7).

> Después de esto, se fue Jesús con sus discípulos al país de Judea; y allí se estaba con ellos y bautizaba.
>
> Juan III, 22

Parece por tanto que ambas figuras predicaron y actuaron movidas por una misma inquietud. Klausner lo achaca a que Jesús no podía manifestarse abiertamente mientras estuviese en activo una

figura de la talla de Juan, pues hubiese quedado eclipsado. Solo cuando este fue detenido por orden de Antipas, Jesús pudo pasar a un primer plano. Piensa además que Juan fue una figura más conocida que su discípulo, pero que posteriormente fue minimizada por los autores cristianos. Particularmente pienso que lo más probable es que Jesús comenzase su misión tomando prestados algunos gestos y discursos aprendidos del Bautista, aunque aportando su particular visión del Reino y de Dios. Que a estas alturas, pese a los actos que le vinculaban con Juan, ya había configurado su propia doctrina y actuaba, de forma independiente, lo corrobora el hecho de que tuviera sus propios discípulos, un grupo de seguidores que había extraído de entre el grupo de los partidarios de Juan, a los que había expuesto su personal mensaje.



La decapitación de san Juan Bautista, de Michelangelo Merisi da Caravaggio. Klausner asegura que Jesús no podía manifestarse abiertamente mientras estuviese en actividad una figura de la talla de Juan, pues hubiese quedado eclipsado fácilmente. Por esa razón solo cuando Juan fue detenido por orden de Antipas, Jesús pudo pasar a un primer plano.

LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

Jesús, al reclutar su grupo de seguidores, hizo lo mismo que hacían todos los maestros de la antigüedad, los rabinos, los filósofos griegos, los predicadores populares que recorrían el Imperio romano, o su antiguo maestro Juan.

Fue en el grupo de partidarios de este en donde Jesús hizo sus primeros prosélitos (Juan 1, 35-42), seguramente al ofrecer sus propias enseñanzas contrastadas con las del Bautista. Según las escrituras los primeros en seguirle fueron Andrés y Pedro, que eran hermanos, Santiago y Juan, también conocidos como los hijos de Zebedeo (Marcos 1,16-20), y finalmente Natanael, al que la tradición ha denominado como Bartolomé (Juan 1, 45-51). El número siguió creciendo hasta llegar a doce

personas para las que se reservó el nombre de apóstoles, término que procede del griego y que significa “enviado”.

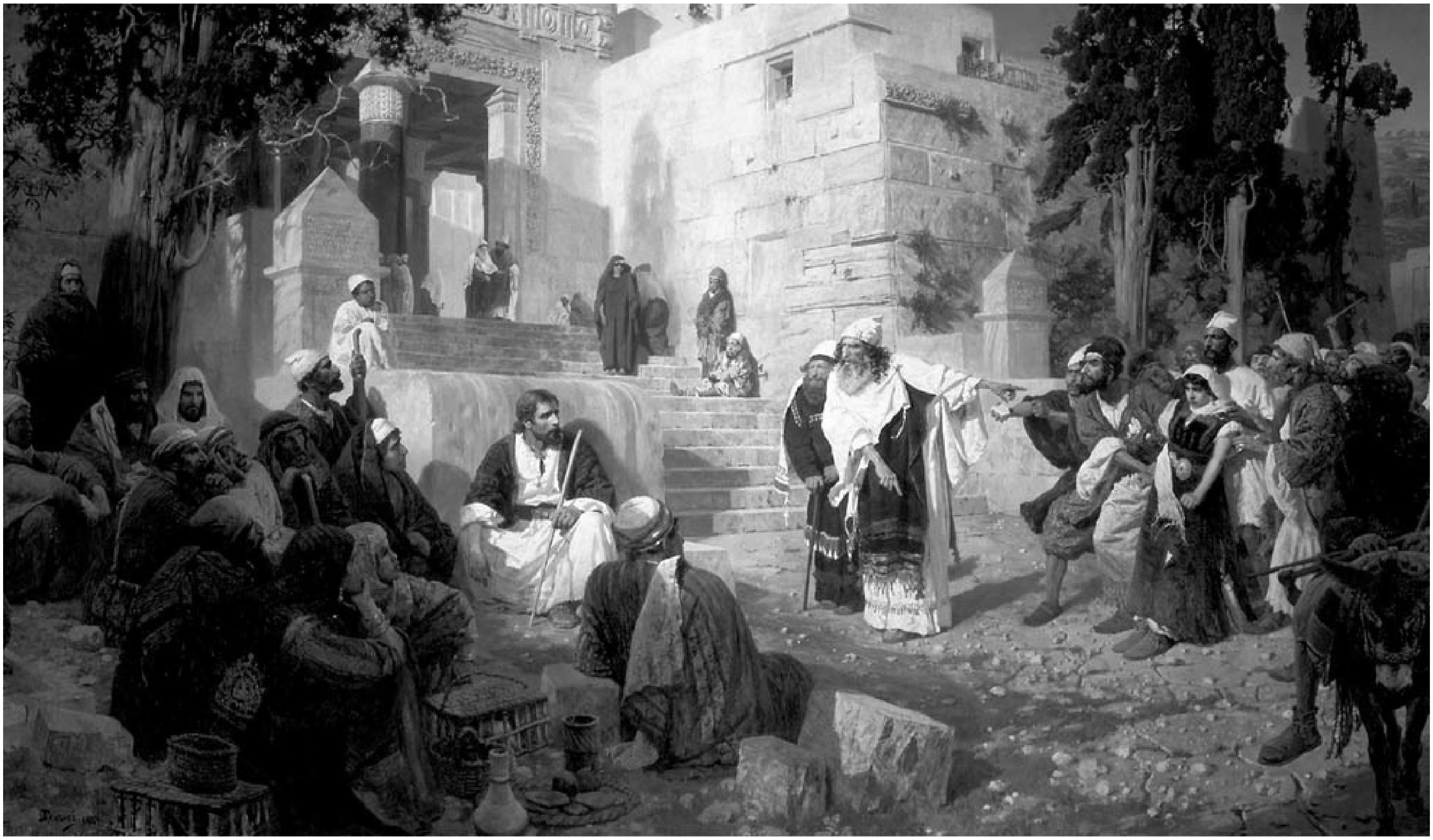
> Por aquellos días, se fue él (Jesús) al monte a orar y se pasó la noche en oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles: a Simón, a quien puso el nombre de Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé. A Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelota; a Judas de San tia go y a Judas Iscariote, que fue el traidor.
>
> Lucas VI, 12-16

La elección de estos seguidores tenía una motivación clara: que fueran una extensión viviente de su persona, de su mensaje y de su actividad en el presente y el futuro. A este respecto en el envío que hizo de los doce (Mateo 10, 5-15 y Marcos 6, 7-13) deja bien clara su función:

> Habiendo convocado a los doce, les dio poder sobre todos los demonios y de curar enfermedades, y los envió a predicar el reino de Dios y a hacer curaciones. […] Partieron y recorrieron las aldeas anunciando el Evangelio y curando en todas partes.
>
> Lucas IX, 1-6

Los apóstoles habían de ser divulgadores del mensaje y continuadores de la misión de Jesús. Para esta labor da la impresión de que su maestro les fue preparando a lo largo de los años que permanecieron juntos, pues salvo en contadísimas ocasiones, especialmente la que describe el texto arriba reproducido, los doce no se separaron de Jesús. Será a partir de la muerte de este cuando los apóstoles alcancen el protagonismo al que estaban llamados por el desempeño de su función, la sanación y la predicación del evangelio.

A este respecto hemos de resaltar que su número no era fortuito. Con la elección de doce escogidos Jesús ponía claramente de manifiesto la universalidad de su mensaje, destinado sobre todo a reunir bajo su amparo a todos los hijos dispersos de Israel, sin exclusión alguna. No olvidemos que doce era el número de las tribus que conformaban la nación, dato y símbolo que no escapaba a nadie, pues la esperanza de agrupar a todo el pueblo de Dios, repartido por toda la tierra, estaba muy presente en la mentalidad religiosa judía de los siglos II y I a.C. Este logro apuntaba directamente hacia el final de los tiempos, pues era en este momento y no antes, cuando creían lo judíos que esta unión sería de nuevo posible. De aquí que la elección de los doce tuviera también un carácter escatológico, de alguna manera, para Jesús estos, sus más cercanos colaboradores, estaban ligados al gobierno del nuevo Israel restaurado, tras la llegada del Reino.



Cuadro de Wassilij Dimitriewitsch Polenow. Según las escrituras los pri meros en seguirle fueron Andrés y Pedro, que eran hermanos, Santiago y Juan, también conocidos como los hijos de Zebedeo y finalmente Natanael, al que la tradición ha denominado como Bartolomé.

TRES ELEGIDOS DE ENTRE LOS DOCE

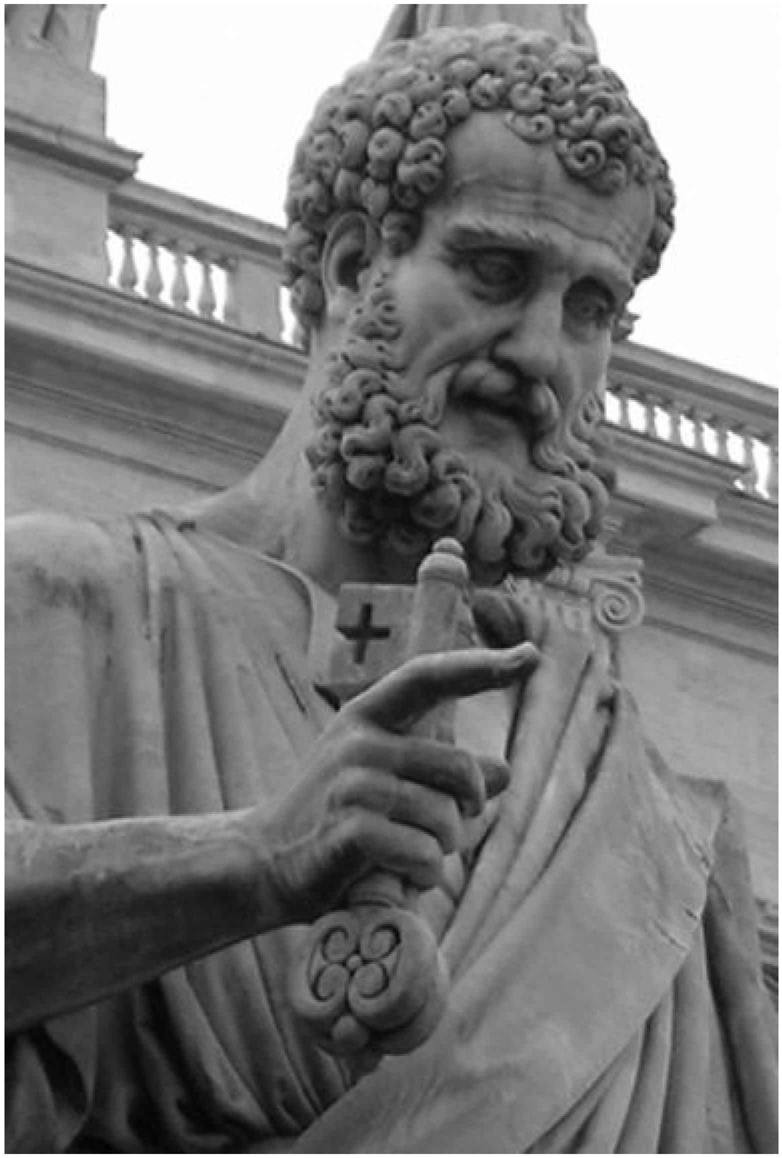
A consecuencia de la publicación de una serie de novelas, entre las que destaca *El Código Da Vinci* del autor *Dan Brown*, se han resucitado una serie de viejas teorías, expuestas hace ya varias décadas en libros tales como *El enigma sagrado*, escrito por M. Baigent, R. Leigh y H. Lincoln, sobre la auténtica relación de Jesús con algunos de sus discípulos.

Lo primero que hemos de decir es que Jesús mantuvo un trato más cercano y personal con tres de sus apóstoles: Pedro, Santiago y Juan. A estos tres fue a los únicos a los que dio un nuevo nombre, y por tanto, dentro de la mentalidad judía, una nueva personalidad o identidad. Simón el pescador fue rebautizado como "*Cefas"* (en arameo "*Kepa"*), en griego "*Petros"* o sea Pedro, que significa piedra o roca, mientras que los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan fueron llamados "*Boanerges"*, los "hijos del trueno" (Marcos 3, 17). Igualmente, fue a este trío al que llamó para mostrarles determinados prodigios o acompañarle en momentos trascendentales de su vida: Pedro, Santiago y Juan fueron los únicos apóstoles presentes en la resurrección de la hija de Jairo (Marcos 5, 37 y Lucas 8, 51), en la transfiguración de Jesús en el monte Tabor (Mar cos 9, 2-5, Mateo 17, 1-4 y Lucas 9, 28-33) y en la oración en el huerto de Getsemaní, momento inmediatamente anterior al prendimiento de Jesús y al inicio de la pasión (Marcos 14, 33-38 y Mateo 26, 37-41).

Pedro, el primero de los apóstoles

El discípulo que con el paso del tiempo mayor relevancia alcanzó fue Pedro, dada su condición de elegido para dirigir el barco de la Iglesia, según las palabras de su propio maestro: "apacienta mis corderos" (Juan 21, 15-19). La relación de este apóstol con Jesús fue siempre intensa, aunque con ciertos altibajos marcados por momentos de una exaltada adhesión a su maestro, como en el episodio de la última cena en el que se comprometió a morir con Jesús si fuera preciso (Juan 13, 36-38), que contrastan con otros de una debilidad extrema, la triple negación en la noche del prendimiento (Juan 18), rasgos ambos del apasionado carácter del pescador. El momento clave de la vida de fe de Pedro tuvo lugar en Cesarea de Filipo (Mateo 16, 13-20, Marcos 8, 27-30 y Lucas 9, 18-21), donde en el transcurso de un discurso de Jesús este preguntó a sus discípulos: "Y vosotros ¿quién decís que soy yo?". Pedro se adelantó y tomando la palabra en nombre de todos exclamó: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Ante tal afirmación, prueba de la adhesión total de Pedro a su maestro, Jesús le invitó a convertirse en un apoyo y modelo para la fe de los discípulos: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

Tanto sobre este texto como sobre el ya citado de Juan (Juan 21, 15-19) se ha fundamentado la idea, y posteriormente la doctrina católica, de que Jesús había designado a Pedro como cabeza de la Iglesia. Algunos investigadores hoy niegan ese papel y atribuyen el relato a una creación posterior de las propias comunidades cristianas afectas al pescador. Para estos estudiosos las pruebas de que no había necesidad de nombrar una jerarquía están en la propia escritura. Por un parte, entre los propios apóstoles había discusiones sobre quien debía ocupar un lugar preeminente en el Reino de los Cielos (Mateo 10, 36-42), de haber dejado Jesús clara la posición de Pedro esta discusión no habría tenido lugar. Por otro lado, tras la muerte de su maestro la situación de Pedro en la Iglesia de Jerusalén no era especialmente fuerte. Tras un periodo al frente de la misma fue desbancado por Santiago, el "*hermano del Señor*" (Hechos 15, 13 y ss). En las comunidades fundadas por Pablo, tampoco parece tener ninguna autoridad especial. Por lo tanto, y siempre en opinión de estos estudiosos, no hubo nombramiento de Pedro como el primero de los apóstoles dado que no hubo idea en Jesús de organizar jerárquicamente a los mismos, ya que creía que la inminente llegada del Reino. Debió ser tras la muerte de Jesús, y al comprobar que la llegada del fin de los tiempos no era tan próxima como creían, cuando las primeras comunidades vieron la necesidad de organizarse para sobrevivir, y extender el evangelio, dándose una estructura interna firme. Para ello, las comunidades afectas a Pedro pusieron en boca de Jesús las palabras que le legitimaban como primera autoridad de la Iglesia.



Pedro y su primacía sobre el resto de apóstoles son hoy día materia de estudio por parte de los especialistas, entre los que no hay unanimidad al respecto.

Para otros especialistas las palabras de Jesús que confirmaban a Pedro en su papel de dirigente tiene una plena credibilidad y validez, pues no se ha podido demostrar fehacientemente que no fueran pronunciadas por Jesús. Además el papel preponderante del pescador frente al resto de apóstoles aparece en otros muchos momentos de los evangelios: Pedro fue uno de los pocos en ser renombrados por Jesús; estuvo presente de manera diferenciada en los momentos más destacados de su vida, junto a Santiago y Juan como ya hemos visto; su confesión de fe le hizo acreedor de los elogios de su maestro: "Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo 16, 17); en las enumeraciones de los apóstoles que hallamos en los evangelios su nombre siempre se encuentra destacado en primer lugar, frente a Judas Iscariote que es ineludiblemente el último; e in cluso, aunque fuera dudosa la escena en la que Jesús, tras morir y resucitar, le confirma por tres ocasiones en su misión (Juan 21, 15-19), los textos nos cuentan co mo, en el momento del anuncio de la resurrección, Juan y él corren hacia el sepulcro, y Juan llegando antes, pues era más joven, esperó a la llegada de Pedro para que entrase el primero, reconociendo así su posición dentro del grupo. Así mismo no olvidemos que el primer jefe de la Iglesia de Jerusalén, antes de Santiago, fue Pedro. Todos estos datos hacen suponer que las palabras de Jesús sobre Pedro eran verídicas dado su papel destacado por encima del resto de apóstoles.

Pero para captar bien la importancia del pescador, y de su misión, dentro del grupo de los elegidos por Jesús, hemos de aproximarnos a los textos, pues tendemos a interpretar la función de Pedro en clave de poder, lo cual precisa de estudios y matices.

El evangelio en el que aparece nombrado con mayor frecuencia, e incluso con respecto al resto de apóstoles, es el de Mateo. En él Pedro habitualmente actúa como el portavoz de los discípulos, el que en nombre del grupo hace preguntas y aseveraciones a su maestro. Del mismo modo, entre los capítulos 13 a 18, emerge como el primero de todos ellos, reforzado en su papel de miembro dirigente de la incipiente comunidad eclesial, que se apunta en estos apartados. Y es precisamente en el capítulo 16 donde se halla su "nombramiento":

> Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ý yo a mi vez te digo que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en le tierra quedará desatado en los cielos.
>
> Mateo 16, 17-19

La expresión de "dar las llaves" tenía un significado profundo en la literatura rabínica, pues el poder de las llaves investía al escriba para tomar las decisiones adecuadas en materia de Ley. Le concedía por tanto la capacidad para interpretar y designar lo que era correcto y lo que no a la luz de la legislación religiosa, de ahí el sentido de "atar" y "desatar", o como diríamos hoy, legalizar y prohibir. De aquí que el papel de Pedro posiblemente no deba ser interpretado en categorías de poder sobre el resto de los apóstoles, sino más bien como el de un hombre investido por Jesús con autoridad como para interpretar y transmitir fielmente su mensaje y evitar su degradación. Que fuese sobre esta "piedra", de la justa y precisa transmisión, sobre la que se edificase el nuevo edificio de la comunidad cristiana una vez que faltase Jesús, es el sentido profundo que parece tener el nombramiento del pescador como primero de los apóstoles.

María Magdalena, una discípula fiel y solo eso

María Magdalena aparece en los evangelios como una discípula destacada de Jesús. Pertenecía al grupo de mujeres que acompañaron a este en sus predicaciones y de las que tenemos recogidos los nombres de algunas de ellas: María la madre de Santiago y José, Juana mujer de Cusa y Salomé. La función que tenían las mujeres dentro del grupo era la logística. Se encargaban de proveer y preparar la comida, encargarse de buscar alojamiento y subsanar otras necesidades que pudieran surgir en el grupo. En el caso de Juana, esposa de un alto funcionario de Antipas, es posible incluso que hubiese un apoyo financiero ocasional.



María Magdalena de Caldo Dolci. María Magdalena, un discípula muy mal tratada por la tradición y la literatura actual.

Aunque las mujeres en general aparecen en momentos importantes junto a Jesús, como siguiéndole en sus predicaciones por Galilea, al pie de la cruz, en su traslado al sepulcro o en el día de la resurrección, no se las puede equiparar a los apóstoles, pues el Nazareno no les había planteado las mismas exigencias de seguimiento que a estos. No hay duda de que eran discípulas fieles, pero, seguramente por la valoración social que tenían, no podían ocupar el mismo lugar que los doce.

De María Magdalena sabemos realmente muy poco, y algo de lo que sí conocemos es que en ningún lugar de los evangelios se dice que fuera prostituta: "María, llamada Magdalena de la que habían salido siete demonios…" (Lucas 8, 2-3). Mayor relevancia toma a partir de los sucesos de la Pasión ya que aparecerá al pie de la cruz (Marcos 15, 40) y posteriormente frente al sepulcro, en la mañana de la Resurrección (Juan 20, 11-18).

Que ella era una seguidora fiel de Jesús es algo que no se ha de dudar, sin embargo su actual popularidad como pretendida esposa de este no tiene base histórica, se debe más bien a la proliferación de novelas como *El Código Da Vinci*, escrita por Dan Brown. Es cierto que en algunos apócrifos, como en el Evangelio de Felipe se lee: "Eran tres las mujeres que caminaban con el Señor constantemente, María, su madre, y su hermana Magdalena, a quienes ellos lla ma ban su consorte".

Sin embargo el carácter gnóstico[32] de estos escritos desautoriza la historicidad de la información, ya que para este grupo la mujer era un ser perdido y sin rumbo que había de ser rescatado por medio

de la unión espiritual con ella. El matrimonio por tanto era un símbolo de tal unión, por tanto Jesús mantuvo con María Magdalena una relación normal entre maestro y discípula (Piñero, A., *Jesús y las mujeres*, 211-220 y *Guía para…*, 180-181; Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 91 y ss; y Puig, A., *Jesús. Una…*, 228-278).



María Magdalena. Esta pintura fue atribuida a Giovanni Rizzoli (Giampetrino), pupilo de Leonardo Da Vinci; sin embargo, se cree, que fue pintado por el mismo Da Vinci junto a otros pupilos.



María Magdalena, de Anthony Frederick Sandys. Otra representación de la mujer que, según recientes especulaciones, era la esposa de Cristo, aunque, ninguna de las fuentes históricas es capaz de sustentar esta teoría.

¿ESTUVO CASADO JESÚS?

A juzgar por las informaciones extraídas de los evangelios podemos decir que Jesús no estuvo casado. Bien es verdad que la costumbre de la época prohibía a los rabinos de más de treinta años, caso de Jesús, permanecer solteros. El que en su grupo hubiese un notable grupo de mujeres también ha alimentado la idea de que pudo tener esposa. Sin embargo el silencio en los evangelios es muy elocuente en este sentido. De haber tenido esposa se hubiese hablado de ella con toda naturalidad, como sucede en el caso de Pedro. En la Palestina del siglo I esto no suponía ningún problema, ni siquiera para los profetas. Por otra parte, en un mo mento determinado Jesús dice: "hay otros que se hicieron eunucos a sí mismos por amor al reino de los Cielos" (Mateo 19,12), lo que hace pensar que se refería a sí mismo, y que por tanto su celibato fue una opción personal a favor de su misión.

LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

Todos los estudiosos están de acuerdo de que el núcleo central de la predicación y actividad de Jesús fue el anuncio del "reino de Dios".

> Después de que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. Decía: El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio.
>
> Marcos I, 14-15.

En sus discursos la presencia de esta expresión fue una constante. Según J.P. Meier, el concepto "Reino de Dios", "Reino de los Cielos" o cualquier otra locución empleada como sinónimo, aparece en trece dichos del evangelio de Marcos, en otros trece de la fuente Q, que constituye la base junto con la anterior obra de los evangelios de Mateo y Lucas, en veinticinco de Mateo, en seis de Lucas y en dos del texto de Juan.

Sin embargo Jesús nunca definió o explicó detenidamente en que consistía este reino, lo que nos hace pensar que los israelitas del momento tenían ele mentos en su cultura religiosa como para comprenderlo sin necesidad de explicaciones. Si bien es verdad que no existe esta expresión, o una similar, en todo el Antiguo Testamento o literatura judía de la época, no es menos cierto que la imagen de Dios como rey estaba muy presente desde antiguo en la teología de Israel y formaba parte de su esperanza mesiánica. Su origen estaba en la época de la monarquía (siglos X-VI a.C.), en la que los reyes tenían como obligación establecer y custodiar el reinado de Dios. Debido a las deficiencias de los monarcas a este respecto, la idea de la realeza se transfirió a la del Mesías, fraguándose en el imaginario religioso la figura de un Mesías monarca, que habría de instaurar el reinado de Dios: un tiempo de acatamiento sin reservas de la Torá, un gobierno de justicia y paz. Los textos veterotestamentarios que nos hablan de él son muy numerosos:

> ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios!
>
> Isaías 52, 7

El Reino de los Cielos por tanto parece una expresión acuñada por Jesús que condensaba el sentido de la salvación que anunciaba. Básicamente consistía en la llegada de Dios al mundo para gobernar en Israel, dar plenitud a la Alianza, y, al menos desde la mentalidad de los hombres del momento, liberar al pueblo política y espiritualmente. Aquellos que no se preparasen para su llegada, o rechazasen el mismo, se verían irremisiblemente perdidos, mientras que los auténticos creyentes recibirían todo tipo de bendiciones. La adecuación al reino exigía un cambio en la persona, un nuevo estilo de vida, fruto de una transformación interior, consistente en la vuelta a Dios, por medio de la conversión del corazón, y del amor al prójimo.

Pero el reino no era solo la realidad espiritual que hemos expuesto, pues este conllevaba una carga material considerable. En la Galilea del siglo I, el hambre y la pobreza eran una realidad permanente en la vida del campesinado. Como consecuencia de la política económica, consistente en la monetización y el desarrollo de monocultivos, promovidos por Herodes Antipas con el apoyo de las élites urbanas, el número de los desheredados, a causa de las deudas, aumentaba año tras año, así como el montante de los beneficios del monarca y sus partidarios. En medio de esta situación socioeconómica, Jesús exigía que los bienes de la tierra fuesen repartidos de manera justa y equitativa entre todos los hombres (J.D. Crossan y J.L Reed, *Jesús desenterrado*, p. 388). Algunas de las bienaventuranzas, programa de vida del Reino anunciado por Jesús, prometen pan a los que tiene hambre, retribución a los pobres, consuelo a los que sufren y justicia a los que son perseguidos por

causa de la misma (Mateo 5, 1-10 y Lucas 6, 20-23). Ciertos discursos dan a entender que las cuestiones de índole material estarán resueltas en el Reino, de ahí la importancia de encontrar primero la voluntad de Dios. Una de las imágenes más celebradas y habituales de Jesús es la del Reino de los Cielos como un banquete (Mateo, 8, 11), como los que celebró con sus discípulos o a los que era invitado, hasta el punto de ser acusado de glotonería y de no observar las normas religiosas relativas a la alimentación (Mateo 9, 14).



La presencia de Jesús entre los hombres anticipaba en parte la llegada del propio Reino de los Cielos.

El reino de Dios sería por tanto una realidad, parcialmente presente en cuanto a que el mismo Jesús se hallaba ya entre los hombres, que alcanzaría plena realización en un futuro, en el que el Altísimo gobernaría sobre Israel instaurando una era de seguimiento y conversión a la Ley de Dios. La justicia, los bienes y la paz alcanzarían a todos, especialmente a los más oprimidos y pobres que encontrarían respuesta a sus súplicas y pan para ellos y sus hijos.

Algunos estudiosos, como Piñero, apuntan que la predicación del Reino de los Cielos tenía un carácter político indirecto. Aún reconociendo que el carpintero de Nazaret no manifestó interés en la consecución del poder político, ni tampoco en la lucha armada como medio de expulsar al ocupante romano, su condición de "Hijo de David" o de Mesías, a los ojos de sus contemporáneos, conllevaba aparejada de manera inseparable unas poderosas consecuencias políticas. La llegada del reino de Dios traería la liberación de Israel de cualquier ocupación extranjera o gentes alejadas de Dios. En

consecuencia, Roma no tenía lugar, como tampoco los herodianos, los comerciantes griegos o ni si quiera los judíos que no se hubieran convertido a las demandas del Reino. Según Piñero, Jesús participaba de esta idea, sin embargo no era a él a quien correspondía ponerla en marcha, sino más bien a Dios mismo, en el momento de su llegada.

Hemos de señalar que las manifestaciones de Jesús con respecto al momento de la llegada del Reino son ciertamente ambiguas. En ocasiones anuncia que ya ha llegado, mientras que en otras dice que está muy próximo a hacerlo, aspecto este original en Jesús frente al pensamiento de la sociedad de su época, que creía que la llegada de Dios acontecería en un tiempo muy lejano. Tanto insistió Jesús en esta cuestión que los primeros cristianos pensaron que verían su segunda venida sobre la tierra, y con ella el fin de los tiempos. Solo cuando comprobaron que la realidad no era así, fueron adecuando su espiritualidad y teología a la espera prolongada del Nazareno.

Finalmente, para que el fiel pudiera alcanzar e ins taurar el reino de Dios, Jesús exigía cambios fundamentales en la persona. El primero en relación con Dios, al que presentaba como Padre y por tanto sin connotaciones monárquicas o requerimientos humillantes para el creyente frente a él. El devoto debía iniciar un proceso de conversión en el que "el Padre" y "el Reino" ocupasen el lugar de privilegio en su corazón. El segundo de los cambios debía operarse frente al prójimo, al que había de acogerle como a un hermano, aunque fuese un enemigo. Incluso a los gentiles estaban abiertas estas ofertas, pese a que Jesús consideraba su misión destinada sobre todo a los judíos. En la medida en que se produjesen los cambios expuestos, se operarían igualmente transformaciones profundas en la sociedad. Parece por tanto que el carpintero de Na za ret no planteó su mesianismo desde un punto de vista político, pues esta línea no era coherente con su pauta de comportamiento, como lo prueba el que en las múltiples ocasiones que las multitudes quisieron proclamarle rey, él se negó. El reinado de Dios habría de ser una realidad futura, fundamentalmente espiritual, de lo que se derivaría un cambio pacífico en la situación social y política (Barrado, P., *Jesús de…*, 67-74; Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 97-116; Piñero, A., *Guía para…*, 182-188 y Puig, A., *Jesús. Una…*, 316-351).

LOS MILAGROS DE JESÚS

Los prodigios en el mundo antiguo y el sentido de los milagros de Jesús

La cuestión que ahora nos ocupa es sin duda una de las más controvertidas de la vida de Jesús. En ella no solo intervienen los pruebas históricas como tales, sino también, y muy especialmente, nuestras propias categorías mentales. Para algunos resulta imposible creer que puedan existir hechos sobrenaturales, mientras que para otros lo insólito sería explicar determinadas sucesos solamente desde la óptica de la razón. Sin embargo las dos posturas no se encuentran hoy día en igualdad de condiciones. Hace ya más de un siglo que en Occidente vivimos una época profundamente racionalista, que ha hecho del intelecto la única forma válida de conocimiento y prácticamente una deidad que pretende dar explicación y justificación a todo, para tranquilidad del ser humano. Reconocer que pueden existir, o haber existido, hombres capaces realizar prodigios que superan la capacidad de análisis de lo racional, es tanto como poner en tela de juicio la infalibilidad de nuestro actual sistema de comprensión y, para algunos, abrir la puerta a la posibilidad de lo sobrenatural, y por tanto a la existencia de Dios, otro de los grandes dilemas del hombre actual. Para aproximarnos

con cierta objetividad al tema de los milagros de Jesús hemos de dejar de lado tanto la postura escéptica, que nos imposibilita aceptar la mera posibilidad de que existieran, como la crédula, que nos haría aceptar todos y cada uno de ellos sin realizar un mínimo análisis crítico. Ambas son necesarias, en su justa medida, a fin de alcanzar un conocimiento lo más objetivo posible.

Por tanto, partiendo de esta actitud, lo primero que hemos de hacer es aclarar que, para los hombres del siglo I, el mundo se hallaba poblado de espíritus y demonios que, junto con Dios o los dioses, podían alterar a capricho las leyes de la naturaleza, dando lugar a hechos extraordinarios y sobrenaturales. De aquí la importancia que adquirió la magia, como medio de lograr de la divinidad aquello que se anhelaba, y de la adivinación, a través de la que el hombre podía obtener información sobre su futuro, previamente trazado por aquella.

Noticias sobre prodigios y curaciones milagrosas tenemos constatadas a lo largo de toda la Antigüedad. El santuario de Epidauro (Argólida, Grecia), dedicado a Asclepios, dios de la medicina, alcanzó gran fama en el siglo IV a.C. gracias a la realización de sanaciones prodigiosas. Tras ingresar en el templo, y llegada la noche, el enfermo se acostaba en unas habitaciones determinadas, en el transcurso del sueño aparecía Asclepios y trataba la parte enferma del cuerpo. A la mañana siguiente, la curación era un hecho. Algunas inscripciones, halladas entre las ruinas del propio santuario, dan testimonio de tales fenómenos.

> Un hombre fue curado por una serpiente del mal que sufría en un dedo de un pie, en que se encontraba un tumor maligno de pésimo aspecto. Cuando se hizo de día, los servidores le sacaron fuera sentándolo en un sillón, y al caer dormido se le acercó una serpiente del santuario, le curó el dedo con la lengua y después regresó al santuario. Al despertarse ya sano, dijo que en sueños había visto un adolescente de majestuosa figura que le había extendido un medicamento sobre el dedo. (Citado por A. Weiser, *¿A qué llamamos mi lagro en la Biblia? Sobre las narraciones mi la grosas de los evangelios*, 242)

También en el mundo judío existieron personajes dotados de suficiente carisma o santidad como para realizar milagros. Hasta nosotros han llegado los nombres de un hombre santo que vivió en el siglo I a.C. llamado por los rabinos Honi el Trazador de Círculos, así como el de un extraordinario sanador galileo, que ejercitó su arte en el siglo I d.C., Hanina ben Dosa. El propio Flavio Josefo recogió el rito del exorcismo esenio, aplicado por un tal Eleazar al que se cree un antiguo miembro de la secta, en presencia del emperador Ves pasiano y parte de su ejército.

> Colocó junto a la nariz del poseso un anillo que tenía bajo el sello una de las raíces prescritas por Salomón, y entonces, cuando el hombre lo olió, expulsó al demonio por las narices. Y en cuanto se desplomó él conjuró al demonio para que nunca volviese a entrar en aquel hombre, pronunciando el nombre de Salomón y recitando los encantamientos que este había compuesto.
>
> Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*, VIII, 46-47

Pero mientras que en todas estas situaciones los prodigios tenían un fin puramente benéfico para el fiel, que constataba así la bondad del dios invocado, el caso de Jesús era diferente, dado que su milagro anticipaba el reino de Dios, liberando a la persona del mal o del pecado que le afligía y le impedía vivir en plenitud.

> Si por el dedo de Dios expulsó a los demonios, he aquí que ha llegado a vosotros el reino de Dios.
>
> Lucas, 11, 20

Podría argumentarse que el objetivo, o al menos uno de los objetivos, de los prodigios realizados por *el* Nazareno sería el de lograr convencer a aquellos que lo presenciaban de su mesianismo o de la validez de su mensaje. Una prueba visible del verdadero poder que albergaba su persona. Sin embargo los textos evangélicos apuntan hacia otra dirección: tras realizar el milagro de los panes y los peces la multitud quiso proclamarle rey, pero él se negó (Juan 6, 15); cuando se enfrenta con los demonios y ellos le reconocen como el Mesías, él les ordena callar (Lucas 4, 41); finalmente, en varias ocasiones tras realizar un milagro, en este caso la curación de un sordomudo, Jesús les pide que no lo digan a nadie, "… les mandó que a nadie se lo contaran. Pero cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo publicaban" (Marcos 7, 36). Jesús por lo visto no tiene interés en llamar la atención sobre su persona, o en hacer demostraciones de poder, sino en dejar claro que el Reino de Dios está ya entre los hombres, sus prodigios lo demuestran.

¿Jesús realizó milagros verdaderamente?

Los evangelios presentan veintisiete relatos referentes a distintos milagros de Jesús. Haciendo una rápida clasificación podemos agruparlos en cuatro clases: prodigios sobre la naturaleza, tales como la calma de la tempestad o la multiplicación de los panes y los peces, curaciones, exorcismos y resurrecciones.

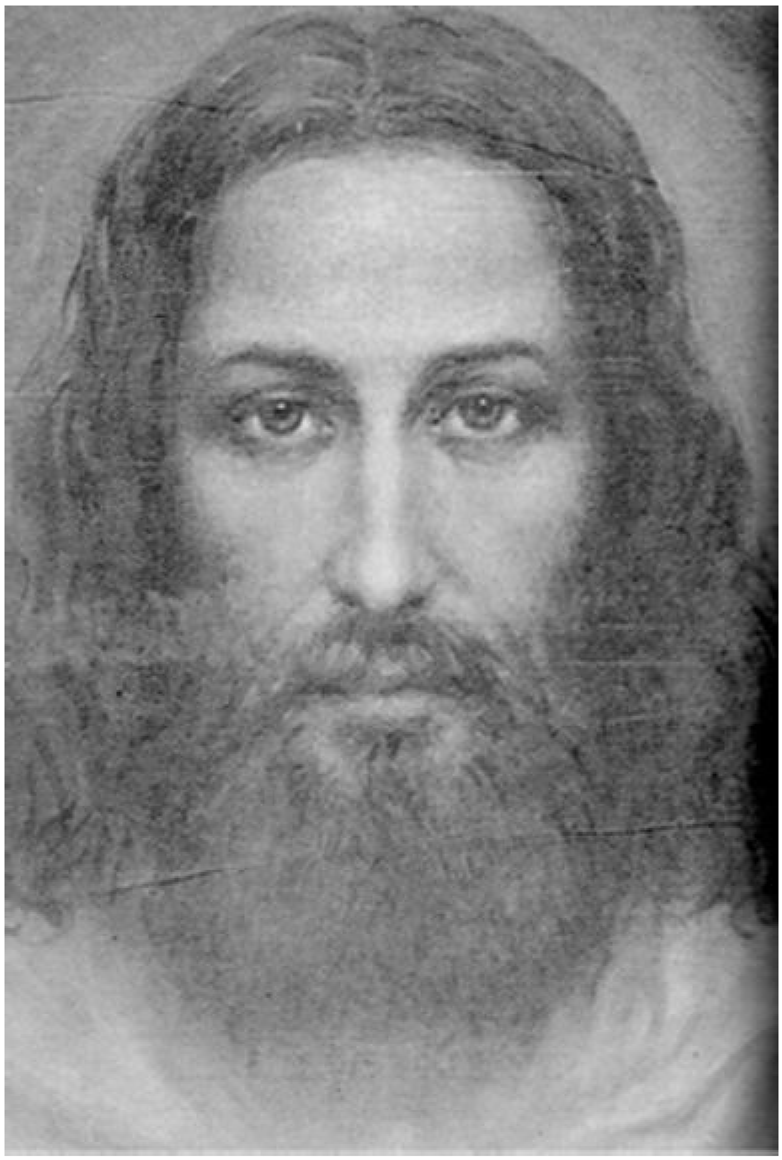
Ahora bien, no todos poseen el mismo valor histórico, al menos a la luz de los filtros que somos capaces de aplicarles hoy día. Parece ser, para muchos expertos, que los milagros relativos al dominio sobre la naturaleza (la tempestad calmada (Marcos, 4-35-41; Mateo 8, 23-27 y Lucas 8, 22-25) o Jesús caminando sobre las aguas (Marcos 6, 45-52; Mateo 14, 22-33 y Juan 6, 16-21) entre otros poseen un marcado carácter legendario por lo que se duda seriamente de su historicidad. Este tipo de relatos, además de contar con numerosos elementos fabulosos, son comunes a mu chas otras figuras destacadas de la antigüedad, a las que, una vez muertas, se les adornó con historias fan tásticas que realzaban su vida (Meier, J.P. *Un judío marginal*, tomo II/2, 623-689). Además, desde los tiempos del profeta Elías (s. IX a.C.) era creencia común entre los judíos que los hombres sagrados eran capaces de imponer su propia voluntad a los fenómenos naturales.

Con respecto al resto, y sin entrar en el estudio pormenorizado de todos y cada uno de ellos, hemos de decir que no hay, de entre los investigadores más serios, quien hoy día ponga en duda que Jesús históricamente realizó milagros o hechos considerados prodigiosos, sobre todo curaciones y exorcismos. El estudio del ambiente religioso de la época, tanto entre los paganos como entre los judíos, los testimonios de las fuentes, como los anteriormente aportados, y las con tribuciones de la moderna psicología social y de otras disci plinas, han dado un sólido fundamento a esta creencia.

Sin embargo no siempre ha sido así. Especialmente desde el siglo XIX, racionalistas alemanes tales como Reimarus,Paulus o Strauss, se aplicaron en encontrar explicaciones lógicas a los milagros del carpintero. Su labor, continuada por existencialistas y críticos como Bultzmann, Renan o Weisse, dio lugar a una corriente de opinión, muy extendida entre teólogos e historiadores del siglo XX, que veían en los prodigios realizados por Jesús no hechos históricos sino leyendas y mitos cargados de simbolismo, encaminados a trasladar un mensaje a los fieles.

Así, el estudio de determinados milagros se convirtió en un constante esfuerzo por razonar los mismos. El caso de la conversión del agua en vino, en el transcurso de las bodas de Caná, es un claro ejemplo, según Strauss, de mito retomado del antiguo Testamento. La transformación de una sustancia

en otra sería el recordatorio de la conversión de las aguas del Nilo en sangre, la primera de las doce plagas de Egipto, o bien una referencia al agua que brotó de la roca que golpeó Moisés con su cayado. La famosa multiplicación de los panes y los peces, único milagro que aparece descrito en los cuatro evangelios, no fue para Paulus sino una invitación que Jesús hizo a los más ricos de entre la multitud para que hicieran lo mismo que él acababa de hacer, repartir el pan y el pescado del que disponía. La generosidad que este gesto despertó entre los presentes hizo lo demás. En el caso de la resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús, se ha aludido frecuentemente a la posibilidad de que el "difunto" fuese víctima de un caso de catalepsia. Renan por su parte, y teniendo en cuenta las dificultades que Jesús encontraba para que se aceptara su mensaje en Jerusalén, pensó que Lázaro fingió su muerte en connivencia con Jesús, a fin de fingir un supuesto prodigio de vuelta a la vida que diese popularidad al Nazareno[33].



Históricamente no se puede dar el mismo valor a todos los milagros de Jesús, pese a que las fuentes corroboran la existencia de ellos.

Uno de los argumentos de que disponemos actualmente para afirmar que Jesús realizó hechos prodigiosos se encuentran fundamentados en la coincidencia que al respecto presentan textos totalmente independientes entre sí. Además de los evangelios, el *Talmud* babilónico afirma que Jesús practicaba la he chicería, esto es, que realizaba prodigios aunque em pleando para ello el poder del mal: "Sale fuera para ser lapidado porque ha practicado la hechicería y ha incitado a Israel a la

apostasía" (El *Talmud* babilónico, Tratado Sanedrín 43ª).

Flavio Josefo por su parte dice que "Por esta épo ca vivió Jesús, un hombre excepcional, ya que llevaba a cabo cosas prodigiosas" (Flavio Josefo, *Antigüedades Judías* XVIII, 3,3; XX, 19, 1).

Como ya hemos citado en los criterios de historicidad, la concordancia de datos, en textos cuyos orígenes son independientes entre sí, son un poderoso argumento a favor de su veracidad.

La otra gran razón de peso a favor de la verosimilitud de los milagros de Jesús es la que presenta a personajes de diversa índole, origen y cultura, contemporáneos a los mismos, aceptando la existencia de los citados portentos: desde personas de extracción social y formación humilde, o seguidores del Nazareno, pasan do por Herodes Antipas, el cual pidió a Jesús un milagro como señal de su mesianismo (Lucas 23, 8), hasta incluso los propios enemigos de Jesús (Mateo 12, 22-24), aceptaron que este realizaba portentos, aunque los interpretaran a su manera o les dieran un mayor o menor valor (Barrado, P., *Jesús de…*, 83-90; Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…*, 117-129; Piñero, A., *Guía para…*, 202-203 y Puig, A., *Jesús. Una…*, 357 y ss.).

Por tanto parece innegable que Jesús realizó milagros, y aunque para el hombre de nuestro tiempo esto resulta un hecho difícilmente asumible, para el hombre de la Palestina del siglo I no era así. Efectivamente el problema que se le planteaba era otro muy distinto, pues no dudaba de lo que veía hacer a Jesús, sino de quién le venía el poder para hacerlo.

> Entonces le trajeron a un endemoniado ciego y mudo, y lo curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. Se maravillaron todas las muchedumbres y decían: "¿No será este el Hijo de David?" Pero los fariseos, que lo oyeron, dijeron: Este no echa a los demonios sino por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios.
>
> Mateo XII, 22-24

CRISTO EL MAGO

La aparición en Alejandría de una vasija con la inscripción griega "Cristo, el mago", ha resucitado la vieja teoría de que los milagros de Jesús se debieron realmente a sus conocimientos de magia. En todo caso, de comprobarse que habla de Jesús sería el testimonio más antiguo sobre el personaje. Su datación es anterior al año 50 d.C., aunque se deben realizar estudios más pormenorizados pues se duda de que el término traducido por "Cristo", sea realmente un nombre propio, "Cresto", que ofrecía este exvoto al dios Goi. También se ha apuntado la posibilidad de que, la cerámica en cuestión sea un testimonio de cierto culto a Cristo en fechas muy tempranas, en Alejandría. El descubrimiento a cargo del arqueólogo submarino francés Franck Goddio tuvo lugar en julio del año 2008.

LOS ENEMIGOS DE JESÚS

Aunque nos resulte chocante entenderlo, en las palabras y actitudes de Jesús hubo elementos lo suficientemente provocativos, e incluso revolucionarios, como para despertar los odios y temores de ciertos grupos, que terminaron por provocar su condena y muerte. Es cierto que los evangelios nos hablan de ellos, pero sus informaciones han de tomarse con ciertas reservas. El momento de redacción de esas obras fue complejo. Algunas comunidades, en las que se estaban gestando los

textos, recibían fuertes ataques de facciones religiosas judías, por lo que el autor acentuó las diatribas que el Nazareno lanzó contra estas, ocultando sus coincidencias con las mismas. Así la imagen de algunos antagonistas de Jesús puede aparecer distorsionada, o incluso deformada al no tratarse de tales enemigos, por lo que habrá que intentar discernir que parte de verdad histórica se esconde detrás.



La aparición en Alejandría de una vasija con la inscripción griega Cristo el Mago ha resucitado la vieja teoría de que los milagros de Jesús se debieron realmente a sus conocimientos de magia.

Uno de los colectivos presentados como un serio opositor a Jesús fue el de los fariseos, con el que sin embargo coincidía en aspectos doctrinales esenciales. Tanto los unos como el otro creían en la presencia y la influencia de ángeles y demonios en la vida de los hombres, concedían gran importancia al corazón como el origen de las buenas y de las malas acciones, confiaban en la resurrección de los muertos al final de los tiempos, y en la llegada del Mesías. En ocasiones incluso la cercanía fue absoluta, como cuando un grupo de fariseos advirtió a Jesús sobre el peligro que corría, pues Herodes Antipas le quería matar (Lucas 13, 11). Además entre los amigos de Jesús había miembros de este grupo, como Simón (Lucas 3), en cuya casa comió en ocasiones (Lucas 7) o Nicodemo, que procuraba visitarlo discretamente (Juan 3).

Las diferencias entre los fariseos y Jesús se hallaban en la interpretación de la Ley religiosa. Para los primeros, expertos en el cumplimiento minucioso de los preceptos, Jesús ofrecía una versión

débil de la misma, demasiado blanda, tanto que esta perdía su valor, mientras que para el segundo aquellos solo se fijan en los aspectos externos, en ofrecer una imagen irreprochable, olvidando la conversión del corazón. Para el carpintero de Nazaret la propia Ley, y por ende los ayunos, la pureza ritual, los diezmos, la observancia del sábado estaban subordinados al espíritu de la propia Ley, que era la justicia, el amor y la fidelidad (Mateo 23, 23 y Lucas 11, 42). El mejor ejemplo de la actitud severa, cumplidora y excluyente de los fariseos se halla en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18, 11-12), donde, igualmente, quedan de manifiesto las discrepancias de Jesús con respecto a ellos.

Pese a todo lo expuesto, los fariseos no buscaron la caída de Jesús. Aunque tenían puestos en el Sanedrín no están presentes en el juicio y la muerte del Nazareno. El enconamiento que se muestra en los evangelios, de Mateo y Lucas especialmente, es fruto de la difícil relación que existía entre sus comunidades cristianas de raíces profundamente judías, y el judaísmo dominado por el fariseísmo del siglo I. En general los fariseos pudieron ser discrepantes con Jesús, pero no sus enemigos.

Caso diferente es el de los saduceos, grupo social del que ya hemos hablado. Aunque posteriormente nos extenderemos más sobre el tema, los saduceos, clase alta a la que pertenecían lo sumos sacerdotes del Sanedrín, son uno de los auténticos enemigos mortales de Jesús. No solo no coincidían en absoluto con la doc trina de este, pues creían que su privilegiada posición económica y social era voluntad de Dios, estaban muy apegados al Templo y a los ritos sacrificiales y negaban la resurrección, sino que habían pactado con el poder romano, y no estaban dispuestos a consentir un cambio en la situación política y religiosa de su país, pues podía afectar a la fe del pueblo tal y como se vivía, y a su cómoda posición en todos los sentidos. La interpretación que hacían del mesianismo, político y monárquico a su entender, del Nazareno les hacía esperar y temer lo peor del personaje.

Las disputas abiertas con este grupo se dieron al final de la vida pública de Jesús (Marcos 12, 18-27; Mateo 22, 23-33 y Lucas 20, 27-38), en Jerusalén concretamente, donde mayor presencia había de saduceos. Aquí fue donde, por medio de sus hombres en el Sanedrín, lograron detener a Jesús, juzgarlo y arrancar una condena de Pilato.

También los maestros de la Ley manifestaron una clara oposición a Jesús. Este mismo era denominado a veces como *rabí* o *rabuní*, o sea “maestro”, pero no formaba parte de ningún grupo al que solían pertenecer, fariseos o saduceos, siguiendo así la estela de otros guías independientes como Hillel o Samay. El punto de fricción entre estos y el Nazareno es la autoridad con la que predicaba y hacía milagros. Lucas y Marcos cuentan como tras expulsar un espíritu ma ligno la gente se decía: “¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!” (Marcos 1, 27 y Lucas 4, 36). En ocasiones Jesús rebasó los rígidos límites marcados por la Ley de Moisés, al curar a un paralítico de su mal y, lo que era gravísimo y blasfemo, perdonarle sus pecados, algo que solo Dios podía hacer (Marcos 2, 5). Así los maestros veían en Jesús un ele mento subversivo y peligroso, pues no hacía interpretaciones de la Ley basándose en las opiniones de anteriores rabinos, ni siquiera de sus contemporáneos, sino en su propia autoridad, que no precisaba de justificar acudiendo a las palabras de otros. La seguridad en sí mismo era enorme, hasta el punto de que no ocultaba que hablaba en nombre de Dios, algo escandaloso que sobrepasaba el infranqueable marco de la Ley sagrada de Moisés.



El beso de Judas, de Giotto. Judas el traidor no fue sino el instrumento visible de una serie de colectivos que buscaban la desaparición de Jesús.

A raíz de estos sucesos desconcertantes, entre los rabinos surgió la pregunta de si el poder que manifestaba Jesús procedía de Dios o del Maligno, y, aunque no habrá unanimidad entre ellos, llegarán a la conclusión de que era el señor del mal el que le proporcionaba su potestad, incluso sobre los malos espíritus (Marcos 11, 18). El papel jugado por los maestros de la Ley en el juicio y condena de Jesús es activo, poniéndose del lado de los saduceos, de ahí que realmente podemos considerar a este grupo como otro enemigo más de Jesús.

Por último hemos de hablar de los herodianos, un grupo que en pocas ocasiones hace acto de presencia en los evangelios pero siempre, y de manera inequívoca, lo hace buscando la manera de eliminar a Jesús. "… se acercaron algunos fariseos y le dijeron: Sal y vete de aquí porque Herodes quiere matarte" (Lucas 13, 31). Los herodianos eran los partidarios de Herodes Antipas y de la ocupación romana del país, las razones de su enfrentamiento con Jesús eran puramente políticas. Este había sido discípulo de Juan el Bautista, ejecutado por el monarca por temor a que su predicación pudiera desencadenar una revuelta popular, algo que, según Antipas, podía provocar el mismo Jesús, continuador, al menos desde su punto de vista y en cierto sentido, de la labor de Juan. Esta situación era conocida por Jesús, aunque no le condicionaba en sus acciones como lo prueba el que nada más ser detenido Juan, volviese de Judea a su tierra natal, Ga li lea: "Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Ga lilea" (Marcos 1, 14). Sin embargo lo hizo con cier ta prudencia, sin cruzar

Perea[34].

Un ejemplo claro de la aversión que sentían hacia Jesús lo tenemos en el episodio en el que los herodianos le preguntaron si se había de pagar el tributo al Cesar (Marcos 12, 13 y Mateo 22, 16). En esta cuestión lo que había de fondo no era una duda religiosa, sino una trampa de la que mala salida tenía el rabino de Nazaret. Si Jesús respondía que se había de pagar, quedaba desacreditado ante el pueblo judío, que creía que la tierra era de Dios y por tanto nadie podía cobrar por ella como exigía Roma, *tributum soli*. Si por el contrario se negaba a ello públicamente, los herodianos podían acusarle de sedición contra el emperador, lo que se castigaba con la muerte. Sin embargo la respuesta de Jesús, aunque por su ambigüedad admite varias interpretaciones, fue lo suficientemente inteligente co mo para salir airoso de la situación: "Lo del Cesar, dádselo al cesar, y lo de Dios, a Dios". Lo cual no qui ta las perversas intenciones de los herodianos, que aun que en los evangelios aparecen en escasas ocasiones, siempre lo hacen desde la enemistad más honda contra Jesús.

Sintetizando lo visto podemos decir que los enemigos declarados de Jesús fueron los saduceos, que contaban con un poderoso instrumento como era el alto clero sanedrita, los maestros de la ley, aliados con los anteriores, y los herodianos, partidarios de Roma. Las causas de su antagonismo eran de índole política y religiosa, pues veían en la predicación y las acciones de Jesús una poderosa amenaza a su situación política y social, así como a su forma de entender la religión judía. Lo que en un principio no era sino un anécdota, un mero movimiento marginal, pasó a convertirse en un peligro potencial, a medida que la predicación de Jesús se extendía, así como la popularidad de su persona (Puig, A., *Jesús. Una…*, 278-289).

¿QUÉ PENSABA JESÚS DE SÍ MISMO?

Resulta presuntuoso establecer hipótesis sobre lo que un personaje ha opinado de sí mismo, y más aún si el personaje es tan lejano en el tiempo, tan estudiado y sacudido ideológicamente, y tan complejo de analizar históricamente en las fuentes como es el caso de Jesús de Nazaret. Sin embargo, y con las debidas cautelas, la labor del investigador también es aproximarse a este aspecto de la vida de los protagonistas de la Historia. En este caso el trabajo resulta especialmente complejo, ya que las tesis elaboradas por teólogos, investigadores, historiadores, exegetas… llegan a conclusiones muy diversas, y bien fundamentadas, a partir de las mismas fuentes. En cualquier caso expondremos las diferentes hipótesis, a fin de ofrecer una visión lo más completa posible

Jesús, el Hijo de Dios

Jesús empleó en varias ocasiones el término "*Hijo de Dios"* para referirse a sí mismo. De aquí podría deducirse que realmente se consideraba hijo físico y directo de la propia divinidad, y por tanto parte de esta. Autores como Piñero niegan esta conclusión. En todo el Nuevo Testamento solo siete textos, de los 1315 pasajes en los que se habla del Todopoderoso, afirman claramente que Jesús es Dios. Estos pasajes son: Juan 1, 1; 1, 18; 20, 28; Romanos 9, 5; Hebreos 1, 18; Tito 2, 13 y 2ª de Pedro 1, 1. En ninguno de estos fragmentos aparece Jesús hablando de sí mismo en estos términos, lo cual hacer pensar a buena parte de las investigación actual que estos textos son afirmaciones de fe de las primeras comunidades, más que frases o discursos pronunciados por el Jesús histórico. En el evangelio de Marcos hay momentos en los que Jesús parece negar su filiación divina: *"¿Por qué me*

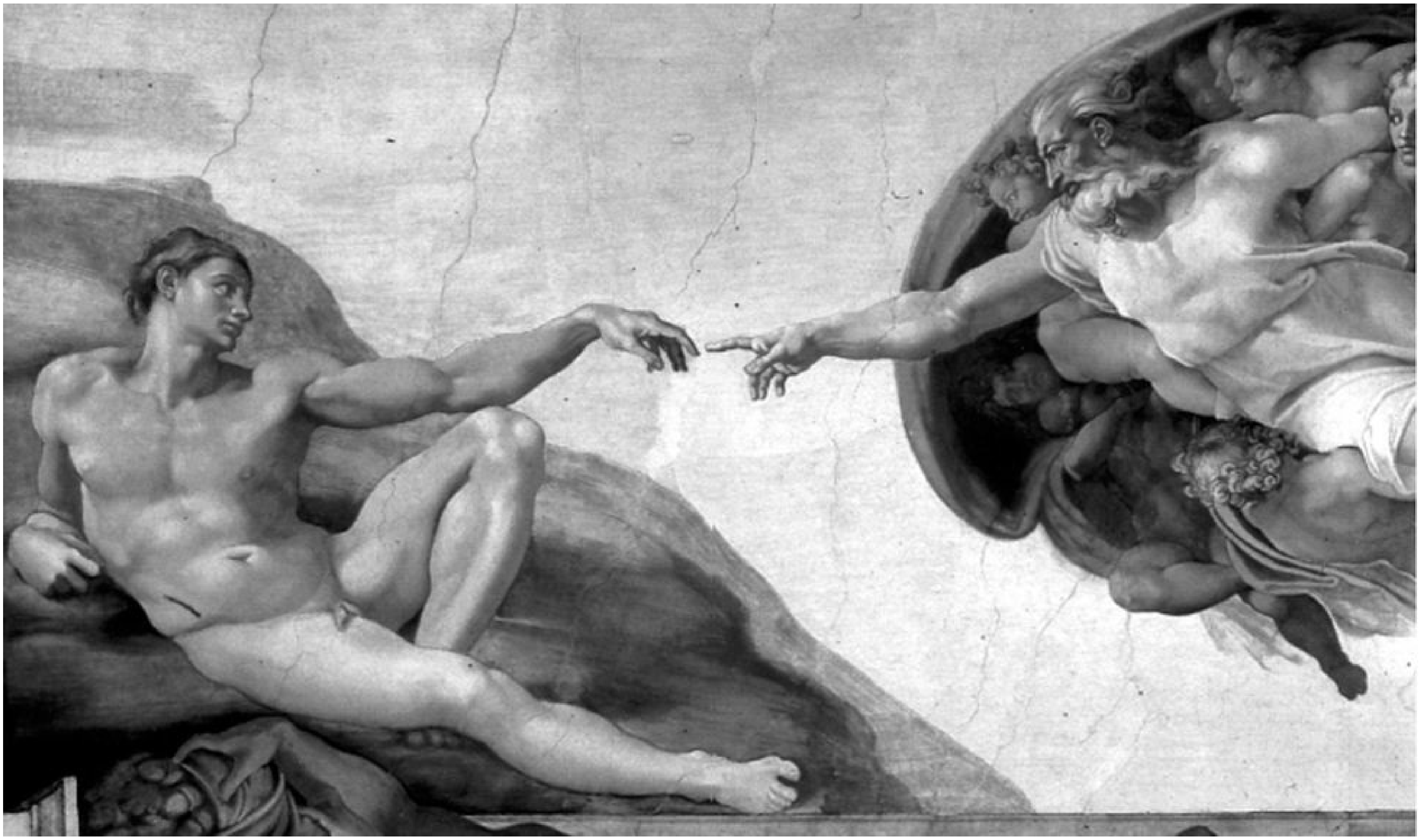
llamas bueno? Solo hay uno bueno, Dios" (Marcos 10, 18). Así mismo niega que los términos familiares que Jesús emplea con Dios signifiquen algo más que una relación privilegiada con este, o que títulos como el de "*Señor*" Jesús los emplease consigo mismo. Así este autor concluye que Jesús se vio como el anunciador del reino de Dios en un primer momento, y el Mesías esperado hacia el final de su vida, pero no como el hijo directo de Dios, con el que realmente tenía una relación privilegiada.

Otros expertos, sin embargo, han argumentado que siendo cierto que la expresión *"Hijo de Dios"* se empleaba ya en el Antiguo Testamento (Sabiduría 2, 16-20; Éxodo 4, 22, etc.) para referirse a personas espe cialmente queridas por Dios, sin que tuviera ningún tipo de connotación mesiánica, no es menos verdad que, en la evolución propia de la tradición judía, se va a ir asociando la idea de Mesías con la de Hijo, o sea con el concepto de filiación divina. La prueba definitiva estaría en el uso que Jesús hizo del término "*abba", "papá",* para referirse o relacionarse con Dios. Está demostrado que Jesús llamaba de este modo a Yahvé, "*abba,*" un término exclusivamente em pleado por él en toda la tradición religiosa judía y con el cual los niños pequeños en Israel se referían cariñosamente a sus padres, es lógico por tanto pensar que efectivamente se consideraba su *Hijo*.

En esta dirección apuntan también otros pasajes de los evangelios de los que se deduce la íntima relación entre Dios y Jesús, por ejemplo la parábola de los viñadores, en la que habla del hijo amado del padre (Lucas 20, 13), o la alabanza que Jesús hace a Dios en un momento de especial alegría:

> Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiere revelárselo.
>
> Mateo XI, 25-27

El valor histórico del texto se ha querido rebatir, sin embargo en opinión de estos estudiosos no es sino una manifestación clara del grado de confianza y de conocimiento que de Dios, *abba*, tenía Jesús, que se consideraba su propio Hijo. La terminología familiar que emplea y la carga de sus expresiones así lo manifiestan.

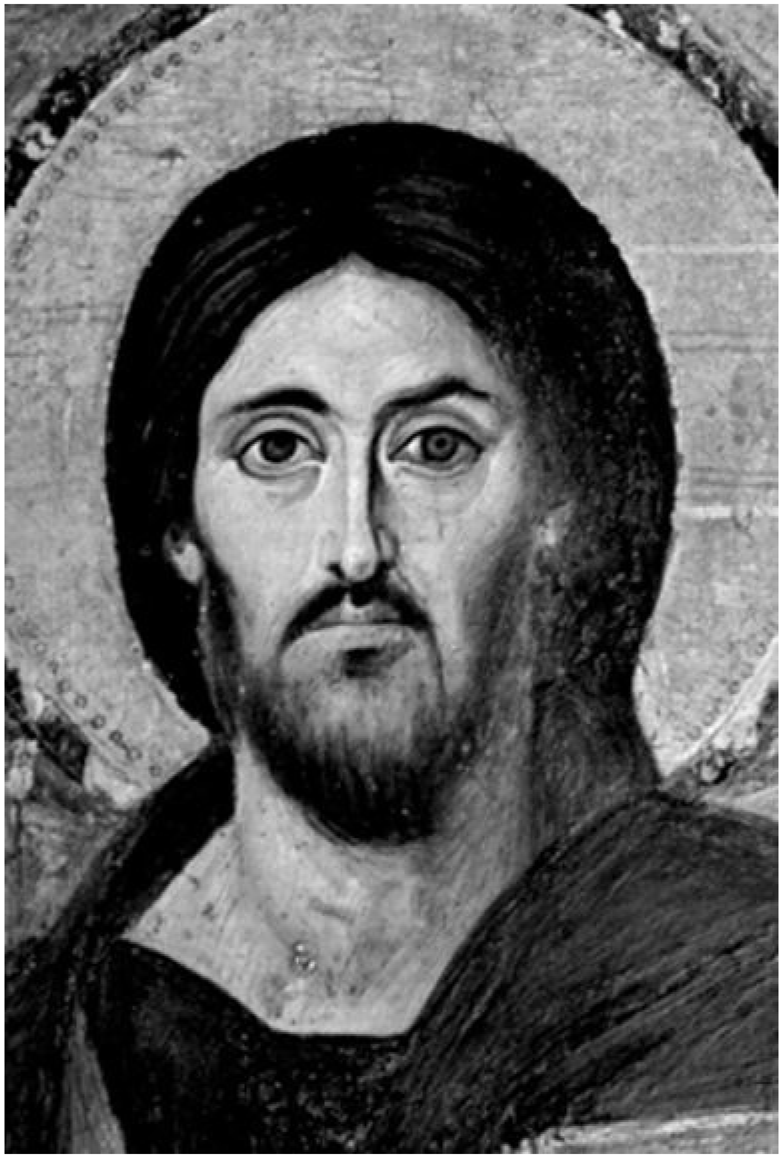


La filiación divina de Jesús se sustenta en alguna de sus expresiones más sorprendentes, *Abba*, y es la clave de la filiación divina de todos los cristianos.

JESÚS, EL HIJO DEL HOMBRE

La expresión "*Hijo del hombre"* aparece ochenta veces en boca de Jesús para referirse a sí mismo, sin embargo nunca dijo claramente: "yo soy el Hijo del hombre", ni explicitó su significado. Se ha apuntado que realmente hizo uso de esta frase en los momentos de sufrimiento, como en el anuncio de su pasión (Mar cos 8, 31), para expresar así, de una manera enigmática y con palabras tomadas del lenguaje apocalíptico (Daniel 7, 13-14), la ambigüedad de su propia misión que presentaba simultáneamente la humillación y la gloria, el juicio y la salvación. Para otros muchos investigadores esta ex presión es difícil de interpretar correctamente. Aparece ya en los salmos haciendo referencia a la fragilidad del hombre (Salmo 8, 5) y en el libro de Daniel haciendo alusión a un misterioso personaje (Daniel 7, 13-14). Sería probable, en este caso, que Jesús la emplease para referirse modestamente a su persona, aunque se duda de si la pudo emplear para aludir a la figura del Mesías. Por otra parte se cree que realmente la traducción correcta del arameo al griego sería "hijo de hombre", lo que no sería sino una perífrasis para decir "yo" o "este hijo de hombre que soy yo".

Si Jesús la empleó con una intencionalidad religiosa, más que dándole un carácter mesiánico, es más verosímil que la emplease, como ya hemos dicho, para retratarse como persona que vivía esa dualidad de la fuerza de Dios que él sentía por una parte, y la propia debilidad de su condición humana.



Resulta complicado saber lo que Jesús pensaba de sí mismo, sin embargo parece claro que se consideró el Mesías esperado.

Jesús, el Mesías

La primera cuestión que hemos de resolver es si Jesús se consideró así mismo como Mesías. Dar una respuesta tiene su complicación pues ciertamente, an tes de la Pascua, nunca hizo una confesión clara de que pensaba sobre esta cuestión. Ese silencio sobre su condición mesiánica llevó en su día a algunos estudiosos, como Reimarus, Wedre y Bultman entre otros, a negar que Jesús tuviese pretensiones de este tipo. No obstante, hemos de pensar que resulta muy complicado que los cuatro evangelistas coincidiesen en la misma estrategia a fin de crear esta idea en sus lectores. Tampoco es probable que la fe en la resurrección de las primeras comunidades generase rápidamente en torno a Jesús algo que no había existido en vida de este.

Jesús no reconoció abiertamente hasta poco antes de morir que él era el Mesías, lo cual no significa que no lo creyese con anterioridad. Ciertamente esta figura salvadora estaba muy presente en la mente del judío del siglo I, y Jesús hubo de confrontarse con ella:

> Escucha, oh Señor, pon sobre ellos a su rey, el hijo de David…
> Y cíñele de fuerza, que pueda destruir a los jefes injustos…

Que con vara de hierro los aniquile.
Que destruya a las naciones impías con el aliento de su boca…
Y que reúna un pueblo santo…
Y ponga las naciones paganas bajo su yugo…
Será rey justo, instruido por Dios…
Y en sus días no habrá iniquidad en su reino,
Pues todo será santo y su rey el Ungido del Señor.

Salmo XVII, 23-26

Aunque había varias imágenes sobre el Mesías (sacerdotal, profeta, oculto…) lo cierto es que la mayor parte de los judíos esperaban al Mesías Rey del que habla el salmo, descendiente de David, vencedor de los gentiles, e instaurador de una nueva era en Israel. Un Salvador que aunque juez, no estaba al margen de la actividad militar.

Muchos investigadores creen que el silencio de Jesús con respecto a su mesianismo se debió a que este no respondía fielmente a esta imagen, era más de corte religioso que de perfil belicista o político. De haberse proclamado Mesías, teniendo en cuenta las creencias de sus contemporáneos, se le hubiese visto como un caudillo militar enemigo de Roma y sus adeptos en el país, y esta potencia como un enemigo a eliminar de forma automática, de ahí que por prudencia personal, y en el deseo de evitar malos entendidos relativos a su misión, Jesús ocultase sus pretensiones mesiánicas.

Ciertamente Jesús se consideraba Mesías pues lo dejó patente en varios momentos de su vida. Cuando preguntó a sus discípulos quien decía la gente que era él, y Pedro adelantándose al resto profesó que era el Mesías, Jesús le alabó sinceramente (Marcos 8, 27-33). Su entrada triunfal en Jerusalén, en fechas tan señaladas, la escena con los mercaderes en el Templo y la advertencia de purificación de este (Marcos 11, 15-19), y su confesión ante Caifás (Marcos 14, 55 y ss) ponen de manifiesto que realmente se consideraba el Salvador de Israel, colocándose por encima del clero y del Templo.

Así, el gran debate entre los historiadores no es el ya expuesto, sino el de conocer que carácter, político o espiritual, daba Jesús al Redentor que encarnaba. Para algunos investigadores está claro que representaba al Rey que se esperaba en Israel, aunque con cierto matiz pacífico, pues si el pueblo le identificó como Mesías, fue porque veía en él a aquel en el que se cumplían sus expectativas, las enumeradas en el salmo 17. Además, los discípulos y gentes de Jerusalén lo aclamaron en este sentido el día de su entrada triunfal, para este momento, y tras tanto tiempo, los apóstoles debían tener claro quien decía que era su maestro, más aún en un tema tan esencial. Las palabras de los discípulos de Emaús son muy significativas a este respecto: “No sotros esperábamos que era él el que iba a redimir a Israel…” (Lucas 24, 21).

Otros expertos sin embargo creen que Jesús realmente se presenta como un Mesías siervo de Dios y sufriente, que no pudo manifestar abiertamente su condición pues no era fácilmente comprendido en el ambiente de la época. La justificación a tal argumento estaría en dos momentos de su vida. En la ya citada profesión de fe de Pedro, a continuación Jesús le hizo ver que: “…era preciso que el Hijo del Hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas y que fue se muerto y resucitará después de tres días” (Marcos 8, 27-33). Jesús no dejó que al reconocerle co mo el Salvador los apóstoles pudieran equivocarse en el tipo de mesianismo que pretendía, por lo que habló claramente de su labor como siervo entregado y sufriente de Dios. Incluso reprendió a Pedro cuando un poco más tarde intuyó que estaba pensando en un Redentor Rey. Igualmente, tras ser apre sado y mientras era interrogado por Caifás (Marcos 14, 55 y

ss) reconoce que él es el Mesías esperado. Esta confesión, la única clara en todo el evangelio sobre sí mismo, solo tiene sentido al tratarse de una situación en la que ya no tenía trascendencia política para la población el que se autoproclamase Salvador. Detenido y juzgado es taba siendo ya el siervo sufriente, en nada podían cambiar las cosas el que se reconociese de este modo, más coherente por otra parte con su estilo de vida que el mesianismo político (Vermes, G., J*esús el Judío*, 139 y ss; Bueno de la Fuente, E., *Diez palabras claves en Cristología*, 123-156 y A. Piñero, *Guía para…*, 204-213).

[30] Hijo de Herodes el Grande y Cleopatra, tetrarca de Iturea y Traconítide.

[31] Salida de la esclavitud de Egipto y periplo de Israel por el desierto durante cuarenta años, en los que se convirtió en el Pueblo de Dios, con la firma de la Alianza en el monte Sinaí.

[32] Doctrina religiosa del siglo I d.C., mezcla de enseñanzas griegas y orientales. Los gnósticos esperaban lograr la salvación por medio de un conocimiento sagrado, reservado a los iniciados de las cosas divinas.

[33] A este respecto hay un pequeño pero muy ilustrativo artículo de M. Mañueco, "Los milagros, cuestionados", Muy historia nº 4: Jesús a la luz de la historia, 2006, 68-73, que además de aportar lo ya expuesto aquí, amplía el tema de las explicaciones racionales a determinados milagros de Jesús.

[34] Perea y Galilea eran territorios de la Tetrarquía de Antipas. Jesús tomó un camino alternativo para dirigirse a su provincia atravesando Samaría, un territorio que no era necesario cruzar para ir de Judea a Galilea, pues además estaba considerado como impuro para los judíos. En este caso parece que la precaución guió los pasos de Jesús.

5

LOS ÚLTIMOS MESES

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO, UN ARGUMENTO MÁS PARA LA CONDENA

La entrada de Jesús en Jerusalén es descrita por los evangelistas como un acontecimiento multitudinario, algo que, aunque hoy se discute tampoco sería extraño, pues a estas alturas de su vida pública, Jesús debía ser un personaje conocido, especialmente en Ga lilea y Jerusalén, cuyas actuaciones y palabras no pasaban desapercibidas. Además, los últimos acontecimientos en torno a la muerte y la resurrección de Lázaro habían hecho crecer la popularidad del Nazareno y, por ende, cuando menos, la curiosidad por conocerle.

Lázaro vivía en Betania, una población que apenas dista 3 kilómetros de Jerusalén, junto con sus hermanas Marta y María. Era amigo personal del Nazareno desde hacía tiempo, y hasta su casa se acercó este en varias ocasiones, por ser un lugar donde se hallaba especialmente a gusto.

Mientras Jesús se hallaba predicando en Perea, probablemente entre finales del año 29 y principios del año 30, recibió la noticia de que su amigo estaba gravemente enfermo (Juan 11, 1-3). Pese a lo dramático de la noticia, y del estado de Lázaro, Jesús decidió posponer su viaje a Betania, de manera que cuando llegó hacía ya cuatro días que el enfermo había fallecido (Juan 11, 17). La distancia que media entre la zona del Jordán donde el carpintero de Nazaret se hallaba predicando y la población donde habitaban sus amigos se recorría fácilmente en un día, de aquí que su demora causase perplejidad y enojo en Marta, la hermana del difunto: “Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano, pero se que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará” (Juan 11, 21-22).

En cierto modo esta era la reacción que esperaba Jesús. Con su retraso consciente el Nazareno buscaba la oportunidad de realizar un signo que reforzase la fe de sus seguidores, un milagro en el que manifestar todo el poder de Dios: “Lázaro ha muerto y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos allá (Juan 11, 11)” Para los judíos la muerte definitiva de un individuo tenía lugar tres días después de haber fallecido el cuerpo, pues creían que hasta entonces el espíritu permanecía en las inmediaciones del sepulcro, intentando volver al cadáver y devolverle la vida. Tras este periodo de tiempo se iniciaba la descomposición, por lo que el alma abandonaba definitivamente la sepultura y la posibilidad de devolver a su titular a la vida. El cuarto día por tanto era ya demasiado tarde, y esto lo sabía muy bien Jesús.

> Fue, pues, Jesús, y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a Marta y María para consolarlas por su hermano. Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo, pues, Marta a

Jesús: Señor, si hubieras es tado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. Le dijo Jesús: Resucitará tu hermano. Le respondió Marta: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aun que muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Le dijo ella: Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Me sías, el Hijo de Dios que ha venido a este mun do. […][…] y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Le respondieron: Señor, ven y ve. Lloró Jesús y los judíos decían: ¡Cómo lo amaba! Pero algunos de ellos decían: ¿No pudo este que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese? Jesús, otra vez conmovido en su interior llegó al monumento que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Le dijo Marta, la her ma na del muerto: Señor, ya hiede; pues lleva cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra. Y Jesús alzando los ojos al cielo dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo se que siempre me escuchas; pero por la muchedumbre que me rodea lo digo para que crean que tu me has enviado. Diciendo esto, gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal fuera!

Salió el muerto, ligado con fajas pies y ma nos y envuelto en un sudario. Jesús le dijo: Sol tadlo y dejadlo ir.

Muchos de los judíos que habían ido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en Él.

Juan XI, 17-45



La resurrección de Lázaro, de J. de Flandes. Lázaro, amigo muy cercano de Jesús, después de cuatro días de haber muerto, fue resucitado. Esto elevó la fama de Jesús enormemente.



Otra imagen que muestra lo relatado en el evangelio de Juan: “Salió el muerto, ligado con fajas pies y ma nos y envuelto en un sudario. Jesús le dijo: Soltadlo y dejadlo ir”.

La noticia de la resurrección de Lázaro debió extenderse rápidamente entre la población de Jerusalén, tanto por la proximidad de la población, como por la expectación que levantaba la persona de Jesús, así como por el número de amigos de Lázaro residentes en la capital que se habían acercado a acompañar a su familia. Ciertamente el hecho no pasó inadvertido a los miembros del Sanedrín en general y al sumo sacerdote en particular. Juan señala este prodigio como el acontecimiento que desencadenó la conspiración para detener y matar al carpintero de Nazaret.

> Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en Él, pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por el pueblo y no perezca toda la nación? No dijo esto de sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no solo por el pueblo, sino también para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día, tomaron la resolución de matarlo.

Juan XI, 45-53

La postura adoptada por el sumo sacerdote respondía a un viejo principio legal judío: el bien de la comunidad vale más que la vida de un solo individuo. Esta postura hubo de ser adoptada, y debatida

por los rabinos con mayor frecuencia en los años siguientes, dado el deterioro de las relaciones con Roma. Aunque para los hebreos era profundamente desagradable entregar uno de los suyos a los gentiles, lo cierto es que, ante situaciones en las que la autoridad romana amenazaba con arrasar una población, en la que se había refugiado un guerrillero o fugitivo, los sacerdotes judíos hacían todo lo posible porque el propio huido se entregase pensando en el bien de la población.

En este caso, el éxito creciente de la predicación de Jesús y su popularidad, reforzada a consecuencia del milagro de Lázaro, no hizo sino saltar las señales de alarma del Sanedrín, que temía un levantamiento del pueblo, o de algunos sectores del mismo, afirmados en la idea de que el Nazareno era el verdadero Mesías militar y político que esperaba Israel. Roma por su parte, siempre atenta a los signos de insurrección y nerviosa ante los rumores y movimientos que se producían, podía zanjar la situación provocando una terrible matanza, tal y como era su costumbre. Caifás, como hombre de estado que era y antes de que los acon tecimientos escapasen a su control, optó por la me dida política más prudente, matar a Jesús.

SU ÚLTIMA SEMANA DE VIDA

La última semana de vida de Jesús fue el periodo más intenso de su existencia, tanto por lo que hizo como por lo que puso de manifiesto con sus actos. Al leer en los evangelios la sucesión de acontecimientos que tuvieron lugar esos días, se comprende que Jesús era totalmente consciente de que le iban a matar. Su forma de hablar y actuar abiertamente, sin las precauciones de otros tiempos, y el profundo calado religioso de determinados gestos que protagonizó, lo ponían claramente de manifiesto. Ante la perspectiva de su muerte inminente, el Nazareno optó por recalcar el núcleo de su mensaje, así como las deficiencias de la religiosidad judía de su época.

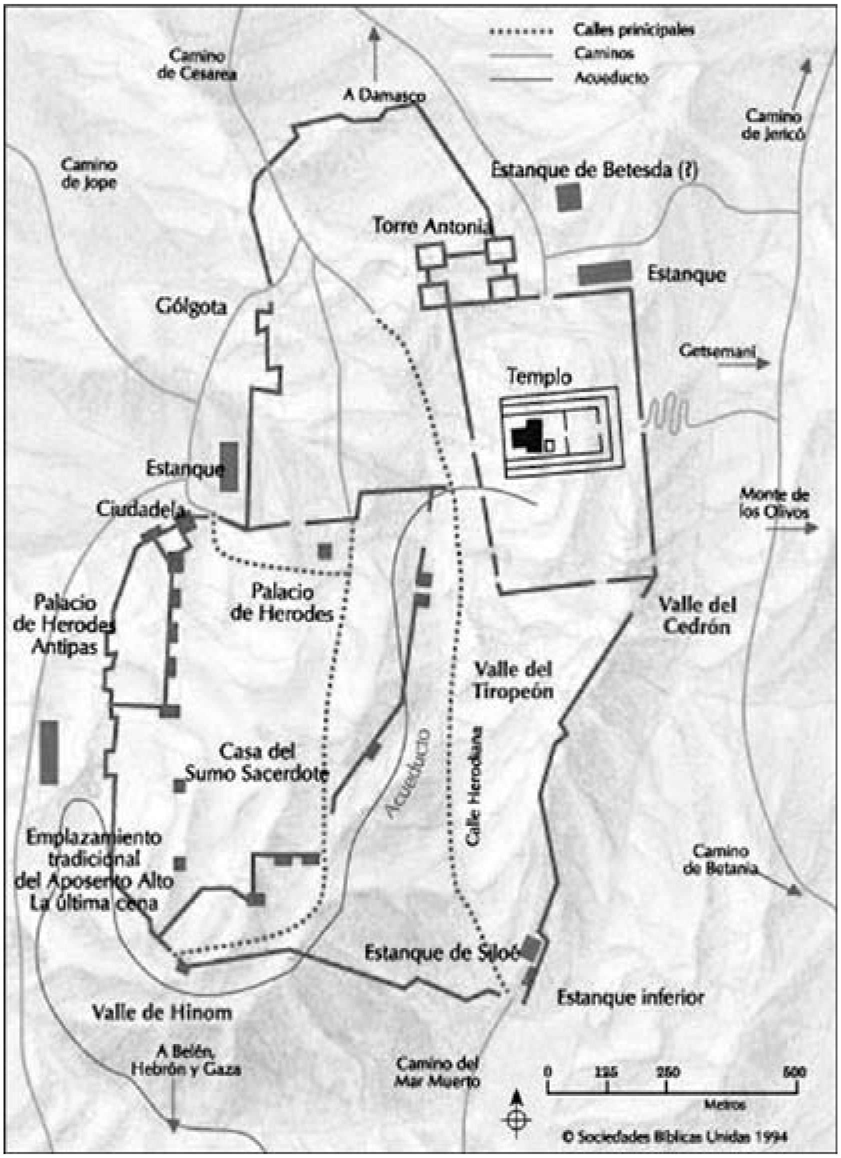
Pero esta última semana no era un tiempo cualquiera, pues coincidía con la gran fiesta religiosa judía, la Pascua, una celebración que rememoraba la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud vivida en tiempos pasados en Egipto. Los judíos, tal y como *Yahvé*-Dios había ordenado a sus antepasados, sacrificaban corderos y manchaban con su sangre los dinteles de las puertas de sus casas. El ritual que había de seguirse venía claramente recogido en el libro del *Éxodo* (12, 1-28) y así se realizaba en todo Israel. Eran estos días momentos de gran efervescencia religiosa y política, ya que la nación seguía siendo esclava, no ya de Egipto sino de Roma, e igual que entonces el pueblo clamaba a Dios por su liberación. Hasta Jerusalén se acercaban, según las estimaciones más altas, unos 400.000 peregrinos procedentes de la diáspora y de todo el país. La ciudad pasaba entones de tener 125.000 habitantes a más de 500.000[35]. Las autoridades judías también se trasladaban a la capital, de ahí que Herodes Antipas, pese a ser tetrarca de Galilea y Perea, estuviese en Jerusalén, ciudad fuera de su jurisdicción, la última semana de vida de Jesús. Semejante concentración de monarcas y gentes imbuidas de sentimiento religioso y ansias de liberación política no podía ser desatendida por Roma, por eso el gobernador se trasladaba a la ciudad sobre estas fechas, desde su residencia habitual en Cesarea Marítima, con el ejército, a fin de reforzar el control y la seguridad en Jerusalén. El momento por tanto en el que tuvieron lugar los hechos a los que nos vamos a referir, (el prendimiento, juicio y ejecución de Jesús), eran especialmente tensos por la posibilidad de un levantamiento bien premeditado o bien espontáneo, algo que influyó sin duda en alguna en el desarrollo de los acontecimientos derivados de las decisiones tomadas por los sacerdotes y por Pilatos.

LOS GESTOS DE UN MESÍAS

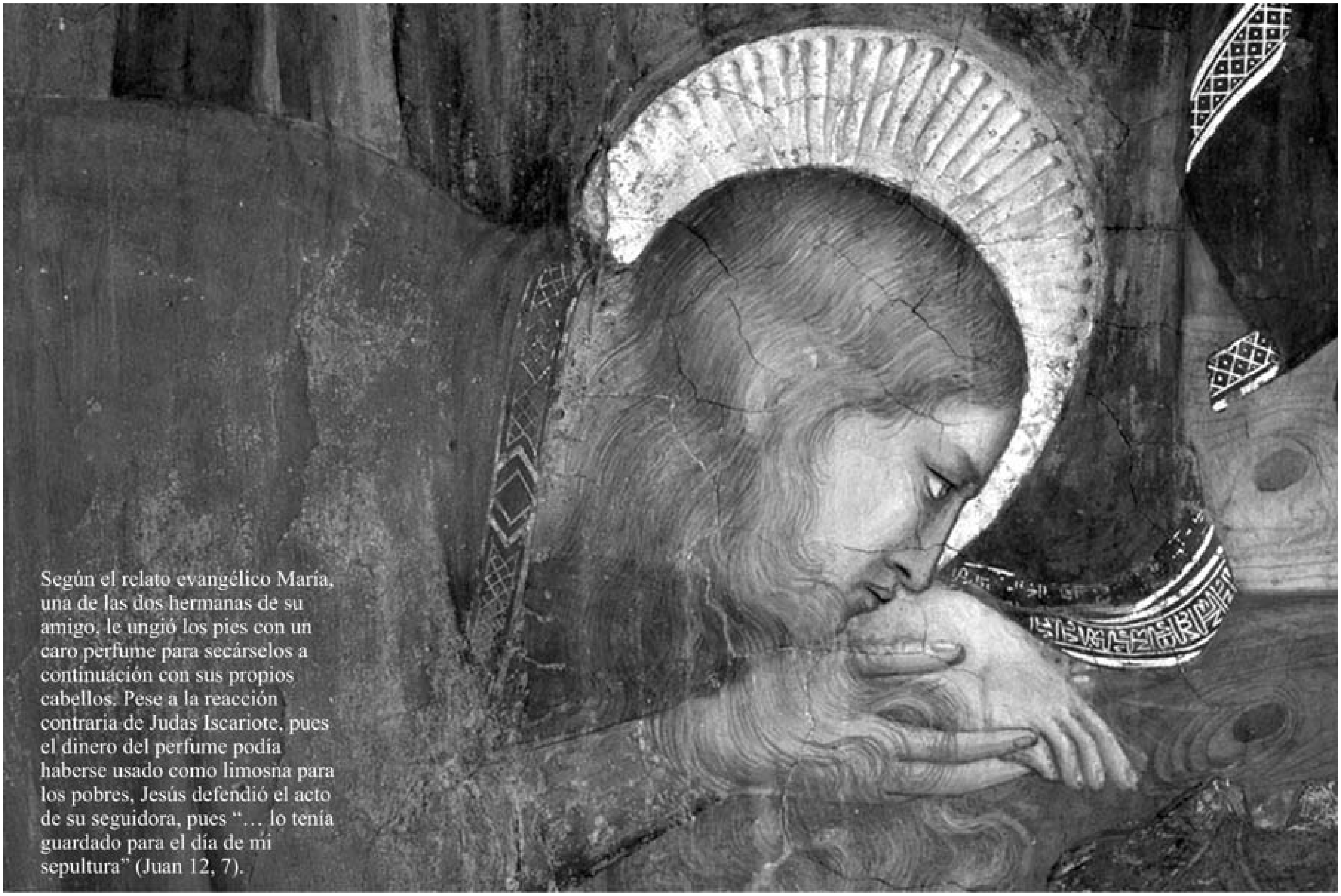
LA ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN, EL MESÍAS RECONOCIDO POR SU PUEBLO

Jesús llegó a Jerusalén seis días antes de la Pascua, pero no se hospedó en la ciudad, sino en Betania, en la casa de Lázaro (Juan 12, 1). El lugar estaba lo suficientemente cerca de la capital como para poder acercarse y predicar en ella durante el día, y lo bastante apartado como para pasar sus últimos días de existencia, antes de la Pascua, en un ambiente de cierta tranquilidad por la noche. Según el relato evangélico María, una de las dos hermanas de su amigo, le ungió los pies con un ca ro perfume para secárselos a continuación con sus pro pios cabellos. Pese a la reacción contraria de Judas Is cariote, pues el dinero del perfume podía haberse usa do como limosna para los pobres, Jesús defendió el ac to de su seguidora, pues "… lo tenía guardado para el día de mi se pultura" (Juan 12, 7). El Nazareno por con siguiente ya sabía que, después de celebrar la Pas cua en Jerusalén, no regresaría con vida.

Pese a todo, su presencia no pasó desapercibida, la expectación que levantó su proximidad a la gran capital fue grande. Seguidores y curiosos se acercaban hasta Betania para conocerle, algo que también hacían con Lázaro, pues habían oído hablar del milagro que le había devuelto a la vida.



Jerusalén en tiempos de Jesús.



Según el relato evangélico María, una de las dos hermanas de su amigo, le ungió los pies con un caro perfume para secárselos a continuación con sus propios cabellos. Pese a la reacción contraria de Judas Iscariote, pues el dinero del perfume podía haberse usado como limosna para los pobres, Jesús defendió el acto de su seguidora, pues "… lo tenía guardado para el día de mi sepultura" (Juan 12, 7).

El día señalado llegó, posiblemente el domingo 2 de abril del año 30, y Jesús se dispuso a entrar en Jerusalén en medio de una multitud que le aclamaba.

> Al día siguiente, la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, y el rey de Israel.
>
> Habiendo Jesús encontrado un pollino, montó sobre él, según está escrito: "No temas, hija de Sión; he aquí que viene tu rey montado sobre un pollino de asna".
>
> Juan XII, 12-15

Hemos comentado anteriormente que parte de la comunidad científica cree que la escena evangélica magnifica los acontecimientos. Jesús debió ser aclamado por un grupo no tan numeroso de personas como hace ver el texto, a lo largo de un trayecto corto, recorrido en no más de 15 minutos, desde la bajada del monte de los olivos (Lucas 19, 37) hasta la puerta oriental de la muralla. Seguramente "la muchedumbre" estaba formada por sus discípulos y algunos seguidores y peregrinos llegados a la ciudad para la Pascua. Si la guarnición romana hubiera observado un gran número de personas entrando en la capital, en el ambiente festivo y de algarabía que relata Juan, es muy posible que lo hubieran interpretado como la llegada de un grupo hostil, por lo que la cohorte habría actuado disolviendo expeditivamente la concentración. No olvidemos la tensa situación religiosa y política que se vivía en aquellos años en Palestina, circunstancia que se veía especialmente agravada durante la celebración de esta fiesta. En cualquier caso, y sin poder saber si la multitud era grande o pequeña, o reconstruir exactamente los acontecimientos, lo cierto es que los hechos tie nen una raíz histórica.



Israel en tiempos de Jesús.



La entrada de Jesús en Jerusalén, de Giotto di Bondone. Jesús pide prestado un asno con su cría para hacer cumplir la profecía de Zacarías.

Por otra parte, si bien es verdad que la actitud pacífica y festiva de la comitiva no inquietó a los romanos, la aclamación que recibió Jesús no dejó indiferentes a las autoridades judías. Estas veían como la popularidad del Nazareno crecía, despertando entusiasmo y adhesiones ahora ya en Jerusalén, donde le aclamaban abiertamente como Mesías, en un momento es pecialmente delicado. La estética adoptada conscientemente por Jesús a lomos de un asno, tal y como anun ciaba la profecía (Zacarías 9, 9), y los gritos lanzados por la multitud con el total consentimiento de este, eran manifestaciones claramente mesiánicas, con to da la carga religiosa y política que ello suponía. Un argumento más en la balanza de los sumos sacerdotes a favor de la eliminación de este sujeto perturbador.

La expulsión de los mercaderes del Templo, un golpe en el corazón de Israel

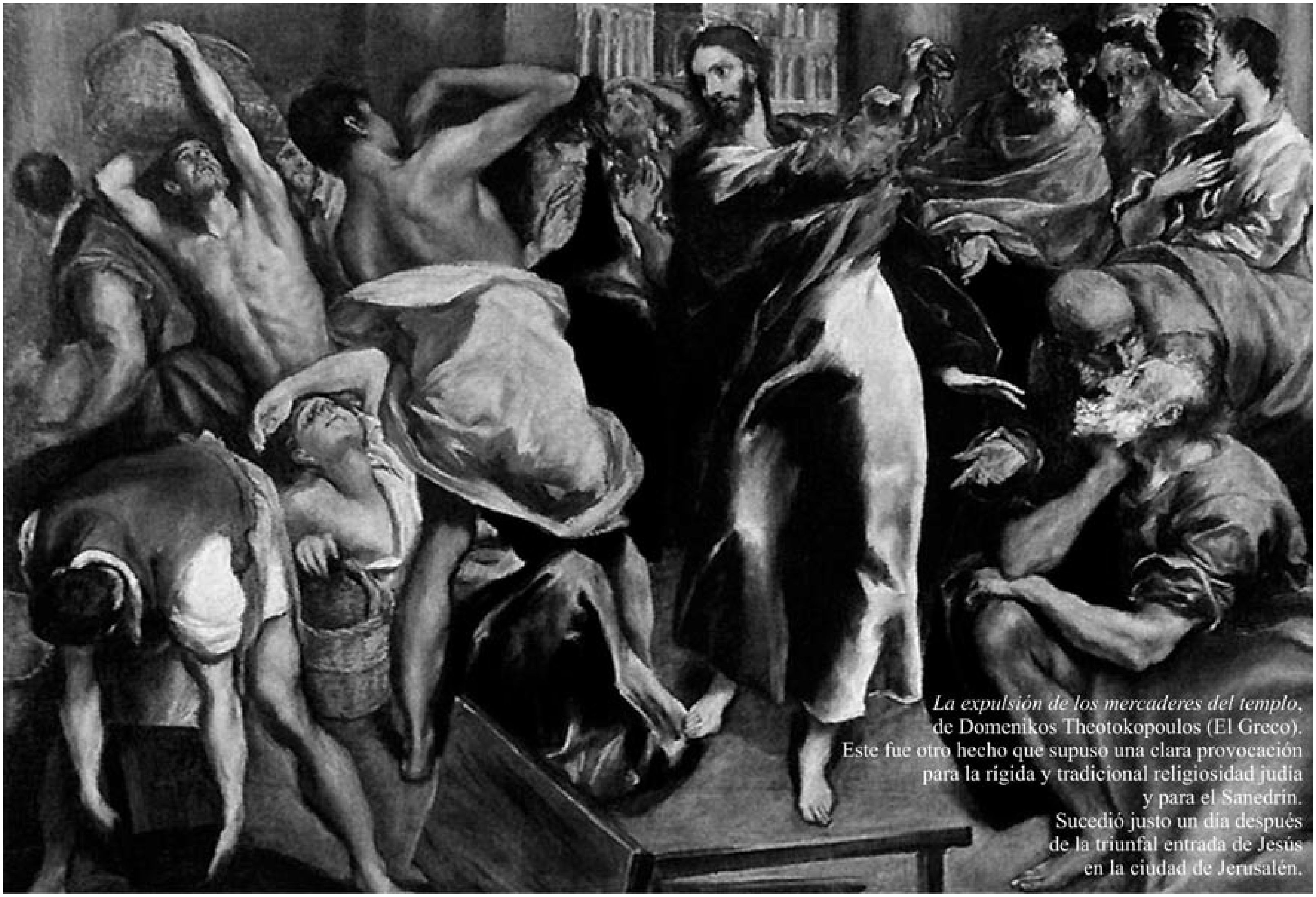
Otro hecho que supuso una clara provocación para la rígida y tradicional religiosidad judía en general y para el Sanedrín en particular, fue la expulsión de los mercaderes del Templo de Jerusalén un día después de la triunfal entrada de Jesús en la ciudad, el lunes 3 de abril. Los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas lo sitúan cronológicamente en la última semana de vida de su maestro, mientras que Juan lo hace al principio de su ministerio. Aquí seguiremos los sinópticos por gozar estos de mayor coherencia en este asunto.

Llegaron a Jerusalén y, entrando en el Templo, se puso a expulsar a los que allí vendían y

> compraban, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas; y no permitía que nadie transportase cosas por el templo y los enseñaba y decía: ¿No está escrito: Mi Casa será llamada Casa de oración para todas las gentes? ¡Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones! Llegó todo estos a los oídos de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y buscaban cómo perderlo; pero lo temían, pues toda la muchedumbre estaba maravilla da de su doctrina. Cuando se hizo tarde, salió de la ciudad.
>
> Marcos XI, 15-19

Una vez más parece que el suceso tiene mayor valor por lo que supuso que por lo que realmente fue, y es que se ha puesto en duda que los acontecimientos alcanzasen la magnitud que parece sugerir el evangelista. Como ya sabemos, pegada al Templo los romanos levantaron la Torre Antonia, desde la que vigilaban que el desarrollo de la fiesta de la Pascua fuese pacífico. Si el alboroto hubiese sido grande la guardia romana, apostada en las azoteas desde las que se accedía al suelo con solo bajar por las escaleras, hubiese intervenido inmediatamente. Posiblemente la actuación de Jesús no supuso más que el volteo de algunas mesas de cambistas y como mucho un pequeño revuelo a su alrededor.

La presencia de vendedores de animales (tórtolas, palomas, corderos, carneros, toros…) y de cambistas de moneda era algo habitual dentro de la actividad que generaba el Templo de Jerusalén. El culto estaba ba sado en el sacrificio, como en buena parte del mundo mediterráneo, para lo que se necesitaban víctimas que se podían adquirir en las *tabernae* o puestos de los mercaderes que se establecían en las inmediaciones del santuario. Los fieles acudían con sus animales ante un sacerdote encargado de realizar la inmolación. Este, convenientemente ataviado para la ocasión, ejecutaba al animal sobre el altar, quemando parte o la totalidad del mismo, como forma de solicitar el perdón a la divinidad por los pecados cometidos, de ganar su favor ante las situaciones que preocupaban al devoto o de agra decer los dones concedidos. El humo que ascendía desde el altar hasta el cielo hacía llegar a Dios la ofren da.



La expulsión de los mercaderes del templo, de Domenikos Theotokopoulos (El Greco). Este fue otro hecho que supuso una clara provocación para la rígida y tradicional religiosidad judía y para el Sanedrín. Sucedió justo un día después de la triunfal entrada de Jesús en la ciudad de Jerusalén.

Ya hemos comentado como cada año, con el único objeto de celebrar la Pascua en el lugar más sagrado de Israel, llegaban hasta Jerusalén, procedentes de la diáspora y de todo el país, decenas de miles de peregrinos. El atrio de los gentiles, la calle del Tyropeón, y posiblemente el Pórtico de Salomón y el Pórtico Real se convertían entonces en un lugar mercantil, bullicioso y fascinante en el que se agolpaba la multitud frente a los puestos de los vendedores, que tenían aquí su espacio reservado. Junto a estos se encontraban también los cambistas, que canjeaban moneda de curso legal, muy a menudo romana, por siclos o moneda acuñada por el Templo, la única que se admitía para realizar transacciones dentro del santuario o pagar el impuesto religioso. Para hacernos una idea del volumen de negocio y personas que se vivía puede servirnos el testimonio de Flavio Josefo, que nos informa de que en la fiesta de la Pascua del año 70 se sacrificaron 250.000 corderos[36], situación que no debía ser muy diferente en el año 30.

Fue este el lugar en el que Jesús realizó aquel acto profético que inquietó una vez más al Sanedrín, confirmándole en su determinación de acabar con su vida. Entre los motivos que movieron al carpintero de Nazaret a realizar tales actos, se ha apuntado la simple y santa ira ante el negocio que movía el Templo. Mayor fundamento tiene la teoría que defiende que lo más probable es que Jesús no quisiera acabar con los sacrificios como tales, ya que había sido Dios quien los había instituido en Israel, por lo tanto tampoco podían ofenderle mucho la presencia de los mercaderes y cambistas ya que, además de necesarios, tenían sus puestos fuera del recinto sagrado en sí. Su verdadera intención debió ser la de manifestar que la vieja religión, basada en actos externos como el culto sacrificial, tocaba a su fin. La inminencia de la llegada del reino de Dios, que exigía una conversión interior y sacrificios personales, renovaría completamente la espiritualidad esclerotizada y caduca de los

judíos. Con este objetivo y continuando una vieja tradición de algunos profetas (Jeremías 7,12-14), anunció la destrucción del Templo (Marcos 13,2), anticipada y dramatizada en el ataque a los puestos de mercaderes, como símbolo de la renovación y purificación que precisaba la fe judía ante la nacimiento del nuevo y definitivo "Templo", entiéndase religiosidad, que traería la llegada de Dios. Tanto si el revuelo organizado fue grande, que no lo parece, como si fue moderado lo cier to es que sus palabras estallaron en los oídos de la clase alta sacerdotal ("¿Ves estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida", Marcos 13,2). El que estas se citasen como lo prueba a lo largo de su proceso lo ponen claramente de manifiesto:

> Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este santuario hecho por mano de hombre, y en tres días levantaré otro que no será hecho por manos humanas.
>
> Marcos XIV, 58

Estas eran palabras terribles para los judíos del momento, complejas de comprender sino se había profundizado en el mensaje del Nazareno. Para el pueblo no debió ser fácil entender, y posiblemente nunca lo hizo, el que el profeta de moda atacase la institución más sagrada y amada de su fe, el Templo.



Reconstrucción del Templo de Jerusalén
tal y como lo conoció Jesús.

Caifás debió sentir temor cuando tuvo noticias de los actos y las palabras de Jesús. Lanzar semejante crítica contra el Templo y lo que representaba, en el propio Jerusalén en los días próximos a la Pascua, era tanto como atacar a la jerarquía sacerdotal y a la religiosidad basada en el mero ritualismo que ellos mismos alimentaban. Con el sencillo gesto de volcar unas me sas las clases

dominantes, legitimadas en su situación política y social por una religión que defendía que su *statu quo* era voluntad de Dios, se sintieron directamente atacadas. En el caso de los sacerdotes no solo el modo de ejercer su labor y su moralidad estaban siendo cuestionadas, sino que también una parte de sus propios ingresos se veían amenazados, pues en parte procedían de los impuestos que se cobraban a los cambistas y mercaderes que se establecían en las inmediaciones del santuario, así como a los fieles que pagaban en especie, con una parte de las víctimas sacrificadas, sus servicios al clero.

Si a este argumento sumamos la particular interpretación que del mesianismo de Jesús hacían los más destacados sanedritas, basada en la idea de un Mesías-Rey que expulsaría a los romanos antes de instaurar su reinado, y el temor por parte de Caifás de que el Nazareno pudiera efectuar otros gestos, en días tan tensos y señalados, que agitasen al pueblo o alterasen el orden público provocando una reacción violenta de los romanos, no ha de extrañarnos que ordenase su detención. Tanto en su posición como sacerdote, como en su condición de saduceo, clase bien avenida con los invasores, tenía mucho que perder en un alzamiento contra los ocupantes del país. En estas circunstancias la traición de Judas no vino sino a facilitar las cosas.

LA PASIÓN DE JESÚS

El prendimiento y el juicio de un Mesías

En los días sucesivos Jesús, a la espera de los acon tecimientos finales, se mostró precavido (Juan 12, 36). Acudía por las mañanas a Jerusalén, donde realizaba las ceremonias de purificación preparatorias para la celebración de la Pascua y predicaba en el Templo, sin embargo al llegar la tarde salía de la ciudad para pasar la noche en la tranquila Betania.

El jueves 6 de abril y con el fin de celebrar la Pascua cambió esta rutina, reuniéndose con los doce en una casa de Jerusalén, donde tendría lugar lo que se conoce como "*la última cena*". Al finalizar la misma, Jesús salió hacia el huerto de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos, donde, traicionado por Judas, fue apresado por la guardia del Templo quizás con la colaboración de una cohorte romana (Juan, 18, 12).

Detrás de esta maniobra se encontraban los sumos sacerdotes Anás y Caifás. Anás era un hombre de gran influencia pese a no desempeñar cargo alguno en el momento del prendimiento de Jesús. Este había sido sumo sacerdote entre los años 6 y 15 d.C., destituido por el gobernador Valerio Grato; sus sucesores fueron su propio hijo Eleazar, y, poco después, su yerno Caifás que logró mantenerse en el poder durante 18 años, entre el 18 y el 36 d.C., un periodo de tiempo inaudito por lo prolongado del mismo, si tenemos en cuenta que el sumo sacerdote era un cargo que se renovaba cada cuatro años. Teniendo en consideración que el nombramiento lo hacía el gobernador romano, podemos hacernos una idea del grado de complicidad y colaboración entre estos personajes y la potencia ocupante. Aún después de muerto Jesús ambos sujetos, suegro y yerno, siguieron participando activamente en la persecución de los apóstoles y manteniendo su influencia (Hechos 4, 6).



La última cena, de Tintoretto. El jueves 6 de abril, con el fin de celebrar la Pascua, cambió esta rutina, reuniéndose con los doce en una casa de Jerusalén.



Jesús en el Huerto, de Arturo Michelena. Al finalizar la Última Cena, Jesús salió hacia el huerto de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos, donde, traicionado por Judas, fue apresado por la guardia del Templo (Juan, 18, 12).

Nada más ser apresado Jesús fue llevado ante la presencia de Anás y Caifás que lo interrogaron iniciando el juicio (Mateo 26, 57-68; Lucas 22, 54-55 y 63-71, Juan 18, 13-14 y 19-24).

> Condujeron a Jesús al pontífice y se juntaron todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas. Pedro lo siguió de lejos, hasta entrar dentro del atrio del pontífice; y sentado con los servidores, se calentaba a la lumbre. Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un testimonio contra Jesús para hacerlo morir, y no lo hallaban. Porque muchos testificaban falsamente contra él, pero no eran acordes sus testimonios. Algunos se levantaron a testificar contra él y decían: Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este santuario hecho por mano de hombre, y en tres días levantaré otro que no será hecho por manos humanas. Ni aún así era concorde su testimonio. Levantándose en medio el pontífice, preguntó a Jesús diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que estos atestiguan contra ti? Él callaba y no respondía palabra. De nuevo el pontífice le preguntó y dijo: ¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito? Jesús dijo: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. El pontífice rasgándose las vestiduras dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Y todos contestaron ser reo de muerte.
>
> Marcos XIV, 53-65

El relato que los evangelistas, especialmente Mateo y Marcos, nos han presentado del desarrollo del juicio está cargado de tal cantidad de irregularidades que los investigadores dudan de que realmente tuviese lugar tal y como se expone en los evangelios.



La investigación moderna ha permitido asegurar que el osario de la fotografía es el del sumo sacerdote Caifás, el mismo que juzgó a Jesús.

En primer lugar, la apertura de un proceso que permitiera la condena a muerte de un profeta precisaba de la reunión de los 71 miembros del tribunal, no solo de algunos de ellos. Por la proximidad de la Pascua muchos de los integrantes de la institución se hallaban en sus casas reunidos con sus familias y no fueron convocados a la reunión, como pasó con Nicodemo, seguidor de Jesús. De aquí se deduce que no pudo reunirse el tribunal del Gran Sanedrín, como marcaba la ley, y donde lograr la condena de Jesús hubiera sido mucho más complicado.

Para la celebración del juicio era obligatorio reunirse en la Sala Pétrea del Templo, nunca en casa de un particular como era el caso, además estaba expresamente prohibido por la Misná (*Tratado Sanedrín* 4, 1) la celebración de juicios que pudieran acabar en pena capital en víspera de sábado o día festivo, y por su puesto durante las propias festividades. Según los evangelistas este tuvo lugar el 14 del mes de nisán, el viernes 7 de abril del año 30 d.C., la vigilia de la Pas cua.

Los juicios debían comenzar con los argumentos de la defensa, nunca con los testimonios de la acusación, que por lo demás debían ser coincidentes y coherentes, pues de no ser así el reo quedaba exculpado de la pena de muerte (*Tratado Sanedrín* 5, 2). Igualmente estaba terminantemente prohibido en la Misná (*Tratado Sanedrín* 9 b) deducir testimonio condenatorio de las palabras de un acusado. Este debía producirse a partir de las exposiciones de los testigos.

Finalmente, la misma ley prohibía también el que se condenase a muerte a una persona el mismo día del juicio, con el fin de evitar la precipitación, o que fuese el sumo sacerdote el primero en emitir su veredicto, pues con este podía influir en los miembros más jóvenes del tribunal (*Tratado Sanedrín* 4, 1 y 4, 2 respectivamente)[37].

Ciertamente las anomalías procesales fueron de dimensiones considerables, aunque no sería la primera vez en la historia que el poder establecido, abusando de su posición dominante, forzase o ignorase las leyes con el fin de alcanzar sus objetivos. También hemos de decir que las leyes de la Misná fueron codificadas por vez primera hacia el año 200, luego no sabemos si se hallaban en vigor en el año 30, aunque es cierto que entre las sentencias recogidas hay varias anteriores a la época cristiana. En cualquier caso, y pese a la aversión que Anás y Caifás sentían hacia Jesús, los

investigadores creen que estos personajes, rígidos como eran en la aplicación de la Ley y en el marco de una sociedad y una institución en la que su esencia estaba íntimamente ligada a la religión y por tanto a la Misná, no hubiesen obviado tal cúmulo de normas esenciales para el desarrollo del proceso.

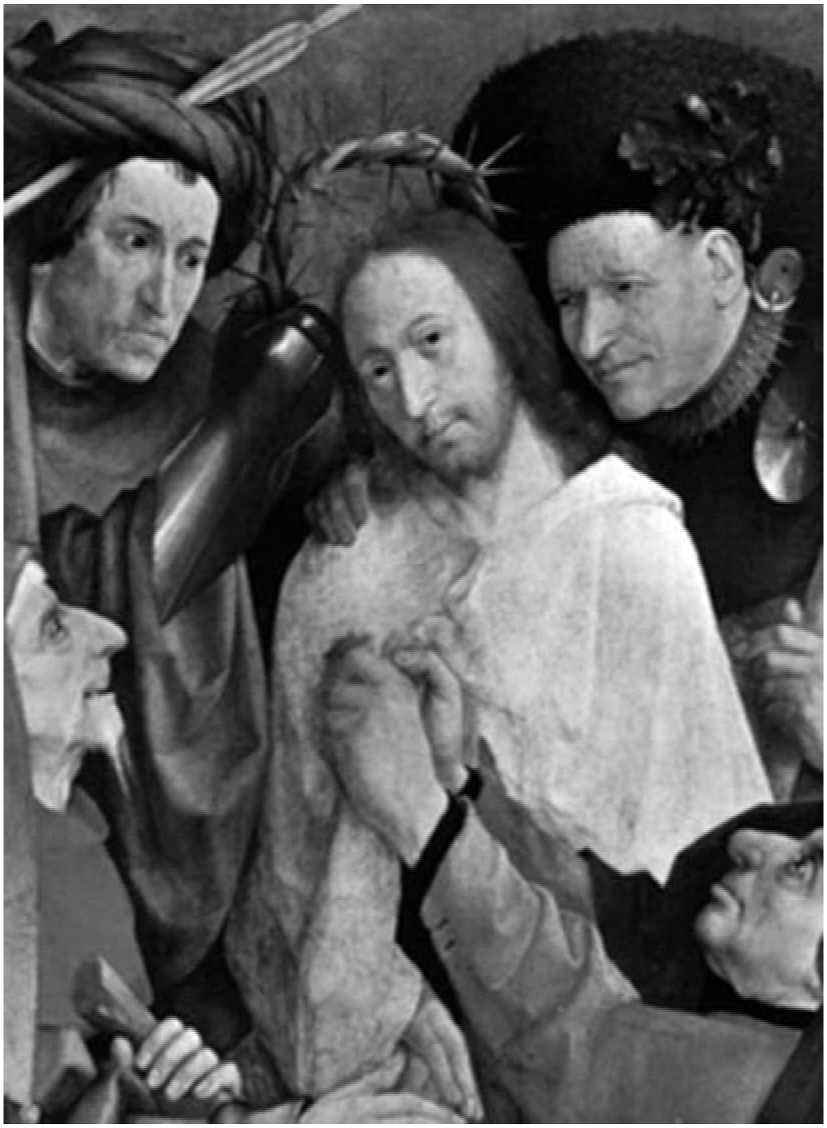
En este sentido hemos de comentar que, hace ya algunas décadas, ciertos historiadores sobre todo judíos, aunque también algunos exegetas cristianos, tales como Klausner, Winter, Benoit, Glasner y Cohen entre otros, argumentan que la imagen de Anás y Caifás ofrecida por los evangelistas era premeditadamente perversa. Estos realizaron un retrato más benevolente del gobernador Poncio Pilato, al que representan como una mera marioneta en manos de los pontífices, con el fin de ganarse la simpatía de los romanos, cuyo apoyo era fundamental para la difusión de la Iglesia. Sin embargo, la siniestra descripción que hacen de los judíos y sus dirigentes no era sino manifestación de las hostilidad que sentían ante un pueblo que había crucificado a Cristo y rechazado su mensaje.

El tema que subyace en esta polémica no es otro que el de la responsabilidad de la muerte de Jesús. La acusación de antijudaísmo que hacen estos estudiosos contra los evangelistas ha encontrado partidarios en algunos historiadores cristianos, que conscientes de los sufrimientos que a los hebreos les ha acarreado históricamente la condición de deicidas, asesinos de Dios, han deseado compensar este mal poniendo en duda la historicidad de los textos evangélicos, con el fin de poder efectuar una interpretación projudía de los mismos. Con todo no hemos de caer en un error con la intención de subsanar otro, los individuos que tomaron parte en la detención, condena y ejecución de Jesús, bien fueran judíos o romanos, tienen una responsabilidad personal y muy concreta, mientras que la simpatía o animosidad que pudiera despertar la actitud del pueblo de Israel frente a Jesús es otra cuestión, que ni tiene la misma importancia, ni se ha juzgar a partir de los textos de la Pasión.

Volviendo al tema del proceso judicial en sí, y siguiendo los evangelios de Mateo y Marcos, los estudios realizados por los citados historiadores defienden la posibilidad de que el juicio no se celebrase de la forma descrita. Lo más probable es que ni siquiera tuviese lugar la citada causa, sino más bien una instrucción previa en la que la acusación fundamental sobre la que giró la misma fue su afirmación de que destruiría el Templo para reconstruirlo después en tres días (Marcos 14, 58). Esta cuestión sí que aparece destacada en los relatos evangélicos relativos al juicio.

Sus pretensiones mesiánicas debieron ser molestas para los sumos sacerdotes, pero no tenidas por especialmente graves como para condenar al reo a muerte, pues esta pena no estaba recogida en la Ley para semejante delito. De hecho, los individuos con pretensiones liberadoras eran relativamente frecuentes en el mundo judío de esta época. Un siglo más tarde surgió un personaje llamado Bar Kokeba, que lideró la última sublevación de Judea contra Roma. Proclamado Mesías por el prestigioso rabino Aquiba, ni él ni el sacerdote recibieron sanción o condena alguna de parte del Sanedrín, lo que nos hace concluir que realmente lo que preocupaba a Caifás del mesianismo de Jesús era la posibilidad de que este pudiera provocar desordenes públicos, sublevaciones, cuestionamientos del orden social o una ruptura en las pacíficas relaciones con Roma.

La acusación de ser “Hijo de Dios” y por tanto de ser un blasfemo no debió probarse, pues de haber sido así Jesús, en medio de la ira de los presentes, probablemente hubiese sido sacado a la calle y lapidado en el acto, a juzgar por otros casos como el del martirio de Esteban. El diálogo que mantiene Jesús con el sumo sacerdote, en los citados evangelios de Marcos y Mateo, está teñido de afirmaciones cristianas que manifiestan la creencia en este como Mesías (*Hijo de Dios, Hijo del hombre*) elevado al cielo que ha de volver a pronto a la tierra. Ni Anás, ni Caifás parecen personajes capaces de haber asimilado tales convicciones como para provocar el que Jesús, aplicándoselas a sí mismo, se condene a muerte por blasfemia.



La coronación de espinas de Hieronymus Bosch, conocido como El Bosco. Jesús, una vez apresado, fue llevado al domicilio particular de Anás, ex-sumo sacerdote y suegro de Caifás. El interrogatorio debió reafirmar la decisión de eliminar a Jesús, para cuya ejecución solo quedaba aplicar su plan. Fue aquí donde Jesús pasó la noche y fue maltratado por los guardias, antes de ser llevado ante Pilato.

Por tanto lo que debió acontecer fue que Jesús, una vez apresado, fue llevado al domicilio particular de Anás, ex-sumo sacerdote y suegro de Caifás. Una vez allí y reunidos algunos miembros del Sanedrín de manera informal, lo que se denominaba el pequeño Sanedrín integrado por unos 23 miembros, interrogaron al reo iniciando así una vista preliminar. Los sanedritas reunidos debían ser incondicionales del sumo sacerdote, el cual, junto a otros de los presentes, tenía un vivo interés por acabar con la vida de Jesús. El interrogatorio debió reafirmarles en esta decisión, para cuya ejecución solo quedaba aplicar su plan. Fue aquí donde Jesús pasó la noche y fue maltratado por los guardias, antes de ser llevado ante Pilato[38].

PONCIO PILATO

Poncio Pilato fue procurador de Judea, Samaría e Idumea, entre los años 26 y 36 d.C. Su amistad con Sejano, valido del emperador Tiberio, le facilitó el acceso al cargo, cuya labor fundamental consistía en mantener la paz y el orden, presidir el sistema judicial y recaudar impuestos para el mantenimiento de la provincia y el pago del tributo a Roma. Pese a cumplir con su cometido Pilato se distinguió por su antijudaísmo, provocación y dura represión. En diferentes ocasiones originó conflictos que podía haber evitado fácilmente, como cuando hizo entrar en Jerusalén los estandartes

de la legión portando imágenes del emperador, una divinidad extranjera cuya sola representación hería el sentimiento religioso judío. El suceso terminó con una amenaza de muerte colectiva para el pueblo, que reaccionó aceptando la condena, ante lo que el procurador se retractó. Un suceso similar tuvo lugar años más tarde, al ordenar colocar escudos votivos con el nombre del emperador en el palacio de Herodes. Igualmente mandó sacar el tesoro del Templo para sufragar la construcción de un acueducto en la capital, acto que provocó protestas y una dura y sangrienta reacción del gobernador. Estas y otras accio nes propiciaron el envío de varias embajadas ju días ante el emperador, que le hizo llamar a Roma para dar explicaciones de su actitud. Cuando llegó a Roma Tiberio ya había muerto. Una vieja tradición, recogida por Eusebio de Cesarea, cuenta que bajo el gobierno de Calígula cayó en desgracia, por lo que fue obligado a suicidarse. Los historiadores Flavio Josefo (*Antigüedades Judías* 18, 55-62 y *La guerra de los judíos* 2, 169-177) y Filón de Alejandría (*Embajada a Gayo* 299-306) nos han transmitido sus hechos.



Inscripción del nombre de Poncio Pilato en piedra, en el Museo de Israel.

El Mesías al que se denominó rey

Jesús fue llevado a primera hora de la mañana ante el procurador romano Poncio Pilato. Como ya hemos comentado el gobernador tenía su residencia en Cesarea Marítima, en el antiguo palacio del rey Herodes, pero llegadas las fiestas de Pascua, y debido a la efervescencia religioso-nacionalista que se vivía en Jerusalén, se trasladaba con un fuerte contingente militar hasta la capital con el fin de reforzar el control sobre la ciudad, previendo así posibles levantamientos.

Su residencia durante esos días se establecía en la Torre Antonia, fortificación erigida en el ángulo noroeste del Templo llamada así en recuerdo del protector de Herodes el Grande, Marco Antonio. Esta atalaya servía de acuartelamiento permanente a las tropas romanas que vigilaban el santuario y, cuando el gobernador estaba en la ciudad, de pretorio, esto es, de morada del procurador. Hoy día se especula con que la verdadera residencia de Pilato en Jerusalén estuvo en el palacio de Herodes, en la colina occidental de Jerusalén, al sudeste de la puerta de Jaffa, ya que desde este punto tenía una mejor posición para el control de la ciudad.

Dejando a un lado estas observaciones lo cierto es que los sanedritas se presentaron con Jesús en el pretorio (Mateo 27, 2 y 11-26; Marcos 15,1-15; Lucas 23, 1-7 y 13-25):

> Llevaron a Jesús de casa de Caifás al Pretorio. Era muy de mañana. Ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, para poder comer la Pascua. Salió pues Pilato fuera y dijo: ¿Qué acu sación traéis contra este hombre? Ellos res pondieron: Si no fuera malhechor no te lo traeríamos. Les dijo Pilato: Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra Ley. Le dijeron entonces los judíos: Es que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie.
>
> Juan XVIII, 28-31

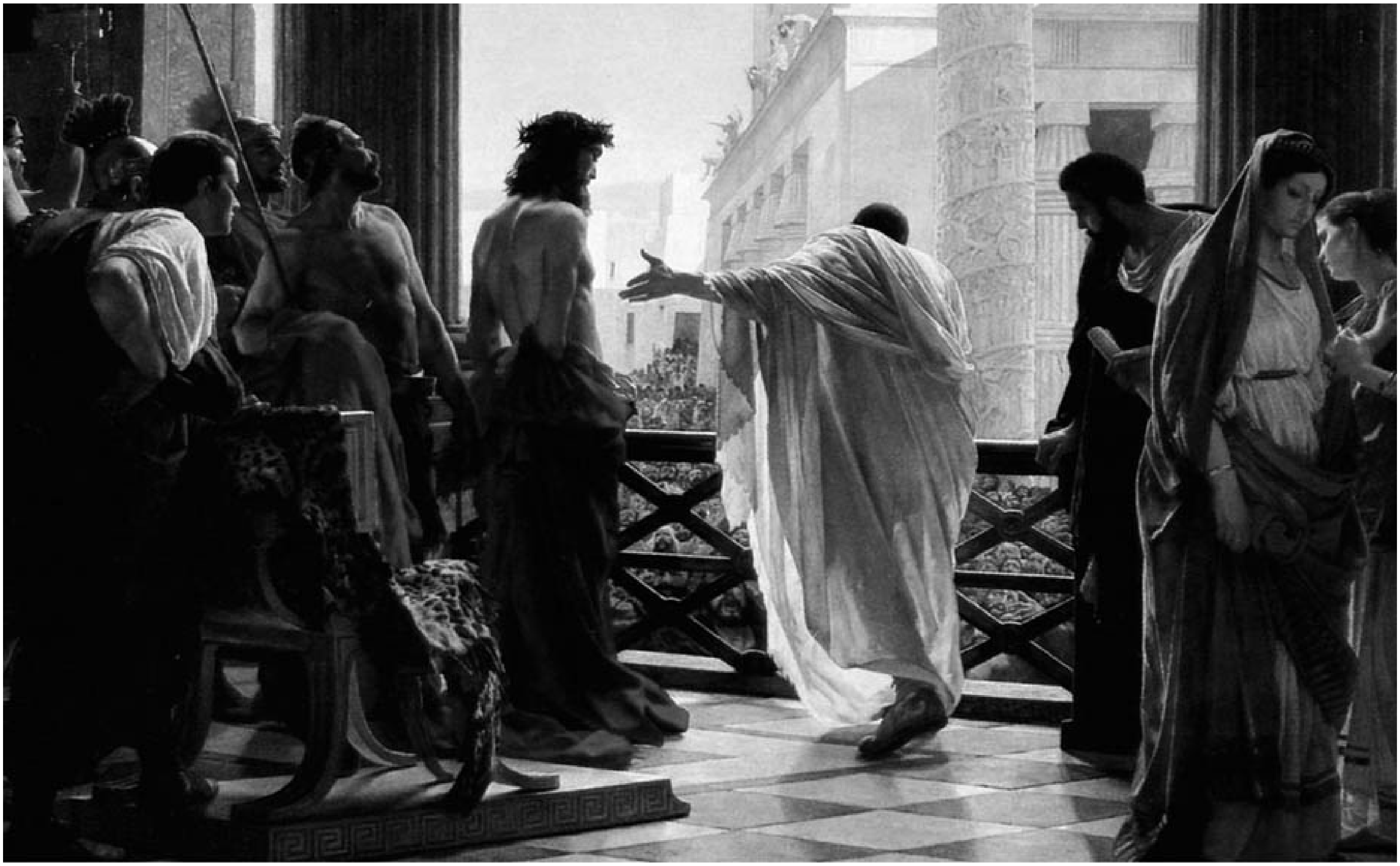
Tradicionalmente se ha argumentado que el Sanedrín tenía poder para dictar sentencias de muerte en asuntos religiosos, en concreto por los delitos de blasfemia y de hacerse pasar por profeta. En este tipo de asuntos Roma no intervenía, y el propio tribunal ejecutaba las sentencias por medio de la horca, la lapidación, la hoguera o el degollamiento. Pero las citadas condenas no eran adecuadas para ajusticiar a Jesús, pues algunos profetas habían muerto de la misma manera y esta clase de ejecuciones, ligadas a la actividad del Nazareno, traerían el recuerdo a la población de aquellos otros hombres de Dios asesinados de manera injusta. Convenía por tanto buscar la más dura condena pero contando con la intervención de Roma, a fin de que el asunto pasase del campo de lo religioso al de lo político.

Actualmente se considera que el *ius gladii*, o poder para condenar a muerte, estaba en manos exclusivamente del procurador romano. La última frase del párrafo antes reproducido es muy significativa a este respecto. Ya con Herodes el Grande, y como una más de sus medidas para controlar al alto tribunal, el Sanedrín perdió la capacidad que tenía en época de los Asmoneos para aplicar la pena capital. Los romanos, desde el año 6 a.C., continuaron con esta política, como lo prueban muchos textos rabínicos. Solo excepcionalmente, y más a modo de reacción espontánea o linchamiento que de condena oficial, la asamblea de Jerusalén condenó a muerte a un acusado, como en el caso del martirio de Esteban. Por tanto, Caifás presentó a Jesús ante Pilatos con el fin de obtener una condena a muerte, pues ni él mismo ni el tribunal que presidía podían emitir dicha sentencia.

> Entró Pilato de nuevo en el pretorio, y llamando a Jesús, le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le dijo: ¿Por tu cuenta dices eso o te lo han dicho otros de mí? Pilato contestó: ¿Soy yo judío por ventura? Tu nación y los pontífices te entregaron a mí; ¿qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo,

mis ministros habrían luchado para que yo no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces a Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz.

Juan XVIII, 33 -37



Pilato juzgó a Jesús en el que terminaría por convertirse el juicio más famoso de la historia. Su sentencia estuvo condicionada por el temor a una sublevación.

Algunos historiadores dudan de la veracidad del diálogo entre Jesús y Pilato, o de que se produjese exactamente tal como nos ha sido narrado. El hecho de que Jesús se proclamase rey, delito de alta traición para los romanos, y que el procurador no mostrase ningún tipo de reacción sorprende a los estudiosos del tema. También extraña el episodio de Barrabás, pues no se tiene noticias en otras fuentes de que se liberasen presos por la Pascua. El mismo interrogatorio a Jesús está cuajado de afirmaciones de tipo teológico, algo que no era propio de un procurador romano, finalmente los diálogos con la multitud resultan artificiales como para merecer crédito, pues las sentencias no se dictaban al socaire de la voluntad popular.

A este respecto se ha argumentado que el desarrollo de los acontecimientos, según la narración evangélica, es correcto. Pilato efectivamente no encontraría culpa en Jesús, y presionado por los sacerdotes y el pueblo congregado frente al pretorio, sintió temor de liberarle. La situación del procurador no era cómoda en Judea y pretendía evitar por todos los medios una sublevación. Su propia fobia contra los judíos, las humillaciones inflingidas a estos y las duras medidas que había

aplicado en anteriores ocasiones habían propiciado que el emperador Tiberio le amonestase, advirtiéndole de que no admitiría una revuelta más causada por su falta de habilidad política. De darse, pese a todo, Pilato sería depuesto y llamado a Roma.

Sea como fuere lo que pasó, y las motivaciones reales y profundas del gobernador romano, lo cierto es que Jesús fue juzgado en un proceso no formal sino extraordinario, en el que el propio Pilato dictaba el procedimiento y la sentencia, una *cognitio extra ordinem*. Los detalles que dan los evangelios así lo prueban: un primer momento de escucha de los argumentos de la acusación, un posterior interrogatorio por parte del procurador romano, y finalmente la emisión de la sentencia sentado desde el tribunal (Juan 19, 13 y Mateo 27, 19). En el proceso debieron juzgarse también a varios detenidos más, de ahí el que Jesús fuese crucificado junto con otros dos condenados[39].

Las razones legales por las que Poncio Pilato condenó a Jesús a morir en la cruz, bien por temor a los sacerdotes, por deseo de agradarles dada su buena relación o por una convicción real, fueron de carácter político. Jesús fue ajusticiado por considerársele un pretendiente mesiánico, un posible Mesías, que prácticamente en el ambiente del momento era lo mismo que un rey. Esta condición del Nazareno podía dar lugar a un levantamiento contra la ocupación romana[40].

No era este un tema menor para el Imperio y sus funcionarios en las provincias, los cuales tenían muy presentes y vigilaban muy de cerca cualquier tipo de movimiento religioso que pudiera desestabilizar el territorio y su presencia en él. El propio Poncio Pilato, en el año 35 d.C., ordenó disolver una concentración de seguidores de un presunto profeta de Samaria, que había congregado a una multitud en la cima del monte Garizín con el fin de desenterrar una serie de objetos sagrados, ocultos allí por Moisés. Las tropas romanas cargaron contra la población matando a gran número de partidarios del profeta. Tan solo diez años después, un hombre llamado Teudas reunió a un importante gentío en el lado occidental del río Jordán. Vaticinaba poder dividir las aguas, tal y como hizo Moisés en el Mar Rojo, y pasar al otro lado junto con todos aquellos que quisieran seguirle, para iniciar un nuevo Éxodo que les liberase de los invasores extranjeros. El procurador romano Fado tomó una medida drástica, ordenó a una destacamento de caballería romano que disolviese la concentración, para lo cual cargó contra ella provocando una matanza y deteniendo a muchos de los presentes. Teudas también fue apresado, para morir poco después decapitado y exhibido en Jerusalén como advertencia del final que esperaba a todos aquellos que desarrollasen actividades semejantes.

Los dos ejemplos expuestos no son excepciones, de hecho y hasta la guerra judía se dieron nuevos casos, por tanto es razonable pensar que Pilato condenase a Jesús como medio de evitar un posible levantamiento de la población, incluso es posible que conociese sus actividades antes de la entrada triunfal en Jerusalén. Según Juan (Juan 18, 3-12) una cohorte romana participó en el arresto del Nazareno, lo que es muy significativo. Igualmente Lucas nos informa de varios argumentos de índole política que los sacerdotes esgrimieron para obtener de Pilato una sentencia de muerte: “Hemos encontrado a este alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al Cesar y diciendo que él es el Mesías, rey” (Lucas 23, 2). Poco importaba que el mesianismo de Jesús no tuviese aspiraciones monárquicas, o no apelase al empleo de la fuerza militar, destacando por el contrario el carácter religioso del mismo. La condición de Mesías llevaba aparejadas profundas implicaciones políticas y revolucionarias, y así lo hicieron constar los romanos en el *títulus*, letrero que se clavaba en la parte superior de la cruz, en el que se consignaba el delito del condenado: “Jesús, rey de los judíos”.

LA MUERTE EN LA CRUZ DE UN MONARCA

Tal y como narran los evangelistas Jesús fue flagelado, un castigo que se aplicaba con unos látigos especiales, que provocaban grandes desgarros y múltiples hemorragias internas, a la vez que minaba las fuerzas del condenado. Después fue coronado de espinas y cargado con el palo horizontal de la cruz o *patibulum,* donde había de ser clavado. Que el condenado cargase con el instrumento de su suplicio era una práctica habitual de los romanos.

No hay por qué dudar de que en su camino hasta el lugar de la ejecución pudo ser ayudado por un tal Simón oriundo de Cirene, capital de la región norteafricana de Cirenaica, en la que habitaban muchos judíos algunos de los cuales habían acudido a Jerusalén con el deseo de establecerse en ella.

Llegado al Gólgota, en hebreo *Gulgolet* o "*cráneo*", un lugar o monte fuera de las murallas de la ciudad, los brazos de Jesús fueron clavados por las muñecas sobre el *patibulum*, para después elevar este travesaño, y su cuerpo pendiente de él, sobre el *stipes crucis*, el poste vertical fijado a la tierra. Una vez aquí los pies fueron igualmente clavados al poste.



La vía Dolorosa, el camino que recorrió Jesús por Jerusalén, con la cruz a cuestas, camino del Calvario.

La muerte en la cruz era un suplicio cruel e infamante. Los judíos la conocían antes ya de la lle gada de los romanos, desde época helenística. Los as moneos por su parte siguieron practicándola tal y co mo cuenta Flavio Josefo. En el año 88 a.C., el monarca y sumo sacerdote Alejandro Janeo hizo cru cificar en Jerusalén a 800 fariseos que se oponían a su política. Herodes el Grande sin embargo

parece ser que nunca la aplicó, aunque los romanos la introdujeron de nuevo generalizándola en poco tiempo. Ya en el año 4 a.C., el general Varo crucificó a 2.000 judíos en las inmediaciones de Jerusalén, medida que imitó el gobernador romano Cumano algún tiempo más tarde.

Como forma de ejecución era denigrante para el reo pues solo se aplicaba a los esclavos fugados, y a los no romanos que cometían los peores delitos, los que atentaban contra el estado. Tan infame y cruel se consideraba que los ciudadanos de Roma tenían el pri vilegio de no ser ajusticiados de este modo. La muer te en cruz era especialmente ignominiosa para un judío, pues estaba escrito en el Deuteronomio capítulo 21 y Gálatas 3, 14: "Maldito todo el que es colgado del madero". Esta forma de suplicio estigmatizaba al con de nado y toda su causa, algo que sin duda buscaban los sumos sacerdotes con la condena de Jesús.

Como forma de tormento era de una refinada y prolongada crueldad. La aparición de un osario en 1968, en un montículo a dos kilómetros de la puerta de Da masco de Jerusalén, y de los restos de un joven de en tre 24 y 28 años de nombre Yenohanán, o sea Juan, con claros síntomas de haber muerto crucificado, ha permitido a los investigadores reconstruir fielmente como se practicaba esta tortura.

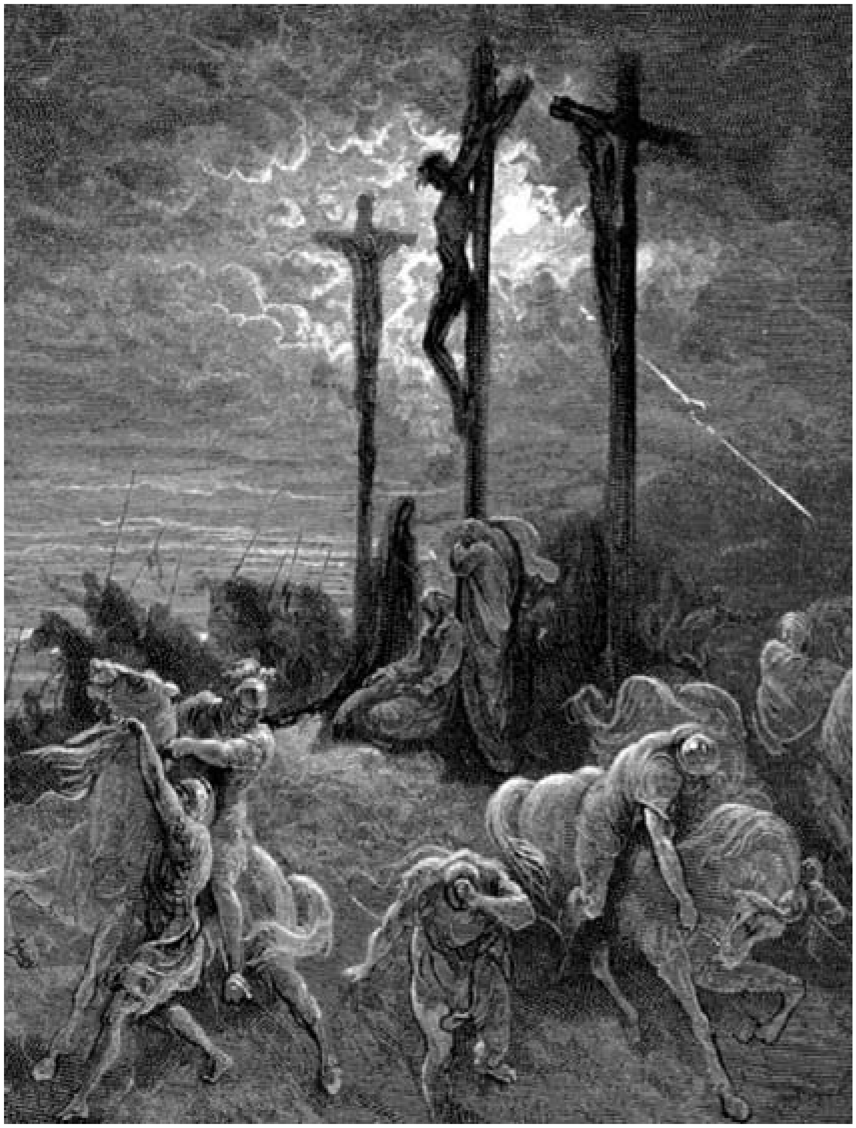
El condenado a muerte se fijaba a la cruz con cuerdas o clavos en las muñecas y en los pies. El cuerpo se inclinaba hacia delante oprimiendo los pulmones y dificultando poco a poco la respiración. El reo podía incorporarse haciendo fuerza con los brazos, en cuyo caso el dolor del giro de los clavos sobre el hueso y el agotamiento del penado provocaban un dolor insoportable que le hacía caer de nuevo. Pese a todo los crucificados podían pasar varios días agonizando entre terribles dolores. En ocasiones, y para aliviar el sufrimiento de los sentenciados, se les aplicaba el *crurifragium,* o ruptura de las piernas, con lo que estas ya no les sujetaban y la muerte se producía por asfixia mucho antes.



El hecho de que el condenado cargase con el instrumento de su suplicio era una práctica habitual de los romanos. En el camino de Jesús hasta el lugar de la ejecución pudo ser ayudado por un tal Simón, oriundo de Cirene, capital de la región norteafricana de Cirenaica.

La muerte de Jesús debió producirse en pocas horas, posiblemente como consecuencia de la gran hemorragia interna que le había provocado la flagelación. Los dos ladrones ejecutados junto con él sin embargo aún estaban vivos cuando cayó la tarde, por lo que los romanos les quebraron las tibias. Era el viernes día 14 de *nisán*, la víspera de la Pascua, según el evan gelio de Juan o el viernes 15 de *nisán*, día de la Pascua, según los sinópticos. Por tanto Jesús debió mo rir el viernes de abril del año 30, según Juan, o el vier nes 27 de abril del año 31, según el resto de evangelistas.

Aunque la costumbre de los romanos era dejar colgados los cuerpos unos días como escarmiento, unos nobles judíos, cumplidores de la Ley fueron a ver a Pilato para bajar los cuerpos de los ajusticiados antes de que llegara el día sagrado, el sábado. José de Arimatea se hizo cargo del cuerpo de Jesús. Según algunos estudios no era discípulo del ajusticiado, sino un fiel cumplidor de la ley que ordenaba que no hubiera cuerpos colgados antes de que se pusiera el sol. El enterramiento debía hacerse sin honores, en una tumba que no fuera la familiar. Según se deduce del texto de Marcos, y dado lo apremiante del tiempo, Jesús no fue lavado ni ungido, simplemente fue cubierto con una sábana y depositado en una sepultura muy próxima al lugar del suplicio[41].



La oscuridad durante la crucifixión, de Gustave Doré. La muerte de Jesús debió producirse en pocas horas, posiblemente como consecuencia de la gran hemorragia interna que le había provocado la flagelación. Los dos ladrones ejecutados junto con él sin embargo aún estaban vivos cuando cayó la tarde, por lo que los romanos les quebraron las tibias.

> Llegada ya la tarde, porque era la preparación de la Pascua, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro ilustre del Sanedrín, el cual también esperaba el reino de Dios, y se atrevió a entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato se maravilló de que ya hubiera muerto, y haciendo llamar al centurión, le preguntó si en verdad había muerto ya. Informado del centurión, dio el cadáver a José, el cual compró una sábana y lo depositó en un monumento que estaba excavado en la peña, y volvió la piedra sobre la puerta del monumento. María Magdalena y María la de José miraban donde se le ponía.
>
> Marcos XV, 42-47

La de Jesús no fue sino una más de las miles de ejecuciones que conoció Judea en el siglo I d.C., de hecho en el momento no llamó la atención. Sin embargo su trascendencia ha llegado hasta hoy día y sigue conmoviendo la vida de millones de personas.



El entierro de Cristo de Michelangelo Merisi da Caravaggio. El evangelio de Mateo cuenta que José se llevó a Jesús después de envolver su cuerpo en una sábana limpia (o Síndone mortuoria).



LA TUMBA DE JESÚS

El documental de J. Cameron y S. Jacobovici titulado *La última tumba de Jesús* ha popularizado una sepultura de Talpiot, barrio próximo a la Ciudad Vieja de Jerusalén, al pretender que esta fue el autén tico sepulcro de Jesús de Nazaret. La inscripción hallada en un osario, "Jesús hijo de José", es la prueba fundamental a partir de la cual se construye la teo ría. Sin embargo la comunidad científica ha negado tal conclusión, dada la escasa solidez de los argumentos. Jesús y José eran nombres muy comunes en la época, a lo que hemos de sumar que, según la costumbre judía, si el difunto no era originario de la ciudad en la que se le enterraba se hacía constar su lugar de procedencia. Por lo tanto, la inscripción debería haber sentenciado: "Jesús hijo de José de Nazaret".

35 Otros estudios, más realistas quizás, limitan el número de habitantes de Jerusalén a 50.000 personas, y el de peregrinos a poco más de 100.000 lo que sigue siendo una cifra muy considerable para la época.

36 Algunos estudios han concluido que la cifra es exagerada, apuntándose otras más bajas: 50.000 o incluso 30.000 corderos sacrificados en Jerusalén, en el año 30 de nuestra era, durante las fiestas de la Pascua.

37 Las citadas leyes de la Misná aparecen enumeradas en A. Piñero y E. Gómez Segura, *La verdadera historia de la Pasión*, pp.152 y 153. Esta es una obra novedosa realizada por especialistas que plantea chocantes hipótesis, como la que defiende que la detención, el juicio y pasión de Jesús tuvo lugar, no en tres días, sino en varios meses.

38 Dentro de la línea que hemos citado de exculpación del alto clero judío destaca la obra de un estudioso hebreo, J. Cohén. Este defiende que el verdadero enemigo de Jesús fue Pilato, que quería evitar una revuelta. Caifás sin embargo, aun no siéndole agradable, actuó en favor del Nazareno intentando, en la noche del prendimiento, que se retractara de sus postulados más provocativos y actuase a partir de aquel momento con mayor prudencia. El sumo sacerdote podía ganar popularidad si lograba salvar al profeta de moda. En cualquier caso no le gustaba entregar un judío en manos de gentiles. Según este autor, fue la pertinacia de Jesús la que no dejó a Caifás más salida que entregarlo a Pilato. Como podemos ver una tesis original bien construida, aunque no cuenta apenas con el crédito de los científicos. COHEN, J., *El juicio a Jesús el Nazareno*, Jerusalén, 1985.

39 El juicio de Jesús ha sido, posiblemente, el más estudiado de la historia. Sirva como ejemplo el caso del Juez español Raúl Calderón que, en abril del año 2001, declaró a Jesús inocente de los cargos que se le imputaban, en un libro titulado: *Proceso a un inocente: ¿fue legal el juicio a Jesús?* En este afirmaba que según la legislación de la época, y debido a las repetidas irregularidades legales del proceso, y la inconsistencia de las pruebas y testimonios presentados, Jesús debió ser absuelto.

40 Como teoría alternativa, aunque poco o nada posible a jugar por las pruebas y la mayoría de los historiadores actuales, sobre los motivos de la condena de Jesús, existe la teoría de que este lideraba un grupo de resistencia armada. Pese a lo dicho, es un libro interesante y bien construido. Torrents, J.M., *Jesús, el galileo armado. Historia laica de Jesús*, Madrid, 2007.

41 Los mejores estudios de conjunto que podemos encontrar sobre los episodios de la Pasión de Jesús están en los siguientes textos: Quesnel, M. y Gruson, P. (Dirs.), *La Biblia…?*, 133-144; Barrado, P., *Jesús de…?*, 115-130; Puig, A., *Jesús. Una…?*, 490-593; Piñero, A., *Guía para…?*, 220-222; Vermes, G. *La Pasión*, la ya citada y original obra de Piñero, A. y Gómez Segura, E., *La verdadera historia de la Pasión según la investigación y el estudio histórico* y Martín Descalzo, J.L., *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, 1160.

6

RESURRECCIÓN

Abordar históricamente el tema de la resurrección es una labor complicada. Realmente no está en manos del analista el levantar acta de sucesos tan señaladamente sobrenaturales, sino solo el poner de manifiesto la posible veracidad de los textos evangélicos que hablan del mismo. Así, partiendo del análisis que de las citas, sus coincidencias y discrepancias, hacen exhaustivamente muchos autores citaré los argumentos más señalados.

A favor del hecho en sí tenemos el testimonio de los cuatro evangelistas (Mateo 28, 1-10; Marcos 16, 1-8; Lucas 24, 1-11 y Juan 20, 1-10), que aunque presentan grandes diferencias entre los relatos de la resurrección, todos coinciden en que la tumba estaba vacía pues Jesús había resucitado. La crítica histórica es favorable hoy día a aceptar que efectivamente la sepultura estaba abierta y desocupada, lo cual en sí mismo no corrobora nada, ni a favor ni en contra, del suceso en sí, aunque es un dato que coincide con lo dicho por los evangelios. Por otro lado, los testimonios de los testigos de las apariciones, tales como los discípulos de Emaús (Lucas 24, 30-31) o el incrédulo To más (Juan 20, 27) serían, junto con los relatos evangélicos, pruebas de gran valor de no ser por el carácter subjetivo que en este aspecto concreto, nuclear para el cristianismo, se les supone.



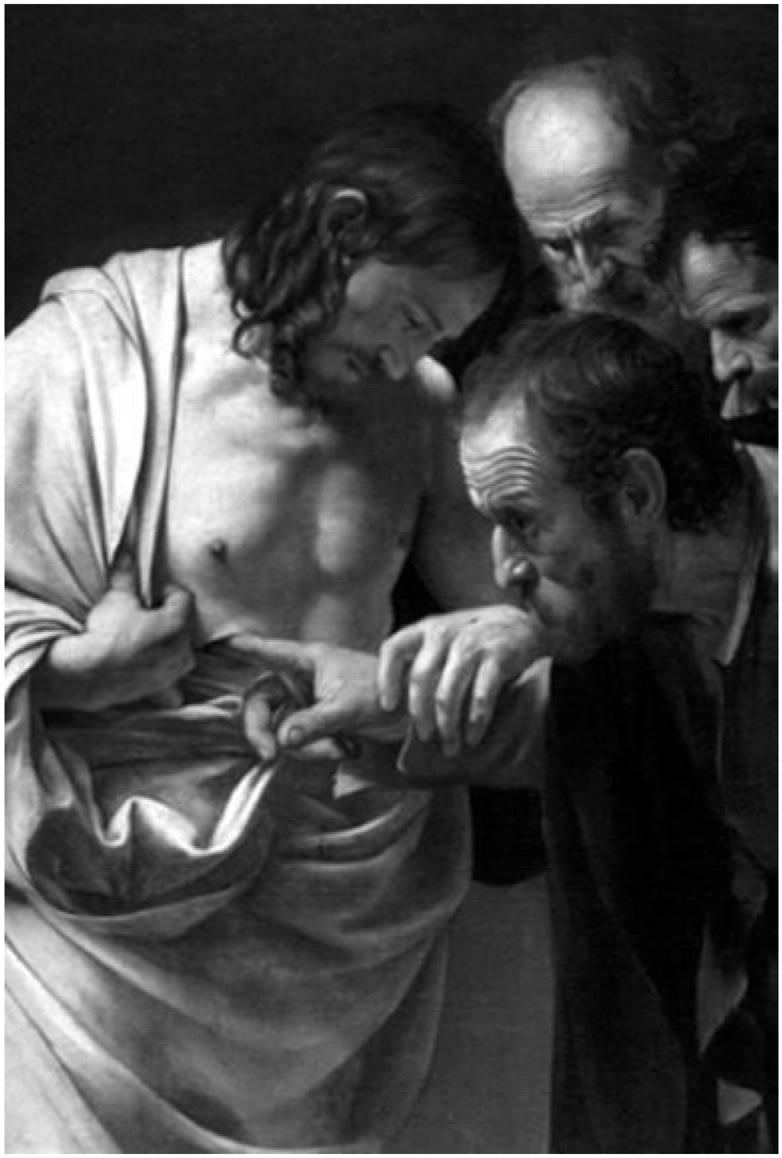
A favor del hecho de la resurrección se tiene el testimonio de los cuatro evangelistas (Mateo 28, 1-10; Marcos 16, 1-8; Lucas 24, 1-11 y Juan 20, 1-10), que, aunque presentan grandes diferencias, todos coinciden en que la tumba estaba vacía pues Jesús había resucitado.

Frente a estos argumentos están los que niegan la historicidad del hecho partiendo al menos de las grandes discrepancias que existen entre los textos evangélicos que hablan del acontecimiento. Las diferencias entre unos y otros son tan grandes que resulta imposible reconstruir una sola versión coherente de los hechos. Además, la parcialidad que se presume a las fuentes y testigos es total, por lo que para los citados historiadores no son fuentes fiables.

Realmente este es un tema que desde nuestros actúales, y muy posiblemente futuros, conocimientos queda cerrado en falso, pues dada la falta de precisión de los evangelios podemos extraer conclusiones en un sentido positivo o negativo sobre la resurrección, según parezca al estudioso de turno.

Ciertamente, al tratarse de una cuestión tan trascendente para el hombre resulta muy difícil abordarla con total neutralidad, o cuando menos aceptar las conclusiones de la investigación histórica, aun cuando estas fueran evidentes en cualquier sentido. En definitiva con la respuesta dada nos jugamos algo más que nuestro prestigio y la credibilidad de nuestras teorías, posiblemente ponemos en juego nuestra propia forma de entender la vida y la muerte. Por eso, y solo desde el punto de vista personal, resulta poco eficaz el estudio de este suceso, pues es muy probable que después cada cual siga apegado a sus creencias, como no puede ser de otra manera. Dice G. Vermes, que la resurrección fue un acontecimiento que causó desconcierto tanto entre los seguidores de Jesús

como entre sus enemigos, y en cierto modo sigue haciéndolo hoy día, y es que el verdadero campo de juego donde este tipo de duda ha de resolverse no es en el del conocimiento histórico, sino en el de la experiencia humana, en el corazón del hombre, el lugar donde se fraguan y anidan las grandes respuestas a las cuestiones de la existencia.



La incredulidad de santo Tomás de Michelangelo Merisi da Caravaggio. Dice G. Vermes que la resurrección fue un acontecimiento que causó desconcierto entre los seguidores de Jesús y entre sus enemigos.

7

CONCLUSIÓN

Tras la lectura del libro podemos concluir que las investigaciones serias, y al menos pretendidamente objetivas, sobre Jesús han sido numerosísimas. Desde todas las ópticas (creyentes y agnósticas, católicas y protestantes, occidentales y judías…), la figura del Nazareno ha sido sometida a estudio y comprensión. No podemos negar que la imparcialidad total es prácticamente imposible, por lo que en ocasiones se adivina detrás de los autores sus particulares creencias o apostasías, aunque, si el intento de ahondar en el estudio es honrado, sus obras terminan por ofrecer aportaciones considerables.

En ocasiones optar por una de ellas es difícil. Las hipótesis están bien construidas, los argumentos son sólidos y lo que es más desconcertante, contradictorios. Esto no ha de ser un impedimento para el aficionado o el estudioso del tema. Por propia experiencia se que tras un periodo, a veces más prolongado de lo que se desea, de confusión, producido por una sobreabundancia de datos, en el interior de cada uno se va haciendo la luz, y las piezas van ordenándose por sí solas hasta adquirir peso y coherencia.

Ahora bien, si algo podemos aprender de lo expuesto es que no debemos permitirnos caer en la banalidad. Dada la complejidad que tiene la investigación sobre la vida de Jesús se ha de ser exquisitamente prudente, no se puede decir cualquier cosa, todo se ha de argumentar minuciosamente. A estas alturas del libro seguramente todos coincidimos en que el personaje que nos ocupa fue un hombre profundamente humano, espiritual y coherente. Que nuestra seriedad a la hora de hablar y escribir del mismo sea expresión del respeto que nos merece.

BIBLIOGRAFÍA

BARRADO, P. *Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios*. Madrid, 2008.

BERETTA, R. y BROLI, E. *Enigmas de la Biblia al descubierto*. Barcelona, 2005.

BOL, M. *Enciclopedia de la Biblia*. Madrid, 1968.

BUENO DE LA FUENTE, E. *Diez palabras claves en Cristología*. Navarra, 2002.

CAPPELLI, S. *La crónica de Dios*. Barcelona, 1969.

CHAPA, J. (Ed.). *Cincuenta preguntas sobre Jesús.* Madrid, 2006.

CHARPENTIER, E. *Para leer el Nuevo Testamento*. Navarra, 1992.

COHEN, J. *EL juicio a Jesús el Nazareno*. Jerusalén, 1985.

CROON, J.H. *Enciclopedia de la Antigüedad Clásica*. Madrid, 1967.

CROSSAN, J.D. y REED, J. *Jesús desenterrado*. Barcelona, 2007.

DUNKERLEY, R. *Más allá de los Evangelios*. Barcelona, 1966.

FRICKE, W. *El juicio contra Jesús*. Barcelona, 1993.

GARCÍA IGLESIAS, L. *La Palestina de Jesús*. Madrid, 2004.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Arqueología y Evangelios*. Navarra, 1994.
---. *Los Herodes. Una dinastía real de los tiempos de Jesús*. Navarra, 2007.

KELLER, W. *Y la Biblia tenía razón*. Barcelona, 1961.

KLAUSNER, J. *Jesús de Nazaret. Su vida, su época,sus enseñanzas*. Barcelona, 2005.

MARTÍN DESCALZO, J.L. *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*. Salamanca, 1990.

MEIER, J.P. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico.* Estella, 1998.

PAUL, A. *El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política*. Madrid, 1982.
PERROT, C. *Los relatos de la infancia de Jesús*. Navarra, 2000.

PIÑERO, A. y GÓMEZ SEGURA, E. *La verdadera historia de la Pasión según la*

investigación y el estudio histórico. Madrid, 2008.

PIÑERO, A., *Año I. Israel y su mundo cuando nació Jesús*. Madrid, 2008.
---. *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Madrid, 2006.
---. *Jesús y las mujeres*. Madrid, 2008.
---. *La Biblia rechazada por la Iglesia*. Badajoz, 2008.

PUIG, A. *Jesús, una biografía*. Madrid, 2006.

QUESNEL, M. y GRUSON, P. (Dirs.) *La Biblia y su cultura. Jesús y el Nuevo Testamento*. Bilbao, 2002.

TORRENTS, J.M. *Jesús, el galileo armado. Historia laica de Jesús*. Madrid, 2007.

VERMES, G. *El Nacimiento de Jesús*. Madrid, 2007.
---. *Jesús el Judío*. Barcelona, 1977.
---. *La pasión*. Barcelona, 2007.
---. *La resurrección*. Barcelona, 2008.

VIDAL MANZANARES, C. *Los esenios y los Rollos del mar Muerto*. Barcelona, 1993.
---. *El documento Q. El evangelio más desconocido*. Barcelona, 2007.
---. *Jesús y Judas. Un drama del siglo I*. Barcelona, 2007.
---. *Los Evangelios gnósticos*. Barcelona, 2007.

VITORIA, F. DE. *Wanted ¿Vivo o muerto?* Salamanca, 2003.

WALKER, P. *Jesús y su mundo*. Madrid, 2007.

Para entrar en contacto con el autor
dirigirse a la siguiente dirección
de correo electrónico:

franjgf@yahoo.es

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de...

JESÚS DE NAZARET

Francisco José Gómez

Descubre la verdadera historia de Jesús de Nazaret. Los aspectos más polémicos y oscuros de su vida, las últimas teorías y los recientes descubrimientos arqueológicos.

Un exhaustivo recorrido histórico por la vida de uno de los personajes más fascinantes de todos los tiempos. Desde su nacimiento, cuyas circunstancias siguen siendo un misterio, hasta su muerte y las razones reales de su condena. Un análisis riguroso de las fuentes cristianas, canónicas y apócrifas.

En la Breve Historia de Jesús de Nazaret, Francisco José Gómez intenta dar respuesta a todas las principales preguntas sobre la vida de Jesús: fecha y lugar de su nacimiento, cómo llega a la convicción de ser el Hijo de Dios, sus dudas, su enseñanza y sus milagros.

Esta es la apasionante historia de la vida de Jesús de Nazaret contada de forma seria y amena y , a la vez, enriquecida con más de sesenta ilustraciones comentadas.

BREVE HISTORIA de..

JESÚS DE NAZARET

Francisco José Gómez



La verdadera historia del carpintero de Nazaret, de sus palabras y hechos, de sus apóstoles y adversarios. Un estudio histórico riguroso que, sin eludir las cuestiones más polémicas, nos descubre una de las figuras más emblemáticas de la Historia

nowtilus
saber